



REVISTA CONTEMPORANEA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR Y PROPIETARIO

DON JOSÉ DE CÁRDENAS

AÑO XXXI—TOMO CXXX

DE ENERO Á JUNIO DE 1905

(DERECHOS RESERVADOS)



ADMINISTRACION
PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL
MADRID

MADRID, 1905

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

LA VIDA CAMPESINA EN RUSIA

En momentos como éstos, cuando el imperio de los Zares llama la atención del mundo civilizado, los rusos y sus instituciones tienen para nosotros atractivo especial. El imperio ruso es tan vasto, la población que encierra es tan populosa y variada, su historia es tan interesante y su porvenir está tan lleno de esperanzas, que un observador, ya sea negociante ó militar, ya hombre de letras ó de ciencia, ya artista ó político, puede encontrar allí mucho que le interese.

Se ha dicho, con harta razón, que las instituciones de una nación son el espejo en que se halla ésta reproducida. Por tanto, si deseamos averiguar lo que son los rusos, bástanos estudiar sus instituciones. En este artículo tenemos el propósito de describir á grandes rasgos el *mir*, ó sea la aldea rusa. Reviste el asunto tanto interés, cuanto bajo el régimen del *mir* viven 97 por 100 de los campesinos de la Rusia de Europa, esto es, la Rusia europea, con exclusión del gran ducado de Finlandia, las provincias llamadas del mar Báltico, el reino de Polonia, la Crimea y unas comarcas habitadas por los cosacos. Además, los mires, en su conjunto, son dueños de dos terceras partes de su superficie.

Antes de entrar detenidamente en el asunto, veamos si el *mir* está conforme, en el verdadero sentido de la palabra, con los usos y con las ideas del pueblo moscovita. Debemos advertir que la comunidad rusa se basa en un principio completamente opuesto á las nociones que tenemos formadas sobre el gran imperio.

Creen muchos que el Gobierno ruso y la autocracia son casi sinónimos. Esta opinión errónea no responde al estado actual de las cosas. Larga experiencia nos enseña que la ad-

ministración rusa peca de despótica. No quiere decir esto que los súbditos del Zar no disfruten de cierta libertad, en algunos respectos, y que la clase de absolutismo que domina entre ellos sea de procedencia puramente moscovita. No cabe en los estrechos límites de este artículo indicar cumplidamente, como quisiéramos hacer, de qué manera y por qué motivo el individuo en Rusia goza de no pocos derechos, ni qué uso hace de ellos. Además, otras plumas, y más autorizadas que la nuestra, lo han hecho ya.

Lo que intentamos probar es que lo que entendemos por despotismo ruso no tiene origen en el país, sino que viene del predominio tártaro. Los tártaros hacen en la historia de Rusia un papel parecido al de los moros en los anales de España. En otras palabras, los kanes tártaros recorrieron y sometieron la casi totalidad de la Rusia europea, como los amires mahometanos recorrieron y subyugaron la mayor parte de la Península ibérica.

Mucho tiempo antes de la conquista por los tártaros y cuando nuestros padres gemían bajo la férula del feudalismo, hubo en Rusia algunas repúblicas que ofrecían no poca analogía con las italianas de la Edad Media. La más conocida es la de Novgorod. En casi todos esos Estados, si no en todos, el ciudadano tuvo tanta libertad, que ésta se convirtió muchas veces en verdadero desorden, porque no tuvieron los jefes poder suficiente para contener los excesos del pueblo. Así era a vida de Rusia cuando tuvo lugar la invasión tártara. Pero el tártaro fué un dominador distinto del moro. Mientras éste dejó al vencido sus libertades, con tal que pagara los tributos, aquél oprimió y destruyó cuanto pudo. La libertad pereció como árbol arrancado de sus raíces, y el carácter de la nación conquistada cambió por completo. Andando el tiempo Rusia se hizo completamente tártara.

Llegó el momento, como en España, en que el sentimiento verdaderamente nacional empezó á manifestarse. Buscóse el medio de expulsar al extranjero para luego llevar á cabo la unidad de la patria común. Resultó larga y encarnizada lucha. Los patriotas se convencieron de que para salir victoriosos tenían que conceder á sus caudillos poderes ilimitados. Ven-

cido un kan, su poderío se trasladó al príncipe vencedor. Los derechos de estos jefes se hicieron más absolutos á medida que los rusos triunfaron de sus enemigos. Conseguida ya la derrota de los tártaros, los caudillos patriotas, acostumbrados á ejercer atribuciones dictatoriales, no quisieron acabar con la autoridad de aquéllos; el pueblo ruso tuvo que conformarse. De modo que lo que llamamos despotismo zarita es consecuencia directa, tal vez indirecta también, de la dominación tártara.

El ruso es colectivista. Veremos en este artículo como el colectivismo sobresale en la vida campestre, como también en los grandes centros de población. En España, y generalmente fuera de Rusia, se conocen poco esas interesantes corporaciones que llevan el nombre de *arteli* y que se asemejan á los gremios de artesanos españoles. No es este el sitio para hacer una reseña de ellas. Nos ayudan, no obstante, á comprender hasta qué punto el ruso es partidario de la cooperación. De manera que el mir, que es una organización cooperativa, cuyo fundamento es el ejercicio de una libertad bastante desarrollada, está perfectamente de acuerdo con las ideas y costumbres de la nación rusa.

El mir es el pueblo con todas las tierras que le pertenecen. La voz mir significa *el mundo*. En lugar de ella los campesinos emplean con frecuencia la expresión *selskoe óbshtchestvo*, ó sea la sociedad aldeana. El mir es una especie de término medio entre la propiedad hereditaria y el comunismo. Cada pueblo es, si se nos permite la frase, una republiquitá independiente. De tal modo, la Rusia europea no es otra cosa—excepción hecha de las provincias indicadas ya y de las ciudades—sino una aglomeración de repúblicas campestres y menudas, cada una con un tipo socialista hartó avanzado, y reunidas por el cetro del Zar. La administración del mir es antes de todo patriarcal, como luego se verá. En varios conceptos no es más que una modificación, transportada á los siglos XIX y XX, del sistema de gobierno que existió en todas partes durante los primeros tiempos de la historia. Recuerda en parte la organización de los paisanos en varios cantones suizos. Para el lector español es interesantísimo referir que tiene una se-

mejanza marcada con el modo de ser de los labriegos aztecas antes de la conquista de Méjico por Hernán Cortés.

En la comunidad rusa hay que tener en cuenta dos elementos: el pueblo y su administración. Por el primero entendemos los habitantes, las construcciones de todas clases y las tierras comunales; por el segundo, la Junta campestre y el poder ejecutivo que ejerce cierto número de personas.

Con motivo de hacer más clara nuestra explicación, dividiremos el pueblo en cuatro partes: 1.º, los campesinos; 2.º, las construcciones; 3.º, los ganados y las cosechas, y 4.º, las tierras.

Desde hace muchos años, la mujer rusa tiene, por lo general, tantos derechos como el ruso. Los moscovitas fueron casi los primeros que reconocieron el movimiento feminista del siglo anterior. En Finlandia, por ejemplo, el bello sexo tiene más privilegios que en Inglaterra, donde la emancipación de la mujer tiene tanta importancia. Es obvio—teniendo presente la excepción de las restricciones impuestas por el régimen patriarcal—que la campesina disfruta de los mismos derechos que el campesino y la hija está al mismo nivel que el hijo.

Veremos pronto cómo la casada puede formar parte de la Junta comunal:

Las construcciones se dividen en dos categorías: 1.º, las viviendas, cuadras, pocilgas, etc.; 2.º, los almacenes comunales y los demás edificios dedicados al servicio de la comunidad. En la inmensa mayoría de los casos cada familia es dueña de la casa que ocupa, tanto como de la pocilga, etc., que son parte de ella, y todas éstas, por ser propiedad particular, se transmiten de padres á hijos. El aldeano puede tener igualmente un almacén entero, ó una parte de uno. Sin embargo, hay siempre almacenes comunes, y éstos, con la iglesia, la escuela, la morada del maestro de escuela, la enfermería y otras erecciones por el estilo, son naturalmente del mir.

Los ganados y las cosechas son, del mismo modo, de la pertenencia del individuo. No es así, no obstante, respecto al heno. Éste se cosecha por todos los habitantes del pueblo, se deposita en los almacenes comunales y se divide luego en tantas partes como hogares hay en el vecindario.

Al verificarse la emancipación de los siervos (Marzo del 61), el Estado, la familia imperial y la nobleza renunciaron tierras á favor de los emancipados, y éstos están sometidos por noventa y nueve años al pago de una contribución, cuyo importe se entrega á los dueños que fueron del suelo, á título de indemnización. Este arreglo, el mejor que se pudo hacer entonces, no dió los buenos resultados que muchos esperaban. Los antiguos propietarios no recibieron, ni tampoco reciben en la actualidad, compensación suficiente. Los nuevos propietarios viven mal, en particular en las regiones donde el terreno es relativamente estéril y el clima duro. Mientras numerosas familias se ven reducidas de la opulencia á una posición apenas desahogada ó, como sucede también, vecina de la penuria, el siervo que fué está cargado de impuestos que le abruman.

Las tierras concedidas al mir no pertenecen á uno ó más labriegos, sino al pueblo considerado como unidad. El mouzhik (1) ó campesino, pues, no tiene más que un interés limitado en el suelo que cultiva. Se halla éste en la proporción de 3 ó 4 hectáreas por persona y se reparte según el número de hogares. Comprende dos grupos: las tierras de sembradura y los campos de pasto. Las del segundo grupo se distribuyen anualmente y las demás al tercero, quinto ó séptimo año. En unas pocas regiones la distribución de ambos grupos se verifica cada año; pero este sistema no resulta provechoso.

Al celebrarse el repartimiento entre las varias familias con arreglo al número de miembros de cada una, se tuvo en cuenta el estado y condición de los últimos, como, por ejemplo, si la esposa está enferma, si el hijo es débil, etc. Asimismo, si un agricultor ha mejorado su terrazgo, aumentando de este modo su valor para la comunidad, se procura que permanezca en posesión de él algunos años más. El mouzhik, por más testarudo que parezca, no se separa nunca de la razón. Tiene una especie de caballeridad que no se compagina siempre

(1) El castellano no posee sonido adecuado á representar la palabra rusa, que escribimos así según el abecedario francés.

con sus modales bruscos y su aspecto tosco. Es una sociedad donde cada hombre es el brat, ó hermano, del otro.

Debe recordarse que el mir no está en posesión de ningun código de leyes en la acepción propia de la palabra. El ruso suele ser rutinario y conservador, y estos rasgos se mantienen con mayor fuerza en el campo. Mucho antes de la emancipación los rústicos tuvieron un conjunto de costumbres y tradiciones que formaron lo que podemos intitular un código de reglamentos. Fuera de ello, la emancipación fué el punto culminante de una larga serie de circunstancias y acontecimientos. Durante muchos años, el problema que resolvió Alejandro II, en Marzo del 61, preocupó la nación. Esfuerzos se hicieron hace ya sesenta y ochenta años para dar al lugareño su libertad; pero quedaron todos infructuosos porque la opinión pública no les apoyó suficientemente. Sin embargo, se impusieron algunos preceptos, los cuales, con las costumbres ya formadas y las tradiciones, bastaron al gobierno del mir. Estos reglamentos vinieron á ser las leyes de los emancipados y como tales fueron reconocidas por las autoridades en San Petersburgo, y se otorgó á la comunidad el derecho de modificarlas por completo ó en parte, en conformidad á los límites indicados por *ukás*, ó decreto imperial.

Nunca se escribieron estos códigos rústicos en un volumen. Por una infinidad de causas varían, y á veces notablemente, según las provincias.

Nos encontramos, pues, en presencia de un hecho curiosísimo: todos esos pueblos con sus millones de habitantes se rigen, en general, mediante leyes no escritas y que cambian según la region, el clima y las condiciones históricas y etnográficas. La Junta de *mir* se hace cargo de la administración de los asuntos comunales, y sus decisiones se llevan á ejecución por un cuerpo ejecutivo al frente del cual está el *stárosta*.

El *selski stárosta*, ó prohombre de la aldea, es labrador y padre de familia. *Stárostié* quiere decir vejez; así el *stárosta* es, para expresarlo mejor, el anciano. Su elección dura tres años. El cargo que desempeña no se busca, ni se desea. Sin embargo, es cosa reconocida que cada jefe de familia debe desempeñarlo cuando le toque su turno. El *stárosta* no tiene

la categoría de funcionario, no lleva título alguno, no viste uniforme y no cobra sueldo. En ciertas ocasiones, como, por ejemplo, cuando preside á una sesión de la Junta, lleva al cuello una cadena de latón, de la cual cuelga una medalla del mismo metal. No es posible más sencillez republicana.

Sus atribuciones son muchas y algunas onerosas. Es él la cabeza entre el mir y las demás organizaciones administrativas y el intermediario entre aquél y el Gobierno en la corte. Hay que fijarse en que el gobierno de San Petersburgo nada tiene que ver con el *mouzhik* en su cualidad de individuo: sus relaciones están con el *mir* en su conjunto, y trata con él por medio del *stárosta*. He aquí un ejemplo de ello: un mir encierra 250 personas y 1.000 hectáreas. Su cuota de tributos al tesoro nacional se representa por x . La autoridad imperial no sabe, ni quiere saber, si Vasili abona la mitad de su parte ó Dvan el doble, si Misha paga todo ó Guerásim nada. La comunidad debe un tanto, y el *stárosta* ha de entregar la cantidad.

Éste es también el alcalde y el juez de paz. Por tal motivo, echa multas é impone *cornées*. Tiene á su cuidado la inspección general de las carreteras, de los puentes y de los ríos. Está encargado de cuidar de la escuela, de la casa del maestro, ó de una parte de la escuela del mir vecino a donde van los niños de su pueblo, de la iglesia, de la enfermería, y por lo general, de cuanto se relaciona con la hacienda. También es su obligación vigilar al alguacil, al sereno, al pastor, al guardia del bosque y á los inspectores de los almacenes comunales, de la escuela y de la enfermería. Antes de la reorganización militar vigente, tuvo al mismo tiempo el servicio del reclutamiento.

Fundóse hace tiempo el *krestianski pozemél'ni bank*, ó banco de agricultores, que facilita, en condiciones provechosas, dinero á individuos y comunidades; en este caso, solamente por el oficio del *stárosta*.

El *pop*, ó presbítero, no es merecedor de las burlas de los extranjeros y de algunos rusos. Suele ser fiel esposo, cariñoso padre y buen cultivador. El soltero no puede obtener una cura y tiene que dejarla si enviuda. El decreto de emancipa-

ción quitó á los señores el privilegio de nombrar á los presbíteros. Los nombra ahora el Santo Sínodo, el cual tiene la dirección general de los asuntos eclesiásticos del imperio. El Santo Sínodo posee cuantiosos fondos, pero dedica la mayor porción de ellos á obras de propaganda. Resulta que el *pop* vive con un módico sueldo que aumenta por medio de propinas, la venta de bujías y otras cosas por el estilo. Despreciado por la nobleza y la alta clase comercial, y considerado por los paisanos como uno de los suyos, raras veces aspira á tener influencia espiritual. En otros tiempos fué sencillamente un siervo, y esto explica la falta de dignidad personal que en él se nota.

El espíritu democrático del pueblo ruso se pone de manifiesto en la composición y las atribuciones de la Junta del mir. Este Consejo se compone, no de diputados elegidos de un modo ó de otro, sino de los jefes de familia, porque cada padre de familia es de derecho propio miembro de él. En su ausencia, por cualquiera motivo que sea, su esposa asiste en su lugar, y ésta le reemplaza definitivamente si queda viuda. En uno y en otro caso, ella tiene el derecho de discutir y de votar como los individuos del otro sexo. Es justo admitir, sin embargo, que la caballería rústica deja mucho que desear. Un proverbio ruso dice: *u bábui vólos dólog, a um korótok*—las mujeres tienen el cabello largo y el entendimiento corto.—Por eso la mujer que toma parte en las deliberaciones no goza siempre la consideración debida.

La Junta reparte las tierras periódicamente. Puede hacer aún más. En virtud de la ley del 61, está autorizada á dividir las definitivamente; pero esta división se verifica sólo cuando reúne dos terceras partes de los votos de la asamblea.

La Junta precisa las temporadas en que han de hacerse las labranzas, las sembraduras y las cosechas. Regula la cantidad de las contribuciones comunales y cómo deben emplearse. Ejerce el derecho de intervención en los asuntos particulares de las familias en ciertos casos. La razón para ello es evidente. El mir, como unidad, tiene que contribuir con un tanto al Tesoro. Si uno de sus miembros, por cualquier razón, no abona lo que le corresponde, la pérdida recae sobre los demás.

La Junta concede ó anula la licencia para construir nuevos edificios, elige al *stárosta*, al sereno, al alguacil y á los otros empleados ejecutivos, y les revoca si no cumplen con sus deberes. El campesino no está sujeto á su poblado: puede irse á las ciudades para una ó más temporadas ó abandonar su mir completamente. No es lícito, no obstante, ausentarse ó trasladarse para siempre á otro sitio sin el previo consentimiento de la Junta. En su ausencia remite al mir su parte de los tributos, y si esto no lo hace, el permiso de ausencia puede ser anulado. La Junta expulsa del pueblo á toda persona rebelde á su autoridad. Antes de suprimirse el destierro á la Siberia podría también desterrar allí á todo paisano reconocido incorregible. Vota ó rechaza la admisión de nuevos miembros del mir. Como medida disciplinaria, excluye de sus reuniones á cualquier padre de familia, sin que la exclusión dure más de tres años. Todas las cuestiones que se refieren á la escuela, al maestro, á la iglesia, á los almacenes comunales, en una palabra, á cuanto sea propio de la comunidad, se arregla por la Junta. En el número de sus atribuciones se halla la nominación de representantes al Consejo de *vólost* en la proporción de un delegado para diez hogares.

No entra en los límites exigüos de este artículo describir el *vólost*. Basta aquí con apuntar que es un *mir* en mayor escala, que existe desde hace cuarenta y cuatro años y que comprende todos los pueblos dentro de un radio de doce *verstas* (12 y $\frac{1}{2}$ kilómetros). Á la cabeza del *vólost* está el *starshiná*, elegido para los tres años por el Consejo del *vólost*, al cual tiene que pertenecer antes de su elección. Un pueblo grande es frecuentemente un *vólost* entero.

Como puede suponerse, hay una diferencia marcada entre una sesión de una diputación provincial en España y una reunión de la Junta del mir. Los legisladores campestres se reúnen las más de las veces al aire libre y los domingos. Cada cual de ellos lleva sus mejores vestidos. Todos están de pie ó pasean despacio. Aquí hay dos personas, allí un grupo de cuatro ó cinco y más lejos otro mayor. Hablan á la vez y cada uno interrumpe á su vecino. El *stárosta* se dirige á uno y á otro, y á veces á éste ó al otro grupo. Charla con el pri-

mero, aconseja al segundo, censura á éste y razona con aquél. Entretanto, los chicos juegan en medio de la concurrencia y corren entre las piernas de los asistentes, y algunos aldeanos de ambos sexos miran de lejos con aquellas caras apáticas que se ven con frecuencia en los campos moscovitas.

Después de una media hora, ó más, óyese un grito, y luego otro: se acaba de votar el proyecto discutido. La fuerza del primer grito y la flojedad del segundo demuestran que la votación obtuvo gran mayoría. Algunas veces la minoría exige una votación en regla. Entonces los de la mayoría se colocan á un lado, los de la minoría al lado opuesto, y el *stá-rosa*, con dos ayudantes, pasa delante de ambos grupos contando el número de votos.

Sin embargo, la minoría, por pequeña que sea, merece respeto profundo. Nuestro sistema de vencer á las minorías por la fuerza del número se estima poco ó nada entre los eslavos en general y los rusos en particular. Experimentamos satisfacción si lo propuesto por nosotros consigue una buena mayoría y no nos molestamos con lo que siente la minoría. Entre los rusos se considera con preferencia la victoria como resultado de lo que se llama la fuerza brutal del número. Y la experiencia ha comprobado muchas veces que el proyecto que logra el mayor apoyo no es el más bueno. Éste es uno de los razonamientos que suele emplearse para combatir el régimen constitucional. Así se explica por qué la autocracia personal representada por el *bátiushka*, ó padrecito—el nombre que dan los paisanos al emperador,—se ha mantenido tanto tiempo y es hoy tan poderosa; así se explica que no hayan dado resultado las tentativas hechas para establecer un gobierno constitucional y parlamentario en Rusia. Por lo demás, el moscovita es un hombre esencialmente pacífico. Es idealista, á su manera, é inclinado á la compasión. Prefiere el uso de la persuasión al empleo de la fuerza.

Ya se concibe el por qué, cuando se convoca la Junta, haya por lo regular una tendencia, y muy á menudo marcadísima, encaminada á llegar á un convenio por vía amistosa. El ruso rancio piensa, como el español, que más vale mala avenencia que buena sentencia. La mayoría hace una conce-

sión, la minoría hace otra, y así sigue el asunto hasta que se llega á un arreglo que corresponda más ó menos á las ideas de ambos partidos, evitándose, por lo tanto, la necesidad de votar.

En algunos casos las concesiones no dan los resultados apetecidos. Entonces la materia discutida se somete á un compromiso. El número y la categoría de los árbitros depende de las circunstancias: á veces es el *starshind* del mismo *vólost*, solo ó con el auxilio de una ó dos personas, ó algunos miembros del mir vecino, ó un rico propietario. Las decisiones que se dan reciben, salvo contadísimas excepciones, buena acogida por parte de los interesados.

Á pesar de las ventajas innegables que ofrece la organización que procuramos describir, presenta hoy tendencia á desaparecer. Esto debe atribuirse á los inmensos progresos que viene realizando la industria rusa desde un cuarto de siglo. El *mouzhik* gana más trabajando en una fábrica que cultivando un campo. La despoblación rural no es tan grande como en Alemania y otros países, pero se acentúa más cada año. En varios gobiernos, que así se llaman las provincias en Rusia, la despoblación toma proporciones considerables. Muchos campesinos renuncian para siempre á sus tierras.

La pobreza es grande en algunas regiones, hasta en la zona de «la tierra negra», la más fértil de Rusia.

En sitios donde el suelo es poco feraz y las condiciones climatológicas son desfavorables, hay pueblos que á duras penas pueden vivir.

Los hay también que se salvan de la ruina porque en las ciudades próximas encuentran recursos.

Al mismo tiempo se manifiesta cierta repugnancia á satisfacer el impuesto á los dueños que fueron de la tierra. Esto se explica fácilmente. Los labriegos no lograron su emancipación con muestras de alegría. Siempre tuvieron la idea de que fueron despojados del suelo por la fuerza. Pues ¿para qué indemnizar á los que les quitaron su herencia por medios injustos?

No es de inferir, á pesar de todo, que la indigencia ó estrechez sea la regla general. Numerosos poblados gozan de pros-

peridad relativa; algunos poseen mucha riqueza. De largo tiempo atrás vense *mouzhiks* riquísimos; hombres que hacen alarde de gastar un dineral y que llevan en todos los dedos sortijas de bastante precio, aunque de gusto dudoso. Sus hijos hacen la carrera en las universidades. Después de sufrir sus exámenes con éxito, logran una cédula, la cual les concede una categoría superior á la de campesino.

La desaparición del mir no será en nuestro tiempo. Quizás tampoco en la generación venidera. El principio sobre el cual se apoya el mir no es solamente ruso, como se ha visto, pero ejerce en nuestros días más influencia que en los siglos anteriores. Se tropieza con él en la historia nacional. Recibió su primera consagración en esas repúblicas tan desconocidas en España, y su existencia es una luz viva que irradia sobre el carácter y temperamento moscovitas.

JORGE ADAMS.

Blücherstrasse, 4. Frankfurt a/M.—Alemania.

DOCTRINAS SOCIOLOGICAS

ACERCA DEL PRINCIPIO DEL FENOMENO SOCIAL

El materialismo histórico.—La producción.

El materialismo histórico es un tema de moda. Nacido hace cincuenta años, ha vivido algún tiempo vida oscura y circunscrita; pero ahora ha adquirido rápidamente gran notoriedad, formándose alrededor de él una rica literatura que se acrecienta de día en día (1).

Tiene razón Croce, el materialismo histórico es actualmente una doctrina de verdadera importancia, que se encuentra muy en boga entre los pensadores, preocupando á los historiadores, sociólogos y economistas de todos los países.

Esta doctrina fué iniciada por *Carlos Marx y Engels*, contando hoy entre sus partidarios á nombres tan prestigiosos como son los de *Labriola, Loria, Abramowski, Groppali, Kautsky, Plekbranow, Stern, Mehring y Lafargue* entre otros, siendo ya numerosísimos los expositores, divulgadores, correctores y críticos de la misma.

¿Qué es el materialismo histórico?

El materialismo—según le define *Stammler*—es aquella concepción que pone la base fundamental de la sociedad, su estructura y su vida en la economía social, ó sea, en la producción. Del modo particular de verificarse esta producción en cada época depende la organización de la sociedad con

(1) Benedetto Croce, *Materialismo storico ed Economia marxista*.—Saggi critici.—Milano.—Palermo, 1900.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.

todos sus diversos fines y órdenes particulares: derecho, religión, moral, ciencia y costumbres (1).

Otro escritor, *Masarik*, dice que el materialismo histórico puede resumirse del siguiente modo: Las condiciones de la producción, influyendo en la composición de la sociedad, forman una base real, sobre la que se apoya la estructura legislativa y política; de ellas dependen todas las formas sociales (2).

Para comprender aún mejor esta doctrina, valgámonos de uno de sus partidarios más entusiastas, de *Abramowski*. ¿Qué es lo que determina—pregunta este pensador—la organización social? El «materialismo» — responde — indica la categoría económica de los hechos. Pero ¿qué es esta categoría en sí misma? Considerada del lado formal y estático, se presenta como la organización de las relaciones de la propiedad y el cambio, la cual sólo encuentra su valor real en su expresión jurídica. En cuanto al lado dinámico del organismo jurídico y económico, en cuanto al laboratorio en que las formas se crean y bajo las cuales se oculta, es la *producción*; ella es la que constituye al mismo tiempo esa especie de caldera de alquimia, en que la historia y la civilización arrojan todas sus adquisiciones y todos sus productos, para ser allí transformados en gérmenes de una nueva vida social (3).

Para aclarar aún más esta exposición, veamos lo que dice otro notable partidario de esta doctrina, *Groppali*: Manifestación última y madura del relativismo moderno, el materialismo histórico, exalta, como método, la menos engañosa de todas, ó sea la que consiste en hacer derivar en último análisis los productos ideológicos y superiores de las condiciones exteriores de la vida material y del medio económico artificial.

(1) Rodof Stammler, *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Geschichtsauffassung*.—Leipzig, 1896.—Un tomo de VIII-668 páginas.

(2) Véase *La crisis científica y filosófica del marxismo contemporáneo*, por T. G. Masarik. (Versión española nuestra publicada en la *Revista Jurídica*, tomo IV.—Valladolid.)

(3) Abramowski, *Le materialisme historique et le principe du phenomene social*.—París, 1898, pág. 4.

Siguiendo la tesis del materialismo histórico, el hombre procura para atender á sus necesidades, que son más numerosas cada día, sustraerse lo más posible, merced al trabajo, al medio natural que le oprime. En este medio natural, incesantemente modificado por la acción de los instrumentos del trabajo del hombre, éste se forma progresivamente un medio artificial, ó si se quiere mejor una *subestructura* económica que, estableciendo y sustentando á la sociedad, se desenvuelve gradualmente y sigue los progresos y mejoras de los modos de producción de la vida material, es decir, de los modos de aprovechamiento del medio natural. Sobre este terreno artificial, que separa al hombre de los brutos, lanza aquél poco á poco, combinándose con los demás y complicando su existencia, la flor cada vez más rica y fragante, de las leyes, costumbres é ideas, que en sus variaciones presuponen y al mismo tiempo determinan el valor de las condiciones materiales... Para el materialismo histórico, pues, la moral, como el derecho, como la religión, como todo fenómeno social *in genere*, es una formación de condiciones históricas especializadas, que encuentran su razón de ser y su causa última (de nosotros conocida) en el desenvolvimiento de las formas productoras y en el proceso dialéctico, por el cual, el secreto de la dinámica social se encuentra en la antítesis, que de vez en cuando se verifica entre el desarrollo y el progreso de los modos de producción y la inercia de las relaciones jurídicas de esta producción misma (1).

Loria dice también: «La moral, el derecho, la constitución política... se hallan dominados en su esencia por las relaciones económicas; todos derivan por una lógica fatal... Todas las formas no económicas que constituyen la trama de la constitución social se nos presentan como el resultado necesario, como la superestructura de las relaciones económicas, las cuales constituyen su estructura real y pueden suministrar la explicación científica de su mecanismo complicado» (2).

(1) Groppali, *Discussion avec M. le professeur Ardigo sur la sociologie et le materialisme historique*.—En la *Revue Internationale de Sociologie*.—París, 1899.—Janvier.

(2) Loria, *Les bases économiques de la constitution sociale* (versión

Para *Loria*, moral, derecho y constitución política son, como él dice, las *instituciones conectivas* más importantes, destinadas á disciplinar el egoísmo de las clases propietarias, á combatir ó á viciar el egoísmo de las clases trabajadoras y á hacerles aceptar una forma económica que las oprime. Siendo la esencia de estas instituciones puramente económica, al variar ésta tendrán que cambiar aquéllas.

Seligman, en un concienzudo libro reciente sobre esta materia, dice por su parte: «La tesis que sostienen los partidarios de esta doctrina puede resumirse así: La existencia del hombre depende de su capacidad productora; la vida económica es, por consiguiente, la condición fundamental de toda vida. Pero, puesto que la vida humana es la vida del hombre en sociedad, la existencia individual se mueve dentro del círculo de la estructura social y es modificada por ella. Es á las causas económicas á las que se refieren en último término las transformaciones en la estructura de la sociedad.» Según Seligman, en lugar de llamarse esta doctrina *materialismo histórico*, *interpretación materialista de la historia*, debiera denominarse *interpretación económica de la historia* (1).

Ahora bien, si penetramos en estas explicaciones del materialismo histórico, veremos cómo éste puede considerarse desde diversos puntos de vista:

1.º En primer término aparece como una nueva doctrina filosófica ó perfectamente distinta ó, en el fondo, particular concreción de una doctrina antigua renovada en todos los siglos (la doctrina materialista), cuyo carácter ya discutiremos brevemente.

2.º Como una nueva *filosofía de la historia*.

3.º Como una nueva explicación del *principio del fenómeno social*.

4.º Como una particular concepción *económica*.

francesa de Bouchard).—París, 1893, un tomo de XII-430 págs. Véase el último capítulo.

(1) *The economic interpretation of history*.—New York, 1902.—Por lo demás, el pensamiento fundamental hay que buscarle en el mismo Marx y en Engels, cuyas obras no vamos ahora á descubrir, sin olvidar tampoco á Saint Simon.

5.º Como una nueva *filosofía del derecho*.

Realmente, á nosotros tan sólo el tercer punto de vista nos interesa; pero no nos creemos relevados de decir algo acerca de los otros, si no queremos dejar truncado nuestro trabajo y si pretendemos que el lector adquiriera una idea lo más amplia posible de la interesante teoría, que constituye el *alma mater* del pensamiento colectivista en todos los países, ya que la doctrina de Marx representa el credo universal en que comulgan con entusiasta y decidida fe los más eminentes jefes del socialismo europeo.

|* *
* *

Como no ha observado *Groppali*, el calificativo de *materialista*, que adopta esta doctrina, es verdaderamente impropio, y por eso mismo añade que no debe confundirse el materialismo metafísico y el materialismo histórico, que no tienen entre sí ninguna relación intrínseca ni extrínseca, ni desde el punto de vista de su origen, ni por su contenido objetivo; por ello ha hecho muy bien *Lange*, que conoce perfectamente la doctrina marxista, en no mencionar en su historia clásica del materialismo metafísico el materialismo histórico, que no tiene otra cosa de común con el otro que el hecho exterior del calificativo (1).

El mismo *Masarik*, que parece inclinado á confundir ambos materialismos, claramente dice que las opiniones de Marx y de Engels no pueden ser llamadas materialistas sino con alguna reserva. Son más bien, añade, una síntesis, no del todo conseguida, del panteísmo de Hegel, del materialismo vulgar, del positivismo y del evolucionismo (2).

Enfrente de estos escritores se encuentra *Stammler*, que en la obra ya citada considera como buena y exacta la denominación de *materialismo* y aun le pone en relación con el materialismo metafísico, aplicándole el juicio de *Lange* sobre

(1) *Groppali*, ob. cit., págs. 19 y 20.

(2) *Masarik*, ob. cit., número del 10 de Octubre de 1900 de la *Revista Jurídica*.

éste, á saber: «Que el materialismo sea el grado primero y más inferior, pero también el más sólido y firme de la filosofía», porque para *Stammler* el materialismo histórico ha dicho la verdad, aunque no toda» (1).

Nosotros entendemos que el verdadero carácter del materialismo histórico está en una especie de conjunción de la filosofía hegeliana, de la teoría del *devenir*, en que la evolución de la idea explica el desenvolvimiento de la historia y la trama de la vida con la filosofía positivista que, respetando la ley de la evolución, aunque formulándola á su modo, le da un sentido menos elevado y superior, deteniéndose en la pura concepción del hecho, de lo puramente relativo y condicional, en que la *materia* y no la *idea* es la base y el fundamento supremo. Es por ello, á nuestro juicio, más exacta que ninguna la apreciación de *Masarik* ya citada, y según la cual la doctrina del materialismo histórico es una síntesis de *panteísmo y positivismo, de materialismo vulgar y evolucionismo*.

Sin embargo, como hemos dicho en otro lugar (2), por el intento de ahondar el materialismo histórico en la raíz de los hechos humanos; por la explicación abstracta, en último análisis, que de los mismos da y que representa en la ciencia una de las hipótesis más defendibles, y por ser, como dice *Labriola*, «una concepción crítica que excede del puro empirismo de los datos inmediatos», es por lo que esta doctrina trasciende del puro positivismo y se construye como una doctrina *sui generis*, en el fondo indudablemente materialista, pero materialista vulgar, que en su total concepción aspira á respetar los fenómenos ideológicos mas superiores.

*
* *

Pero el materialismo histórico se presenta también como una nueva *filosofía de la historia*. Como dice *Labriola*, es la *última y definitiva filosofía de la historia* (3).

(1) Ved sobre este punto la obra citada de Croce, pág. 175.

(2) Ved *La Sociología y la Economía política* 1900, págs. 31 y 32.

(3) *Labriola, Del materialismo storico*, Roma, 1896.

En efecto, el materialismo histórico pretende construir la *concepción orgánica de la historia* sobre la economía, en la que habrá que buscar la explicación de todo el proceso humano. Es, como dice *Abramowski*, el laboratorio en que las formas se crean, es la caldera de alquimia en que la historia y la civilización arrojan todas sus adquisiciones y todos sus productos, para ser allí transformados en gérmenes de una nueva vida social.

Hoy habrá ya que decir: Dadme las condiciones económicas de un pueblo y os trazaré su historia.

Claro está que así planteado el problema está resuelto. Es una nueva concepción histórica; pero tan falsa como todas las que han querido reducir á un fenómeno sólo la explicación del desenvolvimiento humano, cuya complejidad exige principios diversos, que expliquen las acciones y reacciones que entraña la vida, y mediante los que pueda descubrirse la ley suprema en esta combinación de ideas, de sentimientos, de materia y fuerza que sin cesar se sacrifica en esta llamada química social.

La ley de la historia no se puede buscar en un hecho humano solo, sino en la *raíz, esencia y fundamento* de la totalidad de los hechos del hombre, encaminados á cumplir el pleno destino humano, bajo la ley del bien y la suprema dirección de Dios...

Por muy rico y muy importante que sea uno de esos hechos, es inmensamente más rica, más compleja, la existencia del hombre y el desenvolvimiento de su vida á través de la historia (1).

No está por tanto la solución, á nuestro juicio, en una concepción materialista ó, como ahora se dice, realista de la historia, sino en la antigua concepción humano-teológica (no teológico-cristiana... teológica en su pura objetiva concepción), que responde mejor al carácter, sentido y *spiritus intus* de la vida, porque el historiador contempla sin cesar cómo los hombres luchan sin descanso por cumplir los fines de su naturaleza racional; cómo por sí ó unidos, para facilitar la lucha,

(1) Para completar, ved obracitada de Croce, cap. I.

entablan multitud de relaciones de todas clases, jurídicas, morales, económicas, científicas... que, apretadamente, enredan su vida y complican su existencia, y á la larga notar cómo, siempre dentro del plan divino, los seres humanos, en medio de todos los aciertos, verdades, esperanzas, victorias y energías; cómo de todas las torpezas, errores, desengaños, caídas y debilidades, van realizando sus fines y la Humanidad va cumpliendo su eterna misión en la historia... (1).

*
* *

Más importante es criticar el materialismo histórico, como doctrina sociológica.

Trata la Sociología de encontrar el fundamento del *fenómeno social* (2), es decir, el principio que sirva de clave para explicar la compleja urdimbre social. Multitud de pensadores han pretendido encontrar tal fundamento. Así unos han señalado la *conciencia de la especie* (Giddigs), otros la *lucha de razas* (Gumplowicz), el *contrato* (De Greef), la *imitación* (Tarde), la *coacción del espíritu por la acción y el pensamiento ajenos* (Durkeim), la *lucha por la alianza* (Novicou), la *justicia* (Ardigo). Pues bien, el materialismo histórico señala la *producción*.

Ahora bien, como doctrina sociológica tiene de errónea lo que tiene de exclusiva. Efectivamente, con igual fundamento que se señala como principio del fenómeno social, la producción (relación genésica, hecho inicial de las demás relaciones y hechos económicos), podría señalarse el derecho, la religión, la moral, la ciencia, el arte, etc., porque todos ellos tienen suprema importancia social, y porque sobre ellos pudiera inten-

(1) En la obra de Croce, ya citada, es donde puede estudiarse mejor el materialismo histórico desde este punto de vista.

(2) El fenómeno social es el fenómeno por excelencia, resultado de la combinación de los fenómenos sociales concretos (derecho, moral, ciencia, economía), que accionan y reaccionan los unos sobre los otros en el fondo de la vida, obrando y reobrando los unos sobre los otros, entremezclando su savia, trasmitiéndose su vitalidad, infundiéndose su esencia.

tarse una reconstrucción de la evolución humana, hasta el punto de que si otros pensadores se preocupasen seriamente de cualquiera de estos fenómenos sociales y le elevasen á idea máter, á principio ordenador, á elemento primordial irreducible (claro está que nunca por virtud de su esencia propia, sino por empeño de metafísico pensamiento), podría, colocado desde tal punto de vista, explicar la historia entera, que ostentaría una fisonomía especial, tan humana como la esbozada por el materialismo histórico y tan legítima como esta del *monismo económico*, que entonces llamaríamos monismo jurídico, ético, religioso, científico ó artístico, según el fenómeno social elegido. Nunca se justificará, por tanto, el predominio que se atribuye al elemento económico, muy importante, sin duda, como ya hemos probado, de muy trascendental influjo en los demás elementos sociales, pero nunca de tanto valor y alcance, que sea la producción fundamento incommovible y real de la constitución de la sociedad humana.

Como dice muy bien *Miraglia*, el hecho económico no es originario, puesto que deriva de elementos psico-físicos, de elementos históricos y de fuerzas exteriores. No es verdad que todos los hechos sociales nazcan del hecho económico y que la moral, la religión, el derecho, la política, el arte y la ciencia sean efectos suyos. Esta es la tesis que sostienen *Marx*, *Loria*, *Gumpowicz*, los cuales olvidan que el más simple hecho social se origina de causas múltiples y que una vez producido reacciona sobre tales causas y es capaz de modificarlas. Ya hemos hablado de la gran complejidad del fenómeno social, que es la resultante de condiciones de toda clase, físicas, intelectuales, morales, económicas, jurídicas, políticas, religiosas é históricas (1).

En otro lugar añade el mismo autor: «Si bajo un aspecto el hecho económico presupone un conjunto de causas sociales de que proviene, bajo otro aspecto es condición del desarrollo de hechos pertenecientes á un orden superior. Seguramente que la energía de la inteligencia, de la voluntad y de la

(1) *Miraglia, Filosofía del Derecho*, tomo I, pág. 317.—(Versión española de *La España Moderna*.)

imaginación no existiría si faltasen las fuerzas orgánicas, máxime las del estómago. Si las necesidades de la vida no fuesen más ó menos satisfechas, no sería posible, por ejemplo, la investigación científica. Una determinada manera de distribución de la riqueza es el supuesto de algunas instituciones jurídicas y políticas. Pero así como el estómago no es la causa de la inspiración del genio, de las resoluciones enérgicas del carácter ni de las emociones espirituales, así el hecho económico es mera condición, no principio determinante de la vida social y de la civilización. El criterio de considerar el hecho social unilateralmente es siempre un criterio estrecho; el hecho social todo no puede explicarse con solos los elementos económicos. Con esta teoría estrecha no se comprende la vida humana ni la historia» (1).

Es verdad, es íntima la relación que une el fenómeno económico con los demás fenómenos sociales. Como observa muy bien *René Worms*, el régimen económico de una sociedad imprime su huella en el resto de su constitución. Sobre su constitución genésica, bien conocido es el lazo que une la riqueza con la natalidad. Sobre su constitución intelectual, según el género de vida de un pueblo, según que es nómada ó sedentario, guerrero ó pastor, cazador ó agricultor, así son unas ú otras sus costumbres ó ideas. Sobre su constitución jurídica, ¿hay acaso necesidad de probar que las leyes relativas á la propiedad y á sus desmembraciones, á los contratos y aun á las sucesiones, reflejan las necesidades de existencia de los pueblos para que fueron dictadas? Sobre su constitución política, por último, porque estas mismas circunstancias entran por mucho en la determinación del tipo gubernamental: monarquía, aristocracia ó democracia (2). De aquí induce el perspicaz sociólogo francés la necesidad en que se encuentra todo el que quiera conocer á fondo el fenómeno social de estudiar ante todo los hechos económicos.

(1) Miraglia, *Filosofía del Derecho*, tomo I, págs. 318 y sigs.

(2) René Worms, *La sociologie et l'économie politique*.—París, 1894.—Un folleto de 13 páginas. Reproducción de un artículo publicado en la *Revue de Sociologie*, de que es director.

Ahora, que no puede inducirse de aquí más que el hecho económico es condición, pero no causa, de los demás hechos sociales.

Desde este punto de vista puede aún más ahondarse, penetrando en este *desenvolvimiento de las formas productivas*, que diría *Groppali*, preguntando, por ejemplo, á los partidarios de la tesis que combatimos cómo se puede explicar que la producción transforme el conjunto de la organización social, pregunta que ya se formula á sí mismo *Abramowski*, queriendo, sin duda, anticiparse á las objeciones; pero al contestarla lo hace de un modo tan vago que no puede convencer á nadie, sirviéndose de conceptos que demuestran la poca claridad de su pensamiento en este punto y la ausencia de firmes y contundentes razones que nacieran de la realidad vigorosa, y así se le ve hablar de *propiedades misteriosas*, de *formas inanimadas de las categorías económicas* y de *vías invisibles*, entrando en seguida, para iluminar estas frases de nigromántico, en la historia, que interpreta y retuerce á su modo, y que de tal manera se ha dicho mil veces con razón que en su seno hay datos para probar toda clase de causas (1). Y es que tal pregunta es incontestable, porque no se pueden explicar desde el punto de vista científico fenómenos que están en oposición con la realidad.

Para todo pensamiento sereno, el fenómeno económico es uno de los más importantes de la vida social, condición que no es causa de los otros hechos sociales, que integran la vida humana y constituyen la trama de las sociedades, representando el objeto de la sociología, la cual proclama hoy como uno de sus primeros principios la *interdependencia mutua de todas las funciones sociales*, que diría *Petrone*, y por tanto, que lo jurídico ni lo religioso, por ejemplo, emanan de lo económico, ni viceversa, sino que todos los fenómenos sociales dependen unos de otros y reclaman un principio superior á todos que sea el fundamento de ese fenómeno social por exce-

(1) Véase su ob. cit.

lencia, principio aún no formulado por la nueva ciencia y que hay que buscar en las condiciones psico-físicas del individuo y de la sociedad (1).

*
* *

Como teoría económica, puede aplicársele algo de lo dicho anteriormente, en cuanto se refiere al desconocimiento, que ya hemos hecho notar, de la verdadera naturaleza é importancia de las condiciones económicas.

Es la Economía, según esta doctrina, el crisol en que se funde toda la vida social. Son los hechos económicos los que constituyen la materia de la sociedad, como dice Stammler. Representan los demás hechos y condiciones humanas la estructura social, sobre los cuales representa el fenómeno económico una especie de subestructura. Toda la vida se desenvuelve sobre la base de las condiciones técnicas de producción.

Viene á ser así la Economía la ciencia social por excelencia y si se quiere la única Sociología posible.

No puede, no, admitirse semejante condición. Hemos visto, sí, que los hechos económicos son muy importantes, pero que no hay posibilidad real de hacer derivar de los mismos toda la delicada urdimbre social.

Por lo demás, la Economía tiene un campo más reducido y no puede arbitrariamente erigirse en la única ciencia social.

Si reflexionamos sobre la verdadera naturaleza del fenómeno económico, comprenderemos que éste abarca tan sólo una parte de la actividad y una parte del destino humano: la actividad aplicada a transformar la materia preexistente, para aumentar su utilidad ó hacerla más adaptable á la satisfacción de las necesidades humanas: el fin, que únicamente se refiere á esta satisfacción y que coexiste al lado de otros fines humanos no menos importantes.

(1) Del materialismo histórico como filosofía social se ocupa el libro del profesor Stamler citado, en donde pueden observarse, á más de los indicados, otros curiosos puntos de vista.

Que la Economía, también, representa la base de multitud de hechos sociales, y así el derecho y la moral y la ciencia se encuentran realmente influidos por la misma, pero que la raíz y su causa es superior y reside en las entrañas del espíritu humano, en la especial contextura de su naturaleza y en la particular de su vida de relación.

Por tanto, cualquier doctrina que quiera hacer de la Economía una ciencia extraña á su contenido concreto, representado por esta lucha que el hombre entabla con la naturaleza para la satisfacción de sus necesidades con medios materiales, traspasa los límites de la disciplina, no respeta la variedad científica y confunde y aglomera en un monismo absurdo lo que pide distinción y deslinde. La ciencia no sólo es una suma, es también una resta. Todo monismo es ilegítimo. La verdadera doctrina es la que distingue y colecciona.

Reducir la evolución social á la evolución económica, es una pretensión estrecha é infecunda; no ver más que un fenómeno esencial es arbitrario y caprichoso; señalar la producción como la retorta en que se elaboran todas las formas sociales es anticientífico y poco real, y pretender que la Economía abarque todos los fenómenos de la sociedad, es condenarla por inmodesta á eterna censura, á perpetua ironía y á interminable y odioso desprecio.

La Economía se ocupa de ese importantísimo fenómeno social; base, condición tal vez, si se quiere, de los otros. He aquí su transcendencia, su verdadera naturaleza y valor y su indiscutible importancia científica; pero no se pretenda encontrar en ella la explicación de todo el proceso humano y la interpretación de la compleja urdimbre social. Por tanto, decir con De Greef «todo el desenvolvimiento social está determinado por el sistema económico y está subordinado al sistema de producción y especialmente á su técnica», es enunciar algo enteramente caprichoso, porque nadie podrá nunca relacionar entre sí estos dos hechos: el sistema técnico de la producción y el sagrado deber de que, por ejemplo, la esposa se mantenga pura en el hogar doméstico, convertido este deber con el nombre de fidelidad en obligación jurídica. Por de pronto, todos los fenómenos morales habría que excluírlos de esta ex-

plicación. Lo que hay es que el fenómeno económico es muy amplio, abarca todas las relaciones de propiedad, sobre que versa gran parte del derecho, y constituye una de las instituciones más fundamentales de la sociedad, y de aquí su notada influencia en multitud de hechos salientes del proceso histórico social. Pero siempre, todo imparcial investigador podrá apreciar que este proceso es tan complejo, que no puede explicarse por la mera manera con que el hombre ha luchado para satisfacer sus necesidades en la vida, sino que hay algo más de otro orden superior, que tal vez aún no puede precisarse en qué consiste, pero que flota en el pensamiento sociológico contemporáneo, engendrando multitud de teorías honradamente sugestivas.

*
* *

No menos inadmisibile es la pretension de reducir el derecho á ser una mera derivación del fenómeno económico. El fenómeno jurídico no puede ponerse bajo ninguno otro, sino en primera fila, en cuanto el derecho, si no es la fuerza específica del organismo social de que habla Ardigó, sí es energía poderosa que coordina todos los elementos humanos. Es el principio ordenador. En la vida social todos los factores, fuerzas, elementos y energías se funden y se combinan, realizando su esencia y naturaleza propia en el tiempo y contribuyendo á que se desenvuelva la energía y naturaleza de los demás, en la íntima relación de engranaje que entraña el agregado humano. En éste se destacan dos fundamentales fenómenos: un fenómeno de *coexistencia* y un fenómeno de *cooperación*. El primero se muestra en la existencia de unos elementos con otros, respetando la propia esfera de acción, viviendo la propia y peculiar vida y ampliando, dentro de su respectivo círculo, con entera independencia y autonomía su fin. El segundo se manifiesta en la relación de auxilio, de ayuda, de dependencia entre todos los factores humanos: ya no sólo viven su vida propia, sino la de los demás; cooperan todos al cumplimiento del destino social. Esta coexistencia y cooperación se da en toda la vida social: coexisten y coope-

ran los individuos, coexisten y cooperan los órganos sociales, las fuerzas, elementos, fenómenos y energías todas, y de tal coexistencia y cooperación va surgiendo, lento pero progresivo, el desenvolvimiento de la sociedad en la esfera económica, religiosa, científica, artística, etc., etc. Ahora bien, se necesita un principio de garantía que asegure que esta *coexistencia y cooperación* no será perturbada, sino que permanecerá á través del tiempo para que la sociedad realice su misión en la historia. Este elemento de garantía es el derecho, que aparece, por tanto, como *el principio que hace posible la coexistencia y la cooperación social, necesarias para el cumplimiento del destino humano.*

Ahora lo económico, y lo económico técnico, es uno de tantos factores como coexisten y cooperan con los otros en el total desenvolvimiento del fenómeno social. Representa una serie de elementos, de relaciones, de principios relativos á la creación de propiedad para un sujeto y la aplicación á necesidades legítimas y por tanto en la medida que esta propiedad, solamente, necesita como toda otra institución social, condiciones, medios, formas de coexistencia con otras y de cooperación al fin individual y social, necesitará, reclamará imperiosamente una forma jurídica apropiada, y á su vez el derecho, como principio formal, en cuanto es la garantía del equilibrio social, va ordenando el desenvolvimiento humano, habrá de ajustarse á las condiciones económicas, morales, religiosas, etc., marchando al compás de la vida entera que constituye su fondo, su materia, su sustancia. Cualquiera otra pretensión de la ciencia es perfectamente ilegítima.

Por eso tenemos que protestar de la doctrina marxista en este punto, en cuanto sostiene, como repetidamente hemos expuesto, que los fenómenos jurídicos, religiosos, literarios, etc., no son más que transformaciones de los fenómenos económicos, y condenar por enteramente absurdo lo que dice Loria (marxista sin Marx, pero más exagerado que Marx): «Un estudio un tanto profundo — escribe el distinguido profesor italiano—no tarda en demostrar que todas las sanciones jurídicas encubren un núcleo económico, y que la estructura misma del derecho tiene su razón de ser en las condiciones de la

distribución de las riquezas; en suma, que la *filosofía del derecho es economía política*».

No es verdad; las sanciones jurídicas tienen un núcleo económico concedido, pero tienen también un núcleo moral: por ejemplo, la familia—el derecho de familia—entraña multitud de relaciones fundamentalmente morales que nacen de la relación de afecto, de cariño, aparte de la multitud de deberes que derivan de los vínculos de la sangre. En el derecho de propiedad mismo, que versa sobre una institución fundamentalmente económica, hay multitud de elementos que trascienden de la pura utilidad material y pueden resumirse en lo que se llaman deberes del propietario. En los contratos, que también versan sobre la propiedad, en cuanto sirven para constituir la en determinada persona y transmitirla á las demás, y representa la expresión, la forma jurídica del cambio, hay también multitud de elementos éticos: hasta la razón, el principio de su cumplimiento, hay que buscarle en el orden moral y se resuelve en uno de los muchos casos del cumplimiento del deber en la vida. No hay que hablar de las obligaciones, por ejemplo, de las que Ahrens y Sthal llaman ético-jurídicas. El derecho tiene un contenido ético, no inferior al núcleo económico de que habla Loria, y superior sin duda en alcance ideal, en cuanto representa la orientación suprema de la voluntad en la vida.

La doctrina materialista que combatimos, desde este nuevo punto de vista salta su error en el empeño exclusivista con que reduce á un solo principio todos los fenómenos sociales. Ahora, lo que sí puede concederse es que en la historia el fenómeno social ha presentado una fisonomía característica según los pueblos y las épocas. Así en Oriente sobresalía el carácter religioso; en Grecia, el artístico y filosófico; en Roma, el jurídico, y ahora en las sociedades modernas el económico, en cuanto que el desenvolvimiento actual se caracteriza por un inmenso progreso industrial, que ha traído relaciones y elementos nuevos que habrán de imprimir su huella en todas las esferas de la vida y, por tanto, en el derecho, que es forma de la vida social y tiene que seguir paso á paso sus transformaciones, mucho más teniendo en cuenta que gran

parte de nuestro derecho civil está calcado en el derecho romano y, por tanto, lleno de lagunas, frente á las nuevas necesidades traídas por el desenvolvimiento económico. Ahora, de este carácter saliente de la época no se puede inducir que lo económico lo sea todo, proclamando con Loria que la *economía política sea la única filosofía del derecho*.

Cada fenómeno humano obedece, en esta química social, al mismo principio por que se rigen los cuerpos en la química general, á saber: *que se combinan en proporciones definidas*. Por tanto, no hay fenómeno superior á otro ni subordinación entre ellos, siendo lo único exacto en este punto el principio de la *interdependencia mutua de todas las funciones sociales* de que habla Petrone.

*
* *

En honor á la verdad, hay que declararlo antes de terminar este desaliñado trabajo, la parte esencial de nuestra crítica no va precisamente contra la doctrina marxista pura, sino contra las interpretaciones exageradas de sus entusiastas discípulos. Engels, en unas cartas publicadas después de su muerte, ha declarado que Marx ha sido frecuentemente comprendido mal, y que ambos no pretendieron nunca que las consideraciones económicas debían tener un valor absoluto, con exclusión de todos los demás factores sociales. Reconoce, además, que Marx y él «han sido en parte responsables de que los jóvenes hayan dado á veces demasiada importancia al elemento económico». Así es que, frente á esas exageraciones de los discípulos, pueden ponerse estas cartas de Engels, como la mejor y más autorizada condenación. «No es verdad, dice en una de ellas, que la situación económica sea la causa (de la evolución política, jurídica, etc.) en el sentido de ser el único factor que obra, siendo todo lo demás un mero resultado pasivo. Al contrario, se trata de un caso de acción recíproca sobre la base de la necesidad económica que, en *última instancia*, acaba por vencerlos á todos. En otra carta añadía: «Frente á los ataques de nuestros adversarios hemos tenido precisión de acentuar el principio dominante que ellos negaban, y no

hemos tenido tiempo, lugar ni ocasión de reconocer la importancia de los demás factores, comprendidos en la acción y reacción recíprocas». Por último, en otra dice: «Según la concepción materialista de la historia, el factor decisivo, *en última instancia*, es el de la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos pretendido nunca más que esto».

Como se ve, la doctrina materialista fué perdiendo aquel carácter absoluto de la primitiva concepción, según la que el proceso de causalidad es unilateral. La concepción moderna, tal como aparece en Engels en su última época, habla de *acciones y reacciones recíprocas* de lo económico y lo social, y desde este punto de vista cambia por completo el problema, aunque todavía merece rectificarse el concepto de *principio dominante* dado á lo económico, porque si lo es, no es debido á su propio y esencial valor, sino á circunstancias determinadas, meramente transitorias, que son las que trazan la fisonomía de esta época denominada *industrial*.

Por último, bien puede terminarse este artículo con la opinión de Worms, consignada al final de los *Anales del Instituto Internacional de Sociología* (1) correspondientes á los años 1890 y 1891, en donde puede recogerse una multitud de materiales sobre esta cuestión, que decía: «La impresión final que resulta de la lectura es que no se puede reducir á un factor único *la explicación del desenvolvimiento social*; que no se puede hacer surgir de la mera organización económica toda la vida colectiva».

LUIS DEL VALLE PASCUAL.

(1) Tomo VIII.—París, Giard et Brière, 1902.

NOTA SOBRE LA CONSERVACIÓN DEL TIPO HELENO

EN ALGUNOS PUEBLOS DE ESPAÑA

Al tratarse de investigar los trazos que los helenos han dejado en España y que con ellos ligan aún al español, no es posible omitir los rasgos étnicos que todavía perduran en muchos puntos del Levante de la Península, donde tantas colonias griegas se instauraron antes de las dominaciones cartaginesa y romana, y donde más tarde, durante muchos años de la época visigótica, siguió dominando de hecho y de derecho el imperio de Oriente.

Circunscribiéndome, para demostrar la actual existencia de tales rasgos, á poblaciones que conozco bien por haberlas visitado mucho y que parece demostrado que son de origen griego, citaré á Denia, Sagunto y Burriana, en el litoral del antiguo reino de Valencia. No es posible permanecer una hora siquiera en alguna de ellas sin que llame la atención el tipo genuinamente helénico de sus habitantes, especialmente de sus mujeres, que por ser la parte más sedentaria de la población, son lógicamente las que mejor personifican su tipo; con éste contrasta vivamente, hasta chocar á la vista, el tipo de los pueblos inmediatos á los citados, que es el poblador de la generalidad del reino valentino, constituido por el acarreo que árabes, castellanos, aragoneses y moriscos llevaron y dejaron en sus conquistas ó dominaciones sobre aquellas tierras feraces, tantas veces fecundadas con la sangre de sus pobladores. Y el chocar á la vista del viajero resulta de que este tipo general, sin ser poco bello, lo es mucho menos que el griego, y la belleza se funda por él en rasgos bien distintos, de la forma escultural del cuerpo y extremidades y de la hermosura sin igual del perfil de la cabeza, que al tipo griego

dan carácter. Así es que salir de Burriana y pasar á Villarreal (seis kilómetros), su población más cercana, es pasar de donde todas las mujeres y muchos hombres tienen su tipo especial ya expresado, á donde todo el mundo lo tiene valenciano; otro tanto acontece observando á las gentes de Denia y de sus pueblos limítrofes (Pedreguer, Ondara, Vergel) y aun á los de Sagunto y muchos de sus poblados cercanos, y eso que aquí la diseminación de la población en multitud de pueblos y caseríos ha perjudicado á la conservación del tipo aborigen, ya algo borrado por la heroica y legendaria defensa de la Sagunto primitiva.

No se objete el fundamento de mi observación con la idea de que al través de los siglos ha debido perderse el tipo, porque han sido parte para conservarle: 1.º La rivalidad constante que suele haber en España entre las poblaciones inmediatas entre sí, y que entre las citadas y sus colindantes es tal que hasta hace pocos lustros era cosa fea para mujer de Burriana ó de Denia admitir relación, por honesta que fuese, con varón de Villarreal ó de otro pueblo colindante respectivamente, no importándoles, en cambio, casarse con extranjeros. Hay muchas familias en Burriana entroncadas con malteses, italianos é ingleses y en Denia con ingleses, siempre por matrimonio de hembra del país con varón extraño. En este caso la rivalidad puede ser confirmatoria de que estos pueblos rechazaban á sus colindantes por la distinta procedencia de su fundación. 2.º El carácter religioso disidente que especialmente en Denia y Burriana han tenido con respecto á la religión católica dominante y forzosamente sentida fuera de sus muros, claro es que exceptuando la dominación musulmana, típicamente practicada dentro de sus murallas, Burriana hasta hace poco sólo una iglesia ha tenido y Villarreal á su lado tuvo siempre varias. En Denia no brilló nunca muy esplendorosa la religión ortodoxa, y en cambio hubo antaño mucho hereje, y ogaño aún se halla mucho allí de la masonería, planta desconocida casi en los demás pueblos de la comarca. No hay que decir que el protestantismo en una y otra población ha encontrado fácilmente algunos adeptos, mientras que no pudo nunca salir airoso fuera de ellos en aquella región. Y si bien

es cierto que el comercio lo ha importado trayendo ingleses que lo profesaran, no lo es menos que á otros puntos de por allí fueron éstos y no encontraron quien los escuchase; es, sin duda, que germinaba en el alma popular de los pueblos de origen griego un innato deseo de conservación de una personalidad diferente de la de los comarcanos, fuera cual fuere.

Creo que fenómenos análogos á estos que he observado yo pueden apreciarse en otras poblaciones de origen igual de nuestra costa de Levante, y aun si me sintiera competente para ello, insistiría en las diferencias de lenguaje que estos pueblos deben conservar y aun me ha parecido entrever que conservan.

DR. EMILIO RIBERA.

MEDITACIONES SOBRE EL DESASTRE

Para los imbuídos en las preocupaciones comunes y corrientes acerca de la superioridad de los Estados Unidos sobre España en el terreno de la fuerza, hubiera sido en cualquier momento del siglo XIX, y mucho más en las proximidades de la guerra, insensata y ridícula en nosotros toda actitud arrogante y agresiva ante esa república.

Mil veces más lo ha sido—habrá de reconocerse—la conducta de nuestros Gobiernos en sus relaciones con ella, al dejarle desarrollar paso á paso y con absoluta libertad los planes que tenía concebidos contra nuestra nación, y que ni se tomaban siquiera el trabajo de disimular sus Presidentes en sus mensajes y comunicaciones oficiales y diplomáticas, los representantes del pueblo en los debates de las Cámaras y la opinión pública en las muchas maneras que tiene de manifestarse.

En los sistemas de gobierno populares, como el de los Estados Unidos, no puede haber secretos de Estado. Todo se sabe y se divulga porque todo se trata y se discute en la prensa, en la tribuna, en la cátedra, en el púlpito y hasta en las plazas y lugares públicos. Encajaban tanto, por otra parte, en el carácter rapaz, presuntuoso y egoísta del pueblo americano los proyectos de engrandecimiento territorial á que atrás me he referido; eran tan claros y manifiestos para el mundo entero, tanto por la publicidad que allí revisten todos los asuntos concernientes á la gobernación del Estado, como por la manera poco cortés y delicada con que se conduce ese pueblo en las relaciones internacionales, y perseveraron tanto sus gobernantes desde la fundación de la República y durante todo el curso del siglo XIX en su política absorbente, dominadora y agresiva, que solo á nosotros mismos podemos

echar la culpa de ignorar el peligro que corríamos y de no estar prevenidos para arrostrarlo.

Tantos son los textos que pudiera citar en comprobación de no haber transcurrido una sola década en todo el siglo XIX en que no nos advirtieran de uno ú otro modo los Estados Unidos su firme propósito de expulsarnos del Nuevo Mundo desposeyéndonos de las colonias que allí conservábamos si no nos adelantábamos á cedérselas ó á abandonarlas, que sería tarea por demás prolija y enojosa. ¿Cómo puede sostenerse en serio que nos sorprendió la guerra?; ¿cómo atribuírsela á la insurrección cubana, engendrada, nacida y fomentada en los Estados Unidos y apoyada moral y materialmente por sus Gobiernos precisamente para provocar una intervención que estuvo siempre en la mente de sus estadistas?; ¿ni cómo tampoco á suceso tan insignificante como la voladura del *Maine*, cuando la presencia de ese barco en el puerto de la Habana era ya de hecho una declaración de guerra; la postrer advertencia, el último ultraje, mejor dicho, de la interminable serie de los que nos venían infiriendo los Estados Unidos desde que, en los principios del siglo XIX y en plena paz con nosotros, nos usurparon la Florida contra toda ley y todo derecho?

En todo el proceso de nuestras relaciones con los Estados Unidos sólo se ve tolerancia, debilidades, humillaciones por nuestra parte, exigencias, altanerías, imposiciones por la contraria. ¿Qué daños hubiera podido traernos en ningún tiempo una actitud más resuelta, más viril, más enérgica enfrente de esa república?; Ser vencidos en la contienda que hubiéramos quizás provocado con nuestra política poco conciliadora? ¿Hubiéramos podido en ningún caso serlo más completamente de lo que lo fuimos, quedar más humillados, más escarnecidos, ni más cubiertos de oprobio de lo que quedamos? La guerra hispano-americana ha sido digno remate de una cadena de errores, de debilidades y de bajezas de los Gobiernos españoles, que si para enseñanza de las generaciones futuras debe consignar la historia, para honra nuestra debiera omitir de sus páginas.

*
* *

Si poco valen las disculpas con que se pretende justificar nuestra falta de preparación para la guerra naval, menos valor tienen todavía las que se alegan para explicar nuestros reveses terrestres.

Si los ejércitos que opusimos á los americanos no eran adecuados para el objeto á que se les destinaba, debieron serlo, porque contábamos con gente y elementos bastantes para rechazar á nuestros enemigos y dispusimos de tiempo ilimitado para prepararlos y organizarlos. Si para la guerra marítima se necesitaban barcos blindados, armados de poderosa artillería y tripulados por gente perita en la navegación y en la guerra, talleres, dársenas, diques, astilleros y muchas otras cosas que exigen largo tiempo y cuantiosos gastos, para la guerra terrestre nos bastaba con hombres, caballos y cañones, que nada justifica que no tuviéramos.

No es que yo diga que puedan improvisarse ejércitos, sino que el organizarlos y sostenerlos estaba mucho más dentro de nuestras facultades, nos era mucho más fácil, que adquirir el material flotante y los infinitos accesorios que el poder naval requiere, y crear en el país aquellos hábitos y aquellas industrias sin los cuales no sería aquél sino una vana apariencia. Con inteligencia y buena voluntad en los gobernantes españoles de los últimos cincuenta años, hubiera podido estar nuestra nación en condiciones de vencer en el mar á los Estados Unidos y de aplastarlos en la lucha por tierra que hubiéramos llevado á su propio territorio; pero sin necesidad sino de muy medianos esfuerzos, aunque mejor dirigidos que los que hicimos desde que estalló la insurrección cubana, y sin desembolsos superiores á nuestras fuerzas económicas, pudimos tener ejércitos muy capaces de rechazar sus invasiones en Cuba y Filipinas. Demuestra gran incapacidad en nuestros Gobiernos y no menor debilidad en nuestro pueblo el hecho de que nos arrollaran y vencieran quince ó veinte mil hombres mal organizados, desprovistos de lo más indispensable por culpa de su desconcertada administración, y dirigidos á mayor abundamiento por caudillos sin experiencia, que nada absolutamente sabían de lo que traían entre manos, y que no dieron un solo paso que no fuera un desatino.

Repito que no se halla modo de relacionar nuestros reveses, ni con el desarrollo industrial de los Estados Unidos á que aludía Sagasta, ni con su gran población, prosperidad y riqueza por que pretenden otros cohonestarlos; sólo se les encuentra explicación en nuestro abandono, nuestra incuria, nuestra pusilanimidad y nuestra ignorancia.

Con otros Gobiernos que los que tuvo España en el último siglo, la guerra habría estallado muchos, muchísimos años antes; habríase reñido en tierra americana y no en Cuba ni Filipinas; la habríamos declarado nosotros y no los Estados Unidos; no habríamos estado ni en número ni en calidad de barcos y de tropas por debajo, sino muy por encima de nuestros adversarios, y, por último, no habríamos sido vencidos, sino vencedores, á pesar de la pasmosa y nunca vista prosperidad material de la nación americana, de que no pueden tener aquí idea, si no la han visto por sus propios ojos, aquellos mismos que más la ponderan y encomian.

*
* *

Ni la riqueza, ni la cultura, ni la sabiduría, ni la prosperidad material hacen fuertes y guerreros á los pueblos; al contrario, la fuerza y el poder militar son los que los hacen prósperos y florecientes. Por la fuerza se llega á la cultura, no por la cultura á la fuerza.

Ese hecho que la historia comprueba en todas sus páginas, parecen haberlo olvidado los que piensan que por falta de escuelas, talleres, caminos y canales fuimos vencidos por los americanos. Si lo fuimos sin esos elementos de prosperidad y cultura, antes lo hubiéramos sido con ellos. No fué industria lo que nos faltó, sino alma; hay que decirlo claro para que no sigamos viviendo de ilusiones y mentiras. Tenemos todos los vicios de los pueblos caducos, todos los defectos de la civilización extremada, sin ninguna de sus ventajas.

Una nación de sabios y de artistas sería de ningún valor para la guerra. No fué el Lacio agreste quien enseñó las artes á Grecia, sino quien las aprendió de ella; ni instruyeron los godos á los romanos, sino los romanos á los godos; ni vinie-

ron tampoco los árabes á nuestra tierra á enseñarnos, sino á aprender de nosotros. Sólo á los destituidos de sentido crítico histórico puede ocurrírseles que un pueblo como el árabe, nómada y batallador, formado por pastores habitantes de desiertos, que jamás cultivó la tierra ni moró en habitaciones fijas, conquiste territorios para hacerse hortelano y albañil en ellos y no para vivir á lo grande entre la gente vencida, haciéndola trabajar para su regalo, como lo hicieron los árabes en España y donde quiera, y en todo tiempo y en todas partes los pueblos conquistadores. Ni los agricultores de Valencia y Murcia y de las riberas del Ebro, del Cinca y del Jálón, ni los alarifes de Toledo, Sevilla, Córdoba y Granada, ni los moriscos expulsados por Felipe II, eran tales árabes conquistadores ni descendientes suyos, sino españoles de antiquísima cepa de los que formaban la masa general de la población de España en todo el curso de su historia.

Nada hay de paradójico ni de fantástico en suponer que una nación pobre, atrasada y pequeña en población y territorio pueda ponerse en condiciones de vencer á otras de las reputadas por grandes por su extensión territorial, riqueza y número de habitantes.

Ofrece la historia mil ejemplos de pueblos pequeños y pobres, pero valerosos, adiestrados en las armas y bien dirigidos que vencieron á naciones grandísimas y opulentas. Grecia, con ser tan pobre, tan pequeña y hallarse tan dividida en Estados y Repúblicas, se sostuvo victoriosamente contra los persas, que podían levantar y poner en campaña ejércitos de millones de hombres; los macedonios, disciplinados y preparados para la guerra por Filipo y conducidos por su hijo el grande Alejandro, conquistaron medio mundo; los romanos, de harto humildes principios, se levantaron á la cúspide de la grandeza fundando su inmenso imperio de todos los pueblos de Europa, África y Asia Menor vencidos y subyugados; el pequeñísimo reino de León se mantuvo firme contra el poderoso califato de Occidente y fué el núcleo del reino de Castilla, que vino á ser andando los siglos el más poderoso de la tierra; insignificantes y oscuras tribus tártaras, conducidas por Gengiskán y Tamerlán, aterraron á Asia y Europa con

sus asoladoras correrías, y fundaron en brevísimo tiempo inmensos imperios sobre las ruinas de poderosas naciones; el mismo humilde origen tuvo el imperio colosal de los turcos otomanos, de cuya antigua grandeza dan idea los muchísimos Estados europeos, asiáticos y africanos surgidos de sus ruinas; los suizos, con su indomable esfuerzo, se hicieron famosos en el mundo, conquistando primero su independencia y dando después en tierra con el Estado de Borgoña, que era el más rico y próspero de Europa; el pequeño reino de Prusia, bajo el cetro de Federico el Grande y merced á los talentos militares de ese príncipe y al poderoso instrumento que le legó su padre en el ejército á cuya organización consagró todo su reinado, combatió victoriosamente contra los más poderosos Estados de Europa coligados contra él y que lo rodeaban y oprimían todo en redondo de sus fronteras, y echó los cimientos del gran imperio alemán de nuestros días, y los franceses, conducidos por Napoleón, pasearon triunfantes sus banderas por toda Europa. ¿Pero, á qué ir en busca de ejemplos á tiempos pasados si tan elocuente acaban de dárnoslo las insignificantes repúblicas del África austral, combatiendo por dos años y medio, con menos población total, incluyendo mujeres, niños y viejos, que la que se encierra en los recintos de muchísimas ciudades, contra el inmenso y opulentísimo imperio británico, humillando muchas veces á sus ejércitos y obligándolo á echar mano de sus últimos recursos para obtener al cabo una incompleta y dudosa victoria, y si estamos presenciando en estos precisos momentos el estupendo espectáculo de una nación como la japonesa, á quien hemos alcanzado en estado rudimentario bajo el aspecto militar y naval, empeñada en guerra con la nación más grande del mundo y hasta llevando trazas de vencerla? ¿Por qué no pudo España, azuzada por la necesidad imperiosísima de conservar su vida y la de su raza, hacer lo que hizo Prusia en el siglo XVIII y ha hecho el Japón en el XIX, sino por la incapacidad de sus gobernantes, hombres públicos y partidos políticos para comprender siquiera la existencia de los problemas de cuya resolución dependía la honra y el porvenir de la Nación, para ver otra cosa en la gobernación del Estado que la satisfacción

de ambiciones ruines y bastardas, la implantación de modificaciones políticas y administrativas sin finalidad práctica de ninguna clase y la realización de teorías políticas, cuando no absurdas, sin influencia alguna en el bien público, y para discernir siquiera y mucho menos para enmendar los hondos y gravísimos males que corroen las entrañas de la sociedad española y que son la verdadera causa de su postración y abatimiento?

*
* *

Con haber acudido al remedio en tiempo no muy anterior á nuestra guerra con los Estados Unidos, pudimos, sin hacer milagros, ponernos en condiciones de rechazar las agresiones de esa república, y de no tolerarle ingerencias en nuestros asuntos, ofensivas al decoro de España y á sus derechos y prerrogativas de nación soberana; pero si remontamos el curso del tiempo, sin que tengamos que traspasar los linderos del siglo XIX entrándonos en el precedente, la posibilidad para España de superar tanto en fuerza á los Estados Unidos que pudiera aspirar á la destrucción de una república como esa, que no sólo era una constante amenaza á nuestra existencia y á la de todos los pueblos de nuestra raza, sino que por su organización egoísta y por su falta de respeto á los derechos ajenos viene siendo, desde su misma fundación, un elemento perturbador y disolvente en el concierto de las naciones y un agravio á la dignidad y á los derechos de todas ellas, resulta evidentísima.

Nada más ocasionado á error que apreciar el poder militar de los Estados por la extensión del territorio, número de los habitantes, prosperidad material y riqueza. Cierto es que en la guerra, como en cualquiera otra industria (pues la guerra es al fin y al cabo una industria), el trabajo del hombre ha sido sustituido en gran parte por el de la máquina, teniendo por tal concepto los pueblos más industriales preponderancia sobre los que no lo son ó lo son menos que ellos; pero téngase en cuenta que esa preponderancia, que hubo siempre en mayor ó menor medida, carece del valor decisivo que algunos le atribuyen.

En todo tiempo pudieron las naciones grandes, ricas y adelantadas en las artes, las ciencias y las industrias poner en pie de guerra mayores ejércitos y dotarlos de más y mejores elementos de combate que las pequeñas, atrasadas y pobres. Poseían aquellas primeras mejores máquinas de guerra, mejores armas ofensivas y defensivas, más perfectos medios de transporte, mayor abundancia de todo que las últimas. Los griegos y los romanos no conocían la pólvora, ni las armas de fuego, ni las sustancias explosivas, ni los telégrafos eléctricos, ni los globos aereostáticos, ni los barcos blindados, ni las máquinas de vapor, ni otros muchos elementos de guerra que hoy se usan; pero empleaban máquinas saeteras y pedreras ingeniosamente combinadas, armas muy perfectas y tenían á su alcance muchos medios de combate vedados á los pueblos bárbaros y que les daban gran superioridad sobre ellos. Los bárbaros acabaron, no obstante, por destruir la civilización antigua, fundando sobre sus ruinas multitud de Estados de que se derivan las que hoy existen. Y es que en la guerra, por más industria que sea, hay mucho de fortuito, de irregular, de variado, de imprevisto, para que pueda someterse á reglas fijas é invariables. Intervienen tanto en ella condiciones morales y físicas del hombre, considerado individual y colectivamente, insustituibles por mecanismos de ninguna clase, que la influencia de las máquinas y de los elementos materiales, sean los que quieran, tiene que quedar, si no del todo anulada, sí considerablemente restringida. Hacer guerras y reñir batallas no fué, ni es, ni será nunca hilar pacas de algodón ó laminar bloques de hierro. Jamás podrá sustituirse en la guerra al hombre por un autómeta que tire, ni al caballo por un autómeta que ande. Casos hay, sí, como sitios de plazas y combates navales, en que, reduciéndose considerablemente el campo de acción de la voluntad individual, se deja sentir más poderosamente la influencia de la máquina sobre el hombre, de lo regular sobre lo irregular, de lo científico sobre lo arbitrario. En tales casos se hace más apreciable la superioridad de los pueblos civilizados á los bárbaros, y de los abundantes en recursos á los escasos en ellos. Bien sabido se lo tenía nuestro D. Juan Manuel cuando reco-

mienda en una de sus obras (que por lo mucho que enseñan debieran ser harto más leídas de lo que son) no dejarse cercar nunca en castillo ó plaza murada por enemigo superior en fuerzas y recursos; consejo que se aplicó á sí mismo y que le valió no poco para salir bien de muchos trances apurados en su azarosa vida. Á su cuidado en seguirlo debió también D. Enrique el Bastardo no haber caído muchas veces en manos de su hermano D. Pedro el Cruel, así como costó á éste la corona y la vida el olvidarlo.

Hasta en los sitios de plazas y en los combates navales pesan lo bastante la audacia, la tenacidad, el fanatismo y otras condiciones morales de los combatientes para contrabalancear en no poco la influencia del dinero, de la ciencia y de la cultura. Gran chasco se habría llevado quien calculase por las reglas de Vauban, que fijan justa y cabalmente el número de días que puede resistirse una plaza fuerte según esté defendida sólo por muros y baluartes ó se ayuden éstos con rebellines, medias lunas y tenazas, los que habría de durar el sitio de Zaragoza, que tenía una mala tapia y unos cuantos conventos por todo reparo.

La serenidad, el aplomo, la energía, el coraje y la destreza de los hombres pesan infinitamente más en la guerra que cuanto puedan aportar á ella la ciencia y la industria. Verdad es esa que suelen olvidar los tratadistas y críticos militares, pero que guerras como la reciente anglo-boer y la actual ruso japonesa, en que tanta parte tuvieron y tienen las condiciones personales de los combatientes, han de recordarles mal de su grado.

Nadie mejor que nosotros los españoles puede comprender cuán poco influyen en los sucesos de la guerra los elementos que proporcionan la riqueza y la industria comparados con los que dependen del valor, inteligencia, astucia, agilidad, fuerza física y destreza de los hombres, cuando tan hechos estamos á ver á partidas de rústicos mal armados, sin disciplina, sin organización, sin recursos, sostener largas y reñidas luchas con el Estado, vencéndolo unas veces, como en las guerras de separación de nuestras colonias americanas, y poniéndolo otras al borde de la ruina, como en las varias civiles reñidas en el siglo último en nuestra Península.

Esa intervención poderosísima de las facultades morales y físicas del hombre en la guerra desespera á los militares profesionales, que quisieran no ver en ella sino lo que tiene de arte, que es precisamente lo que menos tiene. Consuélanse de las derrotas que infligen á ejércitos regulares y á militares de escuela turbas indisciplinadas, acaudilladas por hombres ajenos á la milicia, llamando *especialidad* á lo natural y ordinario. Lo especial, lo raro, lo insólito, sería una campaña trazada de antemano á regla y compás en el pupitre, si hubiera habido nunca tales campañas. La historia de la franco-prusiana hecha *a priori* por Moltke es un cuento sólo creíble para los que en su vida vieron guerras. Con las más de las batallas que se dieron en ella ni siquiera contaba Moltke, y algunas hubo muy contra su voluntad y contra sus cálculos. Ganaron los alemanes porque, á pesar de la manifiesta y grandísima inferioridad de sus armas, valían hombre por hombre, desde el primero al último, en instrucción, en iniciativa, en destreza y en audacia, más que sus contrarios los franceses.

Ninguna guerra es enteramente igual á la precedente. Cada una de ellas engendra una turba de comentaristas que la desmenuzan y analizan, pretendiendo convertir hechos particulares, que sólo tuvieron valor en las circunstancias en que se verificaron, en reglas invariables y seguras, olvidando ó despreciando las verdaderas causas motoras de tales hechos.

Atribuyóse las victorias de Federico el Grande al orden oblicuo, como si á la oblicuidad de las líneas de batalla prusianas respecto á las contrarias no tuviese precisa y forzosamente que corresponder idéntica oblicuidad de las últimas respecto á las primeras. Se aseguró que en la victoriosa campaña de los prusianos contra los austriacos del 66 debieron los primeros su triunfo á la superioridad de su fusil, por lo que hace á rapidez de tiro respecto al austriaco, sin que se tuviera en cuenta la muy grande de la caballería y artillería de los austriacos respecto á las de sus contrarios. En la campaña del 70, en cambio, no siendo posible desconocer la enorme ventaja que tenían los franceses sobre los alemanes por el muchísimo mayor alcance de sus fusiles, hubo que atribuir á la superioridad de la caballería y artillería de los alemanes

una influencia decisiva que en la campaña del 66 no quiso reconocerse á las de los austriacos ó se echó por completo en olvido.

Pudiera creerse que los adelantos verificados en la Edad Moderna en las industrias metalúrgicas, químicas, mecánicas y otras aplicables directa ó indirectamente á la guerra, habrían de hacer más efectiva en nuestro tiempo que en los antiguos la superioridad en el combate de las naciones civilizadas á las bárbaras, y de los Estados organizados á las muchedumbres rebeldes destituídas de recursos y de disciplina; pero los hechos distan de confirmar la exactitud de hipótesis tan lógica. No se infiere, en efecto, de la historia que fuera más difícil á los antiguos griegos y romanos dominar á pueblos bárbaros y salvajes, que lo es á las naciones civilizadas de nuestros días.

Las armas y los elementos bélicos de los romanos eran ciertamente superiores á los de los galos, germanos y númidas; los de los españoles conquistadores de América lo eran también á los de sus tribus y naciones indígenas (aunque no tanto como deja entender una falsa idea sobre la extensión que tenía entonces el empleo de las armas portátiles de fuego); pero siendo infinitamente mayor en nuestro tiempo que en los pasados la superioridad de los pueblos civilizados á los bárbaros, por lo tocante á armas y medios de combate, parece que debiera hacerse sentir hoy más que nunca esa ventaja. No sucede así, sin embargo. No fueron más veces arrollados ejércitos romanos por bárbaros que suelen serlo hoy por salvajes armados de arcos y azagayas, tropas provistas de cañones, ametralladoras, fusiles de repetición y mil otros recursos que la civilización moderna pone á su aleance. Su propia experiencia ha enseñado á las tropas inglesas, que son de todas las europeas de nuestro tiempo las más acostumbradas á pelear con pueblos bárbaros, lo que las italianas aprendieron, muy á su costa, en Abisinia: á no menospreciar á ningún enemigo por humilde y pequeño que parezca. ¿Y no son esos hechos pruebas harto elocuentes de lo mucho más que intervienen en la guerra las condiciones personales de los hombres que la calidad de las armas y que todo cuanto depende de la industria y de la riqueza?

Enormes ventajas materiales tenían y tienen los Estados Unidos sobre España, pero no eran pequeñas las de los italianos sobre los abisinios, las de los ingleses sobre los boers y sudaneses y las nuestras sobre los marroquíes y tagalos; todos esos pueblos han hecho, sin embargo, resistencia más tenaz, enérgica y valiente á sus enemigos que la que hicimos nosotros á los americanos en la última guerra. Odiosas son las comparaciones, pero hay que hacerlas para formarse cabal idea de los hechos.

No atribuyamos, pues, nuestros reveses ni á esa grandeza industrial de los Estados Unidos á que aludía Sagasta, ni á su gran población y á su riqueza, con que pretenden otros disculparlos. Débense á causa más hondas, más complejas, menos ostensibles, que conviene estudiar y analizar si se les quiere poner remedio y evitar que continúen ejerciendo su acción perniciosa y deletérea en nuestro organismo nacional.

El examen de ellas será objeto de algunos capítulos de este libro.

*
* *

No solamente no era la guerra con los Estados Unidos un mal para España, sino que, al contrario, debió haber sido remedio enérgico y eficazísimo para los que de largo tiempo atrás venía padeciendo; la más favorable y quizás única coyuntura que hubiera podido presentarse á nación tan pobre y decaída como ella de rehacerse, enmedando de un golpe las consecuencias de errores seculares, y de adquirir gloria inmarcesible en el mundo y un puesto en el concierto de las naciones, muy superior al que alcanzó en las mejores épocas de su historia.

Nunca hubieran dejado de aprovechar esa ocasión verdaderos estadistas, si hubiera cabido á España la suerte de tenerlos, porque hasta tal punto habría resuelto nuestra guerra con los Estados Unidos todos los difícilísimos problemas que la existencia y el porvenir de nuestra nación y de nuestra raza trae aparejados, que sin la seguridad que teníamos de que á la corta ó á la larga habríamos de ser provocados por los Es-

tados Unidos, debiéramos haber buscado el modo de ser nosotros los provocadores.

Esa guerra debió ser el sueño dorado de España; el aperecibirse para ella, el fin principal, y hasta pudiera decirse que único, de toda nuestra política; porque por grandes que fueran los daños que pudiera traernos (y que nos ha traído) la derrota, infinitamente mayores hubieran sido para nosotros los beneficios de la victoria. ¿Á qué quedan reducidas la adquisición de Constantinopla y la de la Alsacia y la Lorena, aspiraciones supremas de otros pueblos, si se las compara con las consecuencias para España de su triunfo sobre los Estados Unidos?

Teníamos por enemigo á un pueblo opulentísimo, el más rico y próspero de la tierra, no sólo mal dispuesto y preparado para la lucha, sino incapacitado de aperecibirse á ella mientras no cambiase radicalmente sus instituciones; con casi todos los centros y nudos vitales de su colosal industria y de su comercio arrimados á las costas del mar Atlántico y, de consiguiente, á la vista y á los primeros golpes del enemigo que por esa parte lo acometiese; con una sociedad minada por todos los vicios de la opulencia, y que lleva latentes en su seno muchos gérmenes de disolución originados en rivalidades sociales, económicas y étnicas que, en el corto tiempo que esa nación tiene de vida, han dado ya motivo á una sangrienta y porfiada guerra separatista. ¿Se quieren condiciones más desfavorables para los Estados Unidos en una guerra prevista desde tanto tiempo antes, contra una nación extranjera interesadísima en su ruina?

Ciérnense sobre las cabezas de otros pueblos amenazas de guerras futuras, pero sin la esperanza de ver recompensada su victoria, si la obtienen, con tan espléndido premio como el que nos esperaba á nosotros. Desde el 66 al 70 vivió Francia bajo la amenaza de una guerra con Prusia; y de ganarla, ¿qué podía prometerse de su triunfo? ¿Qué recompensa podía obtener de nación tan pobre y tan guerrera, á cambio de los riesgos á que en la guerra con ella se exponía? ¿Puede compararse tan miserable aliciente como la escasa indemnización pecuniaria que hubiera podido sacar de Prusia una Francia victoriosa

y el pequeño aumento de territorio representado por la traslación de la frontera francesa hasta los bordes del Rhin, con el porvenir verdaderamente grandioso que podía prometerse España de su victoria sobre los Estados Unidos?

*
* *

Los hombres de Estado, capaces de apreciar las consecuencias de esa lucha y de preparar á España para emprenderla y salir triunfante de ella, habrían tenido también alteza de miras y sentido político bastantes para comprender que entonces habría llegado el momento de convertir en independencia absoluta la autonomía que desde mucho tiempo antes debían haber disfrutado Cuba y Puerto Rico; de desmembrar á la nación vencida, constituyendo una república independiente de sus comarcas meridionales, y de obligarla á devolver á Méjico las que tan injustamente le había usurpado en la quinta década del siglo último.

Nada sugestionaba tanto como el éxito en la guerra; nada produce más asombro ni más respeto que el poder militar. El triunfo de España le habría granjeado la admiración del mundo. Habríase recordado que ella fué el baluarte de la cristiandad contra el mahometismo durante toda la Edad Media; que los españoles, con increíble perseverancia, reconquistaron palmo á palmo su territorio en porfiada lucha de ochocientos años; que Aragón dominó el mar Mediterráneo en los siglos XIV y XV, y que Portugal por oriente y Castilla por occidente llevaron sus armas á los últimos confines del mundo cuando las demás naciones de Europa estaban aún encerradas en los estrechos límites de sus fronteras; que España estaba reconocida durante el siglo XVI como la nación más fuerte y poderosa de Europa, gozando fama de invencibles sus ejércitos; por último, que en un tiempo en que se la consideraba sumida en el más profundo letargo, osó lanzarse á la guerra contra el gran capitán de los tiempos modernos y fué la primera nación de Europa que humilló sus banderas, venciendo en campal batalla á uno de sus más famosos caudillos. Todas las repúblicas americanas que fueron un día colonias

nuestras se habrían sentido orgullosas de su origen, de que hoy reniegan y se avergüenzan. Las simpatías y la admiración que en ellas habríamos despertado habrían abierto y allanado el camino para que volvieran al redil paterno en la única forma posible y conveniente para ellas y para nosotros: organizándose de todos los Estados españoles de Europa y y América (en los que sin ningún inconveniente se hubieran podido incluir Portugal y el Brasil, tan españoles al fin como todos los demás) un Estado colosal de nuevo género, constituido por naciones independientes, gobernada cada cual de ellas por el sistema político que mejor le cuadrara, ligadas estrechamente entre sí por los vínculos de la religión, de la sangre y de los intereses materiales; y no digo también de la lengua, porque la pretensión de imponer una sola donde hay varias, hubiera respondido á tendencias egoístas y absorbentes de unos sobre otros miembros de ese cuerpo, perjudiciales á su armonía.

Nada de forzado, nada de violento habría debido haber en las mutuas relaciones entre esos Estados; ningún sacrificio se habría impuesto á ninguno de ellos en aras de una regularidad y simetría que á nada conducen. Estados hoy independientes y soberanos, habrían seguido siéndolo; otros que no lo son, tanto de allende como de aquende los mares, habrían llegado á serlo, matándose de esa manera ciertos gérmenes disolventes que lleva hoy en su seno nuestra nación y haciendo posible el ingreso en ella de Estados soberanos de historia tan gloriosa como la nuestra, divorciados hace tiempo de nosotros por nuestra altanería, nuestra soberbia y nuestro egoísmo.

Adelantarnos á la raza inglesa, ganarle la mano en la realización del plan gigantesco que para sí misma tiene concebido: tal debió haber sido nuestro propósito, tal el norte de nuestra política. ¿No merecía el lograrlo la pena de que lo hubiéramos sacrificado todo durante el siglo XIX á convertir á España en una verdadera máquina de guerra?

*
* *

Pero ni se sueña en que hubiera podido lograrse hacer de España una nación militar capaz de invadir el territorio de los Estados Unidos é imponer á esa nación la dura ley de las ar-

mas siguiendo los caminos trillados y corrientes. Los españoles no valemos más que otro pueblo cualquiera, y tal como estamos hoy constituídos, y con los defectos de que individual y colectivamente adolecemos por culpa de nuestra viciosa organización social y política, valemos menos que muchísimos otros. Pensar, pues, que la España de hoy, con su sociedad tal como se halla organizada, con la defectuosa educación que reciben sus diversas clases sociales, con la poca atención que en ella se concede al desarrollo físico, con el parasitismo de que está invadida toda su sociedad de alto á bajo, con su falta de espíritu bélico, con el ejército que tiene ni con los que pudiera crear por los sistemas comunes de reclutamiento y, menos que ningún otro, por el llamado servicio general obligatorio, pudiera ponerse en estado de realizar empresas como la dicha, es sencillamente un delirio.

La fuerza de la república angio-americana no está en sus enormes riquezas, cuya cuantía se expresa por guarismos verdaderamente fabulosos; ni en el desarrollo de sus vías férreas que es igual á la mitad del de todas juntas las del resto del mundo; ni en lo extenso de su territorio, que pasa de tres millones y medio de millas cuadradas; ni en lo nutrido de su población, que anda ya cerca de ochenta millones de habitantes; ni en nada que se relacione con la prosperidad de la nación, sino en las condiciones morales y físicas de sus naturales, pertenecientes, como lo son los más de ellos, á una de las razas más valerosas, más guerreras, más inteligentes y más enérgicas de la tierra, tan fuerte de cuerpo como de ánimo. Pelear con los americanos no es un juego de niños.

Lejos de creer yo que los adelantos materiales, en que indiscutiblemente van los Estados Unidos á la cabeza de todas las naciones del mundo civilizado, les den fuerza, estoy en que se la quitan. Los regalos y comodidades que proporciona la civilización, aflojan los cuerpos y los ánimos. Las ciudades inmensas, los grandes establecimientos fabriles y comerciales, las ocupaciones, los hábitos y los refinamientos de la vida civilizada, la complicadísima urdimbre del mecanismo social, más son de estorbo que de ayuda para la guerra y mucho más cuando se riñe en el propio territorio. El árbol de la ci-

vilización no prospera ni fructifica en la candente y borrascosa atmósfera de la guerra, sino en la dulce y tranquila de la paz. Un ejército enemigo dentro de una nación civilizada causa daños tremendos, proporcionados á la magnitud de los intereses que se juegan y exponen en la lucha. El complicado edificio social cruje y se derrumba por todas partes. Todo es pánico, ruina, desolación, estrago. Con razón tiene Inglaterra puesta toda su alma en sus escuadras, porque son la garantía de su existencia. La idea, la sospecha siquiera, de una invasión de su territorio la aterra. Son para esa nación sus escuadras lo que para Holanda sus diques: condiciones fundamentales de vida.

Pero repito que el pueblo americano, aún debilitado por su esplendorosa civilización y por sus extraordinarios progresos en cuanto atañe á lo material de la existencia, aun con su defectuosa organización militar, posee condiciones de energía moral y física, de audacia y de inteligencia que lo hacen muy digno de respeto. La guerra entre España y los Estados Unidos—no la España que conocemos, con todos los vicios de la civilización y de la barbarie y sin ninguna de las virtudes de la una ni de la otra, sino una España previamente educada y preparada para tal empresa—hubiera sido larga, sangrienta y porfiada, pero de brevísima duración en su período decisivo, si los primeros golpes hubieran sido bien dirigidos y vigorosamente asestados, no de ninguna manera á las extremidades, sino al corazón mismo del coloso. Sólo así, ocasionándole una muerte fulminante, hubiera sido posible postrarlo.

Esos desembarcos en la costa de la Florida ó esas invasiones por las fronteras de Méjico, mediante alianza con esa república (en que no hubiera entrado ella á menos de perder la cabeza sus gobernantes), en que soñaban algunos ilusos en Cuba poco antes de estallar la última guerra, hubieran sido pinchazos de alfiler que habrían traído por pronta consecuencia la organización de poderosos ejércitos americanos, que aun admitiendo que fueran vencidos en los primeros combates, y hasta si se quiere durante un no breve período de la guerra, habrían acabado por dar buena cuenta de los invasores. Los que pensaban en tales aventuras parecían no tener idea ni de la inmensidad del territorio de los Estados Unidos,

ni de sus recursos, ni del número y condición de sus habitantes. Nadie, con nociones siquiera de arte militar y con conocimiento de esos otros datos á que acabo de hacer referencia, hubiera aprobado otra invasión del territorio americano que no fuera dirigida contra los Estados septentrionales y en que no se procediera con la rapidez del rayo y por golpes tremendos y decisivos contra los grandes centros industriales y mercantiles de la República. Hubiera sido preciso desorganizar á ésta desde el primer momento, haciéndole absolutamente imposible volver sobre sí y rehacerse.

Hubiérase requerido para la buena conducción de tal empresa y para preparar para ella á la nación española, no sólo un cambio radical en nuestra organización, en nuestras costumbres y en nuestra manera de ser en un todo, sino también un profundísimo y minucioso estudio de la nación americana en todos sus aspectos morales y materiales. Territorios, cultivos, climas, producciones, industrias, repartición de la producción, vías de comunicación, instituciones públicas y privadas, ocupaciones, costumbres, antagonismos religiosos, sociales, económicos, étnicos que separan á sus habitantes... todo absolutamente cuanto á la vida de la nación americana concierne debió ser profundamente investigado y perfectamente conocido por nosotros. Así se preparó Prusia para su guerra con Francia, así el Japón para la suya con Rusia, y así tendrá que proceder toda nación previsora que se encuentre en circunstancias análogas á las en que nos hallábamos nosotros respecto á los Estados Unidos. ¿Puede dudarse de que por todos conceptos, y hasta para nuestro propio gobierno, nos habría aprovechado mucho más que nuestras estériles y absurdas revoluciones políticas, el estudio de nación tan floreciente, tan extraordinaria, tan digna de ser conocida, tan cercana á nuestras colonias, de las que era la verdadera metrópoli mercantil, y tan llamada por ese motivo y por otros varios á figurar é intervenir en nuestros destinos?

CAPÍTULO II

El antagonismo secular entre la raza española y la inglesa se distinguió en todo tiempo por la pasión y el encono de los beligerantes. Toda clase de armas y procedimientos, hasta los más vituperables y desleales, han sido puestos en juego: tierras y ciudades ocupadas, pilladas y destruídas; flotas y barcos apresados sin previa declaración de guerra; piraterías y robos en plena paz cometidos por corsarios sostenidos por trasmano, cuando no abierta y descaradamente, por las potencias rivales; intrigas y cohechos en las cortes de los reyes; corrupción de ministros para dar un giro torcido á las resoluciones y pragmáticas, y corrupción de pueblos para provocar alzamientos y luchas intestinas; la difamación y la calumnia divulgadas en libros y papeles públicos para desacreditar á príncipes y caudillos de las naciones y partidos religiosos y políticos contrarios; la maldad, en fin, en todos sus aspectos y formas.

Pero hay que convenir, en justicia, en que no se han valido en igual medida ambos pueblos de tan reprobados procedimientos. La nación inglesa, tanto por su propio carácter y por circunstancias que señalaré más adelante, como por el hecho de gobernarse, así en su metrópoli como en sus colonias, muy conforme á la voluntad del pueblo, el cual tiene y tuvo en todo tiempo parte muy inmediata é importante en el gobierno y dirección de los negocios públicos, procedió siempre con un egoísmo y una falta de moralidad, que contrastan notablemente con las más leales, levantadas y corteses maneras de la nación española, más generosa de suyo, y donde el pueblo viene teniendo desde hace largo tiempo poca mano en la política, ora por estar sometido á la autoridad absoluta de reyes, ora á la de hecho, aún más absoluta, de ministros y partidos que aunque torpes, corrompidos, sin aquella alteza de miras que el buen gobierno de los pueblos requiere, desconocedores de la política internacional, faltos de datos y noticias de las naciones extranjeras con quienes tenían que andar en

tratos y negocios, y poco interesados en el bien y prosperidad de los propios súbditos, guardaron mejor las formas externas, respetaron más el derecho ajeno y nunca se hicieron serviles intérpretes de la voluntad y de las pasiones populares en toda su crudeza.

Los instintos del vulgo fueron en todo tiempo y en todas partes perversos, rastreros y egoístas; la política de la muchedumbre tiene siempre por norte le conveniencia propia, sin miramientos por los fueros ajenos. Las naciones, pues, en que gobierne el pueblo y tenga en la mano el timón de la política internacional, se distinguirán por el egoísmo de las aspiraciones y de los propósitos, y por la ilegalidad, violencia y poca escrupulosidad y delicadeza de los medios puestos en juego para realizarlos.

Con lo dicho, más aplicable todavía que á la nación inglesa á sus derivadas, porque el humilde origen de los pobladores de sus territorios es causa de que se acentúen más en ellas las cualidades y los defectos que se originan en la falta de cultura, bastaría para explicar las rapiñas, las piraterías, las violencias, las usurpaciones, los actos de hostilidad contra naciones amigas, los atentados contra el derecho de gentes, los desafueros y desmanes de toda laya que manchan la historia de los pueblos de raza inglesa; la benevolencia de sus políticos, estadistas é historiadores para ver y juzgar las faltas propias, y su severidad para apreciar las ajenas; la naturalidad y el candor con que pretenden esas naciones convertir en leyes, cuya legitimidad y justicia acepten, reconozcan y acaten los demás pueblos, las sugerencias de su interés egoísta, de su conveniencia y hasta de su voluntad apasionada, caprichosa y arbitraria.

Han inventado esas naciones un derecho internacional *sui generis* fundado exclusivamente en su provecho. En él encuentra su razón la llamada *doctrina de Monroe*, en cuya virtud el continente é islas de América pertenecen á su raza (que eso es lo que la tal doctrina significa); en él se sustentan aspiraciones tan originales como la de los ingleses á ampliar el territorio de Gibraltar á costa del de la nación á quien usurparon esa plaza, so pretexto de que el mayor alcance de la moderna

artillería perjudica á su defensa (como si España pudiera tener algún interés en que estuviera Gibraltar bien defendida); la de los americanos, tantas veces insinuada por ellos en el curso del último siglo, á que les cediéramos la isla de Cuba porque, dueños de ella, señoreaban la entrada del golfo de Méjico (dando por supuesto que por convenirles á ellos debía también convenirnos á nosotros su dominio en ese golfo), y la de los ingleses á apoderarse del Transvaal y del Orange, porque les convenía poseer sus minas de oro y de diamantes.

En ese mismo derecho, fundamento de tan extraordinarias y nunca vistas ni oídas exigencias y pretensiones, tuvo causa y origen la famosa *guerra del opio*, que hicieron en el último siglo los ingleses á los chinos para obligarlos á embrutecerse y envenenarse con esa mortífera droga, porque así convenía á los intereses de los mercaderes británicos establecidos en la India. Ni para los ingleses de Europa, ni de América, ni de ninguna otra parte, significan nada los derechos ni los intereses de los demás pueblos cuando pugnan con los suyos que, en su ciego egoísmo, piensan que deben temer por legítimos y justos los mismos perjudicados.

Tales teorías políticas se han ido propagando en nuestro tiempo por el mundo hasta tomar apariencias de derecho legítimo, en cuya virtud cualquier nación se atribuye autoridad para explotar á las que cree más débiles, so pretexto de protegerlas y civilizarlas, prescindiendo de la voluntad de sus naturales, mucho más cultos y civilizados con gran frecuencia que sus pretendidos protectores y maestros. Y mueve á risa que naciones que aceptan para sí mismas el gobernarse por la voluntad de la muchedumbre, siempre ignorante y bárbara, que constituye la masa general de su población, pretendan, en serio, negando á otros pueblos el derecho de hacer lo mismo y gobernarse como les plazca, imponerles su yugo y dar carácter de legalidad á sus usurpaciones dando á estas color de beneficios.

Ha ido así, poco á poco, debilitándose hasta anularse en la política internacional todo freno moral al derecho de la fuerza, imperando éste hoy tan despóticamente, como suce-

dería, sin duda, en las prehistóricas edades que sucedieron al período glacial, cuando las razas cuyos restos se descubren al presente en las cavernas, se disputarían entre sí y disputarían á los mastodontes y megaterios el dominio de las tierras habitables.

DON RAMIRO.

ESTANCIAS REALES

A la Gran Duquesa Carolina de Sajonia-Weimar, castellana de la Wartburg, y reina de la fiesta en los Juegos Florales de Colonia en 1904.

Reina de la poesía
y señora á quien me humillo:
si allá lo tienes, me envía
el encantado martillo
con que Klingsor se subía.
Jinete en martillo tal
ascenderé en espiral
cual humo que sube al cielo,
y después rendiré el vuelo
en tu morada feudal.

Y pues que Dios quiso darte
nobleza, ingenio, figura,
propicios para admirarte,
enaltezca tu hermosura
el trono que te da el arte.
Y en Colonia, en tu favor,
los trovadores de amor
canten sus versos triunfales:
por ellos son inmortales
Beatriz, Laura, Leonor...

Mientras yo, de centinela,
en tu Wartburg celebrada,
estaré de punto, en vela,
custodiando la morada
que tanto recuerdo encela.
Castillo que al mismo Sol

aminora el arrebol
por su histórica opulencia,
ha de guardarlo, en tu ausencia,
un caballero español.

Tú, en el Gürzenich, en tanto,
entre jóvenes estrellas,
ornamento de tu manto,
que por ser tales, tú y ellas
deis á las almas quebranto;
con regio y gallardo brío,
de ajeno y propio albedrío
dueña, subirás al trono
que se dispuso en tu abono,
entre aplauso y vocerío.

Yo á la que vive en el cielo,
tras de reinar en el mundo,
volveré á ver en el suelo,
y al gafoso moribundo
dar muy doblado consuelo.
Y aunque inodoro el laurel,
perfuma el suyo el vergel
del solar donde vivía,
y aún embalsámase Hungría
con fragancia de Isabel!

Tú, rigiendo la asamblea
de los nuevos trovadores
en que el alma se recrea,
darás á los vencedores
la codiciada presea.
Presea de tal virtud
que ha de menguar la salud
si con tus manos la ofreces:
... porque es dulce, muchas veces,
someterse á esclavitud!

Yo, de la honda lejanía,
robada al tiempo la clave,
miraré, cual otro día,
surgir Hermán el Landgrave

llevando al lado á Sofía;
y del trono al retortero
uno y otro audaz guerrero
en lucha tensa y mortal,
mostrándose cada cual
minnesinger caballero.

Y una vez ya terminada
la añal fiesta colonesa,
enaltecida y preciada,
retorna tú, Gran Duquesa,
á tu Wartburg celebrada;
que allí, cumplido mi anhelo,
como custodio modelo
te devolveré, sencillo,
las llaves de tu castillo,
puesta una rodilla al suelo.

Y en el martillo encantado
que en el aire el vuelo aguza,
ya cumplido tu mandado,
á la región andaluza
tornaré por de contado;
para proclamar aquí
que el día que te serví
hallé tan dulce conhorto,
que todo el brumoso Norte
fué sol claro para mí.

J. L. ESTELRICH.

Cádiz 1904.

EL SEÑOR VICARIO

Á la derecha del antiguo monasterio de San Juan de la Peña, elévase entre un macizo de corpulentos nogales lindísima iglesia románica, con calados ajimeces en su linterna y ábside. Da ingreso á este sagrado recinto artística portada con capiteles historiados; toma el devoto el agua bendita de una pila del siglo XI con bajos relieves de animales y cabezas de monstruos, de cuyo centro arranca una columna con capitel que sirve de sostén al corillo; no hay más altar que el mayor, de madera pintada y dorada, y en él, y sobre guardapolvos ojivales, se representan pasajes de la vida de Nuestra Señora; á pocos metros de distancia del templo está la casa rectoral, en cuyo despacho un anciano sacerdote y un joven labrador sostienen vivo diálogo:

—Es preciso, Manolico, que eso se arregle en seguida; el escándalo, hijo mío; es la causa de la perdición de la criatura. ¡Ay de aquel por quien el escándalo viene!

—Pero, señor retor, no ve su mercé que Pilarcica es probe.. y yo...

—¿Qué dices? ¿De modo que porque tú crees ser rico ya no puedes casarte? ¿Y la honra que miserablemente has quitado no vale más que el dinero? ¡Ah!... si viviera tu padre, aquel hombre de corazón bien templado que por defender la Patria y la Religión abandonó la familia, socorrió con largueza á los voluntarios que le seguían y al morir legó un nombre honrado... para que tú lo pisotearas...

Creí oportuno no esperar más ni entrar, y con ánimo de volver en mejor ocasión, dejé que el venerable sacerdote continuara la caritativa tarea de conseguir la capitulación del baturro seductor.

Al abandonar la morada del señor vicario, me dirigí á la

ciudad, si bien haciendo antes alto en Esculabolsas, para lo cual seguí una línea transversal, desde el pueblo, salvando los peñascos escabrosísimos, costeando profundos barrancos por los que se oía rodar las piedras de lo alto desprendidas..

Unas buenas sopas de ajo con huevos, un muy excelentísimo pollo al *chilindrón*, que nada tenía que envidiar á los que se guisan en las cocinas más empingorotadas, y un no menos excelente *morapio*, fueron bastantes á confortar mi estómago. De Esculabolsas á Jaca el trayecto fué corto, y ¡era natural! la fuerza motriz que se desarrolló en todo mi cuerpo, gracias al tinto, acertó en vez de distanciar el camino.

*
* *

Las fiestas de Santa Orosia, patrona de Jaca, han principiado; el repique de campanas así lo indica. Gran número de forasteros allende los Pirineos acuden en peregrinación á adorar los restos de la doncella mártir.

De Petilla, Lárrede, Uncastillo, Villarreal, Salvatierra, Osés, Tiermas, Panticosa, Ansó y demás pueblos vecinos asisten en romería á las fiestas de la Santa. La víspera hacen la *vela* (1): la tal *vela* consiste en que los peregrinos, en abigarrado y nada piadoso conjunto, hablando en tesis general, se pasan la noche en el templo, y en vez de orar liban alegremente hasta que, rendidos, se entregan al descanso, á veces interrumpido por el continuo roncar de los devotos *endemoniados*. Por fin, nace la aurora del nuevo día, del día grande para los jaquenses ó jacetanos, y los de la vela, extranjeros en su mayoría, se levantan medio adormecidos aún por el exceso del alcohol, y unos oyen misa, mientras otros salen al atrio del templo.

La plaza de San Pedro está repleta de gente: un grupo numeroso se sitúa en el románico pórtico de la catedral; dirijo allá mis pasos y muy pronto me arrepiento de ello. Un peregrino más postizo que auténtico da á besar á una gitana de

(1) Con muy buen acuerdo ha sido posteriormente prohibida por los Prelados.

agraciado rostro la cruz de Caravaca; de imprecaciones y espumarajos llena el signo de la redención cada vez que el exorcitante lo pone á la adoración de la exorcitada. Ignoro si por su obra evangélica (?) recibió dinero el peregrino, porque, escandalizado por tal profanación, me retiré de entre los curiosos... Sí diré que al saberlo el ilustre Prelado lamentó lo ocurrido y quiso aplicar el oportuno remedio, pero... el peregrino había volado.

No describiré la procesión en que se saca el mutilado cuerpo de la Santa; todos saben en qué consisten estas manifestaciones piadosas tratándose de la fiesta principal de un pueblo; mas no por eso he de dejar de reseñar el acto hermoso, poético, simpático y religioso de mostrar el Prelado á los fieles las reliquias de la doncella mártir.

Siguiendo á la izquierda del ábside del templo catedralicio, hay una plazuela formada por varias casas, entre las que destaca una de aspecto señorial, con su gran balcón corrido, desde el que, después de la función de la mañana, el Obispo va quitando varios de los mantos que cubren los sagrados restos; cuando esta ceremonia termina, robustos brazos levantan como impulsados por resortes eléctricos multitud de cruces procesionales de plata, valiosas y artísticas en su mayoría, de las que penden rosarios, pañuelos y escapularios, que los ayudantes del Prelado se encargan de pasar por el cuerpo de la Santa.

.....

Quando la masa compacta de forasteros se desmembra, veo venir á paso acelerado el señor cura de X. Al pronto sospecho que su apresuramiento obedece á llegar tarde á la función, pero cambio de opinión al verle entrar en una casa de la calle de Echegaray.

*
* *

—¡Ave María Purísima!—dice el señor cura al mismo tiempo que se lleva la mano al kilométrico sombrero de teja.

—Sin pecado concebida—responde una anciana que sale á recibir al visitante.

—¿Y la señora Eusebia?

—Malica, señor, malica. Pero pase su mercé, que s'alegrará la probeta.

En un departamento blanqueado, de cuyas paredes penden varios cuadros con imágenes de Nuestra Señora del Pilar, de Santa Orosia y de la Purísima, amueblado con tres ó cuatro sillas de enea de alto respaldo, está la enferma, tendida en un camastro sobre cuya cabecera pende el signo de la redención. Á una indicación se retiran las personas que la acompañan.

Únicamente el tío Toribio y su moceta se resisten al principio, pero, aunque de mala gana, dejan solo al ministro del Señor, recién llegado, con aquella alma que desea purificarse antes de su tránsito á otra vida.

—¿Qué le aqueja á usted?

—Na y mucho, señor retor. D. Tomás m' ha recetau unas pildóras q' icen que limpian y con eso too se pone corriente, pero veo que no se pone; que las pildóras están drento dándome más punchazos que cuando estaban juera, y esto no s'arregla, sino que s'acaba. La edad, me creo yo, la edad, mis ochenta abriles, es lo que me tiene asina hasta que Dios m'acoja en su santo seno. Así que por eso me dije, digo, avisaré á mi confesor pa que me prepare lo mejor que pueda, y dimpués que sea lo que Dios quiera.

Antes de arreglar mis cuentas con el Señor quio conozca su mercé mi última voluntá. Ya sabe que el bribón de Manolico ha hecho una barrabasada con una chica del pueblo, obligándome á pesar mío á abandonarlo, y en castigo hi jurau no verle más, y tanto es así que lo desheredo... como á esos que no querían salir, á esos... al tío Turibio y su moceta. ¡Buenos sacaojos están! Pues bien, me dije, digo, el señor retor es el mejor heredero, y á su mercé dejo los campicos, los huertos, los diez pares de abrios y una media repleta de peluconas de á diez y seis que guardo entre las *pinocheras* del jergón, pa que haga lo que quía de too ello. ¡Que los probes y usted el primero me bendigan!...

—Al grano, mujer, al grano; la confesión lo primero.

Santiguóse la paciente, rezó el «yo pecador» y principió el examen.

(He de advertir que estoy debidamente autorizado para revelar la confesión de la *señá* Eusebia.)

—Primer mandamiento: «Amarás á Dios sobre todas las cosas...»

—Sí—interrumpió vivamente;—l'i amau siempre; si en algo l'i faltau, le pido perdón.

—Está bien... ¿Y al prójimo como á sí mismo?

Tras un pequeño silencio y aprovechándolo el sacerdote le pregunta:

—¿Perdonáis á vuestro hijo, á vuestros parientes y á cuantos algún daño os hayan hecho?

— Señor, no m'habléis d'ellos y sigamos adelante.

—No puede ser.

—Bueno... los perdono; pero no quio que se rían con mis campicos, con mis huertos, con mis abríos ni con mis onzas... ¡Que no, que no! ¡Vaya!

—En ese caso, si persistís en que herede lo que corresponde á vuestra familia, os aseguro que no os salváis.

—¡Puñales! Obedezco, porque quio que mi alma se salve; mas tome su mercé esta futesa, que naide mejor la empleará en buenas obras.

Y siguiendo al dicho el hecho, le entregó un puñado de monedas de oro.

Salvado el derecho á la herencia de los parientes y obtenido su perdón, aceptó con júbilo el legado, por lo que más adelante se verá, y sin interrupción alguna continuó la confesión y dió aviso á la parroquia.

Á la caída de la tarde murió tranquila y resignada la señora Eusebia.

Rezado un responso, el señor vicario se alejó de la mansión de la muerte.

*
* *

En el amplio y bajo hogar de la casa rectoral arden robustos troncos; en las patriarcales *cadieras* están sentados el anciano señor cura, la tía Mónica, remilgada casera, á quien la paciencia suele írsele cuando á hora intempestiva tiene que

levantarse para avisar al mosén que una alma necesita de sus auxilios; el tío Blas, sacristán, barbero y remendón de alpargatas, y el médico, joven, casi imberbe, á quien los aires del Guadarrama parecen haberle quitado el calor vital, por lo que en el pueblo le llaman el médico *ahitau*.

.....
 —Señor cura—pregunta por curiosar la tía Mónica,—¿por quién ha rezado su mercé el responso d'esta mañana?

Tras un suspiro, pásase la rugosa mano por su venerable frente, cual si quisiera coordinar ideas, y contesta:

—Lo he rezado por unos héroes anónimos que murieron en defensa de la santa independendencia...

—¿Quiere su mercé contarnos algo de nuestros valientes mañicos?

—Con mucho gusto. Ya recordarán ustedes que el terror de Europa, Bonaparte, avaro por conquistar más laureles para su imperial corona, formada con osamentas y sangre de inocentes, dirigió ¡en mala hora! su mirada á España con ánimo de apoderarse de ella. Coartada por el engaño y la violencia la libertad del Rey Fernando VII, halló ancho campo para sus ambiciones, y con vanas promesas y rastreras traiciones, osó manchar con su planta nuestra inmaculada Patria...

Dos gruesas lágrimas surcaron las mejillas del anciano, dos lágrimas que encerraban un poema.

—El pueblo de Madrid—continuó—dió prueba de un valor heroico rechazando á los franceses. Verdad que su heroicidad costó muchas vidas, entre ellas, las de ¡Daoiz, Velarde y el teniente Ruiz!

En la capital de Aragón tronchóse la flor en su nacimiento, el árbol en su vejez, acelerada por la tempestad... Miles de paisanos se sacrificaron en aras de su querida España...

Era el 4 de Agosto, año de 1808. El cielo, presagiando tormenta con sus nubes plumizas teñidas en sangre. Los defensores de Zaragoza en sus puestos obedeciendo órdenes superiores, dispuestos al ataque. El alborear de este día, tan triste como glorioso, fué saludado con sesenta cañonazos, que sembraron el pánico y alfombraron de cadáveres el suelo; los aragoneses contestaron con dos descargas de metralla que

pusieron en desorden al ejército invasor, obligándole á replegarse con bastantes bajas. ¡Pañeta, y qué bien penetraban las balas en los pechos de los enemigos de la religión y de la independencia! La huerta de Santa Engracia y puerta del Carmen, el convento de religiosas Capuchinas y el puente del *Huerva*, sitios estratégicos muy importantes de tomar, fueron teatro de heroicas hazañas, de luchas sangrientas, de pérdidas considerables en ambos bandos.

Abiertas dos brechas en la muralla de tierra de las huertas de Santa Engracia y Campo Real, el enemigo creyó suya la victoria, y ébrio de satánico gozo, mascullando «Zaragoza es nuestra», se desparramó por calles y plazas, dando origen á una de las más gloriosas epopeyas.

La lucha no obedecía á plan determinado, se hacía cuerpo á cuerpo, en las calles, en las casas, en las puertas de la ciudad, en donde se veía un *gabacho*... Las mujeres, niños y ancianos se disputaban el honor de la victoria, esgrimiendo como armas cuchillos, hierros y palos, cuanto hallaban...

Los valientes por quienes esta mañana recé el responso se batieron en el umbral de la casa del Conde de Fuentes, ocupado por la soldadesca; cuando las municiones se les agotaron blandieron el arma blanca y al grito de ¡viva la Virgen! ¡á ellos! se entabló terrible lucha, cuyo resultado fué la muerte ó huída del invasor y el triunfo de los nuestros. Mas antes que los baturros se apoderaran del palacio, una bomba explotó, destrozando horriblemente á dos de los tres más arriesgados... El tercero recogió los cadáveres de sus queridos compatriotas y después se puso á las órdenes del terror de los franceses, el presbítero Sas, y la muerte le respetó...

¿Quién sabe si estaría escrito que este superviviente había de sufrir más tarde el sonrojo, natural en todo español neto, al presenciar el desmembramiento de la patria y, lo que es peor, la pérdida de...

Y no terminó la frase porque el llanto le ahogaba.

—Afortunados aquéllos que por España padecieron, encontraron una muerte gloriosa...

Hermanos míos — dijo emocionado, — elevemos nuestras preces por los mártires de la moderna Sagunto.

—¿Y podría saberse—pregunta el galeno—quién fué y qué fué de aquel valiente que recogió los restos de sus compañeros?

—¡Á qué decirlo, si hoy para poder andar necesita de un cayado, y sólo le quedan recuerdos de lo que pasó, tristezas del presente y labios para orar!...

.....

Quando la tertulia del señor cura se disolvió, la luna brillaba en el horizonte, con gran satisfacción del Ayuntamiento, porque así se evitaba encender las escasas luces de petróleo que había para el alumbrado del pueblo. El sacristán acompañó al médico, y después se dirigió á su casa, haciendo antes un pequeño rodeo, atraído, sin duda, por el rum-rum de las bandurrias. Torció por la tortuosa calle del Sol, temiendo dar un traspies en vasijas porquiles ó ensartarse en las varas de cualquier carro puesto á la sombra para regocijo de chuscos, yendo á salir á la plaza en el momento en que un mozo cantaba:

Se despide la rondalla
al estilo de Aragón,
y tu imagen muy querida
me llevo en el corazón.

Dirigióse el sacristán al grupo de rondadores y vió por el resquicio de una ventana la silueta de una mujer apenas dibujada por la ténue luz del interior.

*
* *

—¡Ave María!

—Sin pecado concebida.

—¿Da su mercé premiso?

Levántase de la moscovia, mira por el agujero del suelo y al reconocer á Pilarcica le dice:

—Sube, hija mía, sube.

Pasados breves momentos, que el bueno del cura emplea en saborear el chocolate, le pregunta:

—¿Qué traes tan de mañana? ¿Has vuelto á ver á Manolico?

Ruborizada la moza, baja la vista y por toda contestación se pone á atar y desatar las puntas de las cintas del delantal.

—Vamos, dímelo, tontuela.

—Sí señor, varias veces, y anoche mesmamente vino á rondarme y me cantó:

Cuándo querrá Dios del cielo
y la Virgen del Pilar,
que tu ropica y la mía

.....

y cuando concluyó la copla me dijo que iba á hablar á mi madre por si le cumplía casarse con mí.

—Y yo te digo que podéis ir preparándolo todo, y así se lo indicas á tu madre, y el día que te una santamente con Manolico te daré veinte onzas en oro, ¿lo oyes bien? veinte onzas, para que tú también lleves dote; esto es porque sé que eres, y seguirás siendo honrada, trabajadora. Te puedes ir cuando quieras y hasta que sea tu boda cuidadico, porque hay lenguas que hablan y ojos que ven. ¡Ah! y del dote ni una palabra al novio.

Veinte onzas en oro, para quien á fuerza de trabajo logra reunir algunas cuadernas, es un fortunón capaz de trastornar la cabeza más segura; de aquí que Pilarcica, emocionada por la noticia de su futura riqueza, quedase como petrificada; y quién sabe cuándo hubiera vuelto á la realidad si el señor cura, que exprofeso se puso á rezar horas canónicas, sorprendido al parecer de verla aún allí, exclama:

—Chica, corre á casa, que ya es tarde.

Y no es mala la corrida que emprende: después de manifestar su agradecimiento á quien tanto bien le hacía, en un periquete llega á casa y en otro periquete cuenta de corrido á la tía *Chiquitina*, su madre, cuanto pasa.

—¡Si ese señor es un santo! ¡Josús, Josús! ¡La Virgen y su madre l'ayuden!... ¡Ni sé ya lo que me digo!... ¡Vente onzas, y tú casada!... Pilarcica mía, ¿no te engañas?... Anda, que cuando Manolico lo sepa no es cara la que va á poner... Pus, mía, que á la *Respingada*, la *Tripica*, la *Quiquiriquí*, la *Rai-*

na y hasta á la tufos de la maistra, que al verte se sonríe con una sonrisica que ¡repaño mundo! les va á saber á cuerno quemau la noticia. Na, hija, vusotros os queréis, el señor retor os quiere pa casaus, pus na; que os eche la bendición, vusotros recibila y... la dote, y dimpués ca uno á su casa, y Dios en la de toos. ¡Josús! ¡Josús! Anda, Pilarcica, echáme una mano pa doblar esta sabána... Mía, recoge bien la alacena, tráete una escudilla de vino de la tía *Morincha* pa tu maño. ¡Ah! Prepara las puntillas pa poner majos los aparadores el día de la fiesta. ¡Y que no será comida la que haga tu madre!...

La charla de la Chiquitina kubiera ido en aumento á no dar las doce en el reloj de la vetusta torre de la iglesia.

Una vez rezadas las Ave-Marías y el alabada sea la hora, sin darse tiempo á pronunciar «amén», exclama:

—¡Repaño mundo! ¡Si entavía 'i escudillau el puchero! ¡Josús! ¡Josús!

*
* *

Con el azadón al hombro Manolico regresa de sus campos, y así que llega á la cruz ojival que hay en la bifurcación del camino, se quita el pañuelo de la cabeza, y con un «Dios le guarde», saluda á quien parece estar esperándole.

—¿Qué tal, Manolico?

—Bien, ¿y su mercé?

—Hijo mío, siempre contento cuando el pecador se arrepiente. Tú habrás oído el toque de oración: lo habrás oído en el momento mismo que dabas un pequeño descanso al cuerpo y tus peones se entregaban felizmente á saborear la comida que sus mujercicas con solícito cuidado habían hecho por la mañana; habrás visto la armonía que entre ellos reinaba, como compensación al rudo trabajo que tienen que soportar de sol á sol. Quizá hayas observado en ellos un gozo indecible al aprisionar cariñosamente entre sus callosas manos la tierna criaturita que Dios les dió, y al recibir de aquélla una sonrisa, un ósculo angelical al mismo tiempo que con sus manecitas jugueteaba en la cabeza del autor de sus días; ha-

brás también escuchado la canturrica sencilla, elocuente, con que ha adormecido al ser amado en el regazo la madre. Y después de contemplar tan hermosas escenas de cariño, ¿no es verdad que con tu azadón al hombro te diriges triste á casa, cual si fueras judío errante, sin que ni una copla salga de tus labios, y al llegar á ella la hallas solitaria, porque no oyes palabras de ternura? ¡Tu pobre padre murió casi en mis brazos, y tu madre, alejada de ti por tus desvaríos, confortada con los auxilios de la religión, te perdonó momentos antes de exhalar el postrer suspiro! ¡Qué hermosa es la familia, Manolico! ¡Qué dulce el encontrar al regreso del campo á los pequeñuelos, cuyos brazos extienden á sus padres, y entre mutuas caricias llegar á la cocina, donde la mesa está preparada con su mantel bien limpio, humeante el puchero del cocido, tan humeante y orgulloso que parece desear salir de él para mostrar á los comensales sus excelentes cualidades, generalmente debidas á la mujercica que ha cuidado de que ni se acelerára el hervor ni tampoco se entibiara!

Mira, por tanto, hijo mío, el bien que te quiero hacer; dije mal, y ¡Dios me perdone! la justicicia que quiero hagas muy pronto con la moza que tú sabes, y que hasta que el enemigo se interpuso entre los dos era la pureza misma. Y cuando devuelvas el honor que has robado, ó sea cuando repares tu falta, tu pecho se ensanchará; la alegría alejará de ti esa tristeza que te consume, que te agosta, y tus padres te bendecirán desde el cielo.

— Señor retor, tié razón en too y ya sabe estoy dispuesto á remedialo... por mi salvación. Ahura mesmo, sin prebar bocau, me goy en ca la Pilarcica y...

— ¿Y qué?

— Pus naa, señor, que las tripas m' acen cosquillas, y en cuanti la vea le doy un abrazo pa que me perdone una vez más. ¡Vaya! ya la solté.

— Prudencia, Manolico, prudencia; puedes ir á casa de la *Chiqnitina* y disponer todo para la ceremonia; ten en cuenta que tu novia no irá con las manos vacías, ¿lo entiende usted, ricachón?

— Señor vicario, pa que vea no m' ando en repulgos, me

goy más que á escape á icir á mi moza que nus casamos el domingo, ¡ea!

—Hombre, no tan de prisa; pero sí de aquí á San Paulino.

—Y ¿por qué no ahura mesmo?

—Calla, bruto, ¿y los papeles y las amonestaciones?

—Verdad, verdad... Pus hasta otra vista y que se conserve güeno.

El señor cura quedó más alegre que unas pascuas al contemplar el apresuramiento del mozo por llegar cuanto antes á casa de su prometida. Así que Manolico se perdió en las sinuosidades del camino, elevó su mirada al cielo y lo encontró azulado, como en día de gloria, y creyó ver á los ángeles que le sonreían...

*
* *

Han transcurrido algunos días; en el pueblo se nota inusitado movimiento; parece que se prepara á recibir á algún señorón de esos, que pasan por tales, no obstante su traje raído, su sombrero de época antidiluviana y sus botas recién remendadas, ó la de algún cacique, que nunca falta, dispuesto á salir triunfante en las próximas elecciones á costa de dinero, de abundante vino, cuando no de contundentes estacazos y *tal ó cual* pinchazo por volcar el *puchero* electoral.

Nada más lejos de eso; el movimiento extraordinario que se observa en el pueblo X no obedece á la visita de señorones de guardarropía, ni de caciques, ni de presuntuosos diputados *in fieri*; prueba de ello que no han elevado arcos reventando de follaje, ni los músicos ensayan las piezas más favoritas de su repertorio, ni el alcalde se afana en dictar disposiciones. El movimiento obedece á una causa íntima, en la que todo el pueblo toma parte muy principal: trátase de una boda, y la curiosidad, la crítica, los parientes y amigos dan color y vida al acto.

—Chica—dice la Turibia,—¿habráse visto boda con más rumbo? ¿Quién le había d' icir á esa mocosa de Pilarcica que había de casase con Manolico, un chico trebajaor, majo y suspirado por las mozas?

—Sí; ¿qué quiés?—añade la *Sargenta*, muy compungida y con su mijitica de envidia.—Suerte te dé Dios. Ya veis, mi chica, que es lo que es, y ni tus ni mus, y eso que m'hacía la distraída cuando Manolico le echaba piropos á la entrada y salida de la iglesia.

—Tonta, ¿no ves—gruñe la *Pinchaiga*—que la somarda de Pilarcica le tenía bien atau ..

—Pus, hijas, será lo que queráis—apunta la *Raina*;—pero lo que sé iciros es que ella á juerza de lavar en el río tenía que comer, y ahura, ¡canástolis! unas peluconas mu relucidas, según se corre en el pueblo, le han preparau colchones pa dormir. ¡Vaya, milagro, vecinas, milagro!

—U gato encerrau—replica la *Policarpa*.

La presencia del párroco, á quien todos respetan como á padre, suspende la charla y la crítica, que iba tomando grandes proporciones.

.....
¿Qué ocurría en casa de los novios mientras algunas mujeres cortaban de largo y corrido?

Pilarcica, que ha recibido la visita del señor cura para entregarle su dote, amén de algunas monedas más sacadas de sus ahorrillos, termina de ponerse su traje: mantilla negra, jubón y falda de seda del mismo color, mantón de crespón blanco y zapatos de charol. Una serie de abrazos y de ósculos de la madre y de las amigas indica que la novia está preparada para la ceremonia.

Trajearse un baturro en día que repican gordo es algo difícil; pero más cuando el baturro va á cumplir con uno de los Sacramentos de la Iglesia. No quiero decir con esto que los aragoneses padezcan de morriña, porque ¡lector querido! no ignorarás lo que sucede en casos semejantes. Así que te parecerá muy natural que Manolico dé cien vueltas al pañuelo que le ciñe la cabeza (1) á fin de resultarle más majo; que á la faja no le dé descanso hasta ponérsela lo más airosa posible; que varias veces se abroche y desabroche el calzón y el

(1) En estas descripciones no se guarda estrictamente el orden de colocación de las prendas.—N. DEL A.

chaleco de terciopelo con botones de plata; que más de tres pellizcos sufran sus macizas pantorrillas en vez de las caladas medias, ¡es de honría no presenten ni una arruga! y que á fuerza de buscar una presumida *flocada*, se ate y desate la abierta alpargata de cáñamo.

Lo que á Manolico le molesta es la camisa tan planchada, regalo de su novia, que le hace adoptar una posición tan rígida que le semeja á la estatua del Comendador, aun cuando creo que el Comendador no llevaría camisa planchada y de boda.

¿Y la iglesia? Creyérase que era la fiesta del patrón. Bien se conoce que el señor vicario tiene arte y parte en el bodorrío. El altar mayor luce sus galas y los ramos que regaló la presidenta de la Asociación de María; el manto de tisú de oro la Virgen del Pilar; alrededor del templo hay luminarias de cera y aceite. De las calajeras de la sacristía se ha sacado la casulla bordada en sedas del siglo XVI, el alba con vistoso encaje, el cáliz labrado, de plata dorada, y la capa, para el momento del desposorio, rival de la casulla.



—¡Ya vienen los novios!—gritan varias voces.

La algazara que en el atrio del templo promueven unos cuantos mozalbetes así lo indica.

Con angelical sonrisa los recibe el señor vicario: la sacristía, aunque de dimensiones regulares, no basta á cobijar al numeroso acompañamiento. Revístese el señor cura con prontitud tal que parece no pesarle los años, y en un *brevis et breve* desposa á Pilarcica y á Manolico, y seguidamente celebra la misa. En el *memento* llama la atención el tiempo que en él invierte, tanto que el sacristán, cuyo pantalón de pana asoma bajo la sotana, se permite tirarle de las vestiduras creyendo le pasa algo. (¡El bueno del párroco no encontraba palabras para dar gracias á Dios por el bien que en aquel momento hacía!) Pasado el *memento* y la *elevación*, todo fué como una seda; diríase que era otro el celebrante. La comunión con mano trémula la administra á los desposados, y al final, cuando

toma sus manos, al mismo tiempo que dice á Manolico «compañera te doy y no sierva, ámala como Cristo amó á su Iglesia», dos lágrimas corren por sus mejillas.

Á la salida de la parroquia se oye un ¡vivan los novios! que es contestado con otro ¡viva el señor rector! y entre vivas y manifestaciones de júbilo, enhorabuenas y abrazos se dirigen á casa de la *Chiquitina*. Como ya es la hora de la comida, en el huerto toman asiento los convidados, dispuestos á saborear los carneros sacrificados *ad hoc*, las sabrosas magras de cerdo y el excelente morapio. El venerable sacerdote bendice la mesa, y si bien no prueba bocado se observa que se rejuvenece.

Después de la comida, la jota. Los tañedores descuelgan las guitarras y bandurrias, mientras las mozas retiran las mesas y demás artefactos del festín.

Los *ranas* (1), luciendo su típica indumentaria, preguntan á las mozas si *les cumple* bailar, y al primer respunteado de las bandurrias, las llevan de la mano al centro del corro, donde ellas se desprenden dando una vuelta bajo el brazo de su pareja. Al principio los bailadores se ponen con pausa en movimiento, como queriendo tomar el pulso á la jota; pero pronto adquiere todo su apogeo, y no son danzas y contradanzas las que se suceden, describiendo con los pies variedad de figuras geométricas, y no son flojos los *pitos* que echan con los dedos y las exclamaciones y chistes de los baturros espectadores.

Aunque el señor vicario no baila, según dicen ser costumbre en los sacerdotes, en casos semejantes, *sotto voce* echa su coplita á la Patrona de los aragoneses, cuando los mozos con sus voces de hierro dedican cantares á la feliz pareja.

PEDRO GASCÓN DE GOTOR.

Madrid.

(1) Baturros.

LA NOCHE-BUENA

Nocturno.

I

El Barón de la Castaña.

Sobre una silla de pintado raso
que los ojos ofende con su brillo,
un hombre de su vida en el ocaso,
con la mano metida en el bolsillo,
reposa tristemente
apartado del ruido y de la gente.
Está el viejo abstraído,
entre profundas penas sumergido,
contando con afán, mientras medita,
los botones que tiene su levita.
«Todo es mentira y vanidad, exclama,
parodiando á Espronceda:
el que á la puerta del honor no llama
en la calle se queda.
Con estruendo celebran esta noche
cantando á trochemoche
mis hijos, mis amigos, mis parientes,
la noche en que naciera Jesucristo,
y celebrar debieran, por lo visto,
el día de los Santos Inocentes.
¡Inocentes! Lo son, lo soy yo mismo
hundido del *deber* en el abismo.
Esas niñas hermosas
como capullos de fragantes rosas

entre sedas y rasos y colores
con que este alegre hotel hoy se engalana,
se van á convertir de aquí á mañana
en inmensa falange de acreedores.
¡Horrible mutación! Ni en el Tenorio
otra cosa se vió por el estilo.
Aún queda por saber el codicilo,
un efecto ilusorio
con que pienso adornar mi refectorio.
Aquellos delicados alimentos,
las conservas de carne y de pimientos
serán mañana, al despuntar el día,
letras en contra mía,
contratos, pagarés y vencimientos.
Sorprendente ha de ser que un convidado
al pinchar el asado,
se encuentre en la ensalada
una letra de cambio protestada.
¡Paciencia y barajar! Y bien lo digo,
porque esto el barajar trajo consigo.»
Vuelve á quedar el hombre cabizbajo,
apoya con trabajo
sobre la mano ardiente
su ya rugosa y abrumada frente,
y si el lector se cansa del relato,
así le dejaremos otro rato
contando con afán, mientras medita,
los botones que tiene su levita.

II

El señor Pepe.

Estamos en la casa
del señor Pepe,
que priva en las Peñuelas
como un valiente.

Vale un portento
cantándose bajito
por sentimiento.

Gritan, comen y bailan
con alegría
entre cañas y cañas
de manzanilla,
y está el valiente
gozoso al ver su casa
con tanta gente.

—Atención, cabayeros,
dice en voz alta,
que tengo entre mis manos
una guitarra;
quiero yo solo
con lagrimitas vivas
cantarme un polo.

Cuando el casero venga
decirle pienso:
esta casa es muy suya,
tome usted asiento,
y Dios le ampare;
espere usted sentado
que el tiempo aclare.

El pavo, los turrone
y hasta los vinos
los tomamos de *guagua*,
pues no son míos;
son de un tendero
que nació el probetico
pa cabayero.

No sabéis, hijos míos,
cuánto le debó,

y si no se lo pago,
 no se lo niego.
 Ajuera penas,
 y allá va una guajira
 que es de las buenas.»

III

Un Juan Fernández.

Casa pobre; el pavimento
 sin alfombras, sin esteras;
 sin muebles el aposento;
 á través de las vidrieras
 cruzan ráfagas de viento;
 una cuna en un rincón;
 no hay lumbre; la habitación
 aparece medio á oscuras;
 hambre, frío, desventuras:
 ésta es la decoración.

Personajes: una dama
 de abolengo y sin dinero;
 un galán que es caballero,
 y que, cesante, reclama
 los garbanzos del puchero;
 hermoso niño en la cuna,
 al que ilumina la luna
 con sus pálidos reflejos,
 y música inoportuna
 percíbese allá á lo lejos.

Sube el telón; la mujer,
 vestida con desaliño,
 el llanto deja correr,
 y esclava de su deber,
 sentada está junto al niño.

Mujer de fe, llora y reza
 lamentando su pobreza,

y, caprichos de la suerte,
esas lágrimas que vierte
hacen mayor su belleza.

Al mirarla en ese estado
con el pecho traspasado
por el dolor, y ella hermosa,
parece una Dolorosa
al pie del Crucificado.

El galán, de muro á muro
pasea con ceño duro
al ver sus dichas menguadas,
dándose de bofetadas
con la colilla de un puro.

—Yo me encuentro arrepentido,
exclama, de haber nacido,
y la causa bien se nota:
el mundo está tan torcido
como el tacón de mi bota.

Para nacer es razón
que exigieran de contado
consultar nuestra opinión,
ó abrir una información
oyendo al interesado.

¡Noche-buena! Quien no cena
y al ayuno le condena
de su ventura el quebranto,
convierte la Noche-buena
en noche de Viernes Santo.

Sufro del sino el azote,
pagando al mundo mi escote,
y soy en estos instantes
un Quijote sin Cervantes
y un Cervantes sin Quijote.

Calla y quédase en reposo,
resignado, mas quejoso
contra su adversa fortuna,
y contempla silencioso
el ángel que está en la cuna.

Así pasa hora tras hora;
con calma amenazadora
recuéstase en una silla,
y mientras la madre llora,
él se fuma su colilla.

IV

Una voz.

Público respetable y distinguido:
el nocturno se da por concluído;
mas si esperar quisieres un momento,
la moraleja te diré del cuento.
Muchos de los que habitan el planeta
no están sino á buscarse una peseta
de cualquier forma y modo,
lo mismo entre azucenas que entre lodo:
con sin igual cinismo
ni tienen miedo al juez ni al catecismo.

El mártir ignorado,
por desgracias sin cuento atribulado,
que mire con desprecio
las censuras del necio
y los vaivenes del azar resista,
lauros inmarcesibles se conquista,
consiguiendo alcanzar el que así piensa
en el Juicio final la recompensa.
Y allá darán los premios *ipso facto*:
ya lo veréis si concurrís al acto.

CARLOS CAMBRONERO.

LOS CONTEMPORÁNEOS

FRANCISCO ACEBAL

Compruebo con frecuencia lo que ya en sí sospechaba Pascal: lo último que me ocurre en un trabajo es aquello por donde debiera empezar. Así que estoy atarugado y confuso cavilando la manera de dar comienzo á esta semblanza de un novelista que descubre un mundo nuevo en sus obras, y que se ha creado un estilo personal, peculiarísimo, inconfundible como su alma.

Hay en Acebal el estilista y hay el novelador. Con ser el primero tan original, tan límpido, tan abundante en matices insólitos, yo aprecio mucho más al segundo, lleno de revelaciones y fecundo en promesas, como una tierra virgen que se abre á nuestra vista desde las riberas de una isla inexplorada. Este novelista nos ha dicho é intensamente nos ha hecho comprender lo que nadie hasta él, aquí en España, escudriñó con delectación: la poesía de los hogares humildes, donde se elaboran dramas oscuros, los secretos de las almas emmohecidas en los estudios, los íntimos repliegues de los espíritus femeniles nacidos á la vida sentimental en las viejas ciudades que nadie visita, y por último, como en una anulación del hombre antiguo y un despertar del hombre nuevo (1), ciertas manifestaciones de la vida elegante y bohemia de los artistas, y la muerte de los modestos ensueños burgueses desgajados por

(1) Todos comprenderán que aludo á la última obra de Acebal: *Dolorosa*, la más dramática de todas, pero donde el autor rompe en cierto modo con su antigua manera.

la ventolera de las pasiones neurasténicas, como árboles por el vendaval.

En España no han abundado los poetas de lo pequeño, ni en prosa ni en verso, y apenas si Campoamor dejó surco abierto á los rimadores con sus *Pequeños poemas*, donde se enlaza la sencillez de la factura con la grandeza del contenido. Mas tuvo Campoamor un inconveniente: el de ser inimitable en el genuino sentido de la palabra; y más inimitable que nunca, en esos *Pequeños poemas*, último grado de su potencia artística. Era muy arriesgado tomar del gran maestro aquella respetable incorrección de su lenguaje, de su metro, de su rima, sin caer en la chabacanería del estilo aleluya, y en la horrible zarabanda de ripios, versos cojos y otras atrocidades; como es arriesgado para una mujer inelegante imitar el adorable desaliño de la *matinée*, sin exponerse á incurrir en el desgñamiento maritornesco. Era difícil condensar en dísticos precisos, y cortantes como el acero, altas filosofías, sin peligro de convertir el poema en un breviario de lugares comunes, en un archivo de fraseología pedestre. He aquí por que no medró en tierras castellanas el germen de nuevos rumbos artísticos que incubara el egregio cantor de las *Doloras*.

En novela, cuando entró el realismo, entró con el empuje robusto de Balzac, cuya sombra gigantesca se proyecta sobre toda la obra de Galdós, ó más tarde con la violencia áspera de Zola, reflejada en Blasco Ibáñez. Fué preciso que viniese un artista nuevo, contrario á esa literatura de alcoba ó de clínica, trasudando pachuli ó ácido fénico. Esa literatura malsana nos había querido convencer de que el mundo es una inmensa sala de hospital. No lo es, no; aunque infortunadamente no sea tampoco una luminosa estancia del Edén. Así lo ha comprendido Acebal; por eso, sin incurrir en el candoroso y retrasado idealismo de los Feuillet y Alarcón, tuvo tino suficiente para no atascarse en la ciénaga de *La Terre*. Guardó para reproducírnoslas sus más preciosas visiones de vidas humildes, de idilios callados, de todas esas cosas tan escondidas como el polvo y tan brillantes como el cielo(1). Siguió los

(1) Leyendo *The ideals of life*, del psicólogo norteamericano James —una obra luminosa y atractiva para todo pensador, sea artista ó filó-

pasos de esas muchachas que anidan en las callejuelas de las viejas ciudades castellanas, como alegres golondrinas en torre sombría de catedral; nos contó sus pequeñas pasiones y sus hermosos sueños, sus tristezas y sus dolores mansos ahogados en lágrimas. Con estos materiales forjó su primera novela, *Aires de mar*, más admirable por lo que deja entender que por lo que expresa. Pensad qué ingente capacidad artística supone penetrar dentro de esas almas casi muertas en la abrumadora pesantez del medio circundante y que un día resucitan á la luz; pensad qué delicadeza de intuición implica; pensad qué enorme cantidad de energía desarrollada presupone; pensad sobre todo lo que vale una obra de este género por lo que oculta. Ved, por ejemplo, la gran fuerza de observación que requiere haber podido comprender las sombrías audacias evocadas á veces en esos espíritus apacibles de mujer, por un desengaño. Esos espíritus sienten, cuando una desilusión les hiere, extrañas rebeldías en ellos inconcebibles; después reaccionan, comúnmente por una crisis de lágrimas. Acebal comprendió este estado de alma común en las almas vírgenes, prendadas de un sueño, que rompen en llanto al sentir desgarradas las alas. Y puso en boca de Araceli, la heroína de *Aires de mar*, cuatro palabras que son su alma entera, toda

sofo,—encuentro una cita de Roberto Stevenson, acaso el primer novelista de los Estados Unidos, que me instruye mucho sobre el fundamento de la novela realista y del estudio de las vidas humildes que caracteriza al originalísimo Acebal. Leamos al mencionado novelista, en el volumen *Across the plains*, en un cuento titulado *The lantern-bearers* (Los portadores de linternas). Dice así: «Se ha dicho que en el corazón de todo hombre, aun del más torpe, ha muerto joven un poeta. Puede sostenerse también que un bardo (inferior á un poeta en muchos respectos) sobrevive en la mayoría de los casos y aroma la vida del que lo lleva dentro de sí. No se hace bastante justicia á la fluidez y frescura de imaginación del hombre. Su vida puede parecer desde fuera un insignificante montículo de tierra; pero *acaso su corazón encierre un camarín de oro donde reciba un delicioso baño...* El fondo del placer de un hombre es muy difícil de comprender. Puede derivar unas veces *de un simple accesorio*, como una linterna, de igual modo que puede *obedecer á misteriosos procesos psicológicos*». Nótense bien las palabras por mi subrayadas, porque contienen toda la justificación del estudio realista para la novela.

una vida. ¿Qué importa en momentos de tal intensidad dramática la corrección de las frases? ¿Qué importa el lenguaje castizo de diccionario, vacía acumulación de sonidos? Lo verdaderamente sublime entonces es el corazón, que se siente latir bajo las letras impresas.

El estudio de estas almas sencillas ahonda más y más se intensifica en las páginas de *Huella de almas*, donde se traslada á la novela la vida de esas familias que todos tropezamos en las tardes de domingo por la Moncloa, por el Botánico, por el paseo de Rosales. Y en *Dolorosa*, su última obra, donde ya escala otras esferas sociales, aún le vemos deleitarse en la descripción de esos personajes sombríos que pasan por la vida, según la frase de un muy eximio novelista, como «uno de tantos comparsas que aparecen y desaparecen de la comedia humana sin grandes ruidos ni trompeteos». Es D. Nicolás Krazewski, desterrado de Polonia, viejo profesor de piano, que introdujo en España las polonesas de su paisano Chopin; son los de Láinez, que van á pasear al Canalillo. Es el ejército, ignorado de los humildes, cuyo reinado Maupassant inauguró en la novela. Acebal los estudia como Maupassant, pero con más honradez, si hay grados de honradez en el arte. La gran originalidad que aporta á la novela española contemporánea es ésta: la del estudio de las vidas oscurecidas. Era, pues, proféticamente cierto lo que un día dijo un gran novelista olvidado, Matheu: «Tal vez haya llegado para el arte, como para otras entidades sociales, el cumplimiento de la máxima evangélica, que profetizaba que sólo los humildes serían exaltados» (1).

La pluma de Acebal tiene matices adecuados á las gentes que con preferencia estudia, y creo que su espíritu, poblado de visiones artísticas, se halla más en consonancia con esta especie de personajes que con los de alma aristocrática y sensual que en *Dolorosa* presenta. Aun con estar en esta última obra algo distanciado de sus primeras tentativas, y con no encajar tan perfectamente en los moldes de su personalidad este último as-

(1) *La ilustre figuranta*, 557.—En esto, sin duda, pensaba también Flaubert cuando escribía: *L'art doit être bonhomme*.

pecto, es forzoso reconocer la perspicacia psicológica que aquí despliega. Especialmente, en el capítulo XXXV, la escena de presentar el retrato de Telva la jorobadita, la hija de los Krazewski, es de una realidad y una delicadeza asombrosa, no menos que el último capítulo, donde el desenlace, es decir, lo artificial, lo estudiado de todas las novelas, queda envuelto en un misterio y una vaguedad de efecto portentoso, alcanzado por pocos novelistas antes de Acebal.

Sus procedimientos, lo que se llama la manera de novelar, él mismo los señala en su proemio á *Huella de almas*: «Mi confesión de ideal estético, un poco frío, *sin golpes de color, nebuloso y opaco*, la confesión de ese ideal de hombre del Norte que ha de trabajar, sin embargo, para un pueblo meridional, la hallé al frente de *Pierre et Jean*, no obstante *las brillanteces levantinas* que impregnan los hermosos libros de Maupassant. Estaba allí tan clara, tan sencilla mi confesión, que al releerla me pareció leer uno de esos manuales de examen de conciencia que todo nos lo dan cocidito y amasado. Con traducir bastó. ¿Era preciso añadir algo á esto? El novelista que transforma la verdad brutal y desagradable para conseguir una aventura excepcional y seductora, debe, sin cuidarse demasiado de la verosimilitud, manejar los sucesos á su antojo, prepararlos y combinarlos para agradar al lector, conmoverle ó enternecerle... Por el contrario, el novelista que pretende darnos una imagen exacta de la vida, debe evitar con cuidado todo encadenamiento de sucesos que parezcan excepcionales. Su fin no es contarnos una historia, divertirnos y enternecernos, sino forzarnos á pensar, á comprender el sentido profundo y oculto de los sucesos. Á fuerza de haber visto y meditado, mira el universo, los hechos y los hombres de un cierto modo que le es peculiar y que resulta del conjunto de sus observaciones. Esta visión personal del mundo es la que intenta comunicarnos, reproduciéndola en un libro... La habilidad de su plan no consistirá en la emoción ó en el encanto, en un principio atractivo ó en una catástrofe conmovedora, sino en el agrupamiento sagaz de hechos menudos, de donde se desprenda el sentido definitivo de la obra... tales son los hilos sutiles, casi invisibles, empleados por ciertos artistas moder-

nos en vez del cable único que tenía por nombre: La Intriga. En suma, el novelista de ayer escogía las crisis de la vida, los estados agudos del alma y del corazón; el novelista de hoy escribe la historia del corazón y del alma en su estado normal». He subrayado por mi cuenta aquello de *sin golpes de color, nebuloso y opaco*, porque es la mejor definición de su personalidad. No llena de colorines su obra, no abigarra los cuadros con grandes manchas; sus tonos son apagados y melancólicos, en ocasiones cortados por esas mismas brillanteces levantinas que iluminan su cerebro. Lleva en la retina aquellos muelles ruidosos, donde se habla lengua franca, aquellos huertos soleados y los ojos árabes de aquellas mujeres. Mas á esto se sobrepone la neblina húmeda, los bosques sombríos y los ojos melados y dulces de las mujeres de Asturias.



Hay en todas las cosas una corriente de vida subterránea, interna, incalculable para el *visual* puro, observador de las exterioridades y de la superficie de los objetos, privado de esa vista interior que atraviesa penetrante hasta el fondo de los hechos, que no se fija en el aspecto de un hombre, sino que lee su alma como libro abierto, y que no se detiene en las palabras evocadoras de pensamientos, sino que penetra en el laboratorio donde éstos fermentan. Esos visuales, que clavan en todo sus pupilas de resplandores muertos y nada escrutan en definitiva, esa casta de hombres huecos y rígidos como maniqués, infestan todas las artes, y muy especialmente la literatura, donde por temporadas hacen formidables irrupciones. Ellos no comprenden que late tan gran caudal de vida psíquica en ese hombre que ahora pasea taciturno por la alameda, como en el que, agitado de mil pasiones impetuosas, corre hacia sus placeres. Ignoran que sólo somos almas que vagan envueltas en los cuerpos como los fantasmas en sus túnicas; y no saben que se vive más en un minuto de contemplación interior que en muchos años de lucha inútil por quimeras mundanas. No ven sino al hombre que frecuentemente degenera en bestia, y no perciben la cantidad de naturaleza divina que todos llevamos dentro de nosotros mismos.

Hay que excavar y remover este mundo interior, donde encontraremos de fijo nuevos yacimientos, manantiales no visitados jamás por los humanos. La mayoría de las gentes que escriben lo hacen por demostrarnos que han visto crepúsculos más ó menos rojos, amarillos ó claros, según los gustos; escasos son los que nos cuentan su estado de alma ante ese crepúsculo ó ante aquel paisaje. Prefieren clamar con pompa, como Teófilo Gautier: *¡Je vois le monde extérieur!* á desplegar las maravillas de su mundo interior ó de otros mundos interiores que han buscado. No comprenden que la frase aquella del viejo Robespierre: *Nunca el hombre ve sin placer al hombre*, pudiera corregirse de esta suerte: *Nunca el alma estudia sin placer al alma*.

Á éstos, como es natural, se les escapan los misteriosos subfondos y rincones del alma humana que husmean los novelistas como Acebal, dotados de la verdadera y genuina potencia visual, que debiera llamarse espíritu de observación, arrebatando tan preciado título á la superficialidad vanidosa de los que atisban á flor de piel. Los hombres así conformados en lo espiritual, los que leen las almas, no son por lo común aquellos que hacen gala de hondos y complicados psicologismos, internándose y extraviándose por las veredas del espíritu. Éstos penetran rectos, como bisturí de operador ejercitado. Tienen la virtud de la precisión analítica. Transcriben con fidelidad el mundo interior con sus imperceptibles vibraciones y sus sacudidas monstruosas; y lo transcriben de un golpe. Con una frase nos revelan un alma, tan plenamente como se nos descubriría con un gesto ó una mirada, si estuviésemos ante el ser humano donde ese alma está encarnada. Se apoderan de ella, nos la muestran en todas sus facetas: abúlica, apasionada, enérgica, sentimental. Las páginas de estos hombres son como un examen de espíritus.

Huella de almas, la novela más psicológica—y, en mi sentir, la más perfecta—de Acebal, es prueba de estas afirmaciones. Su protagonista, Sergio Soto, es uno de esos hombres oscuros que pasan por la vida como sobre una calzada rectilínea, enderezando los rumbos del alma hacia un punto fijo donde se abre el vacío. Puede ser el *representative man* del

burgués; pero todo el que no sienta por la gran familia burguesa ese odio injustificado que hoy día está *out of fashion*, reconocerá sinceramente que esos seres monótonos y estériles que á nosotros nos parecen desprovistos de ideales, esas almas mediocres y uniformes, saben dar á la vida un sentido y un encanto peculiares que desconocemos nosotros, los grandes sedientos de lo sublime. Puédese, sin duda, en nombre de Nietzsche y de Baudelaire, invocar la violencia contra esas masas tiradas á cordel, informes é insensibles como montículos de granito; mas ya el divino Platón, que era un nietzschiano á su modo, decía que todo lo que es bueno es bello, y San Agustín escribía en alguna parte: *Nihil est ordinatum quod non sit pulchrum*. En la existencia de esos hombres vulgares acúsanse rasgos de idealidad tan hermosa como en la del más refinado hijo del siglo. Se les debe amar—y no es paradoja—por lo mismo que se les odia: porque son pequeños.

Sergio es un burgués con toques de neurasténico: un caso que no abunda tan poco como pensamos. No ha de creerse que es forzoso tomar ajeno en el boulevard ó haber leído á Federico Amiel para sentir esos mareos espirituales, esa decadencia aniquiladora de toda la psiquis, que se conoce con el nombre de *mal del siglo*. Sergio, empocilgado entre los polvorientos infolios de una biblioteca, siente ese malestar abrumador que sentimos todos los que tenemos la inmensa desgracia de haber nacido después de Lamartine y la no menos inmensa desventura de no poder retrogradar hasta el Cid. Como tiene sus ribetes de intelectual, ahogados por la marejada de su *yo* sensitivo, se entrega al análisis; no al análisis que mata el sentimiento, en frase de Stuart-Mill, sino á ese otro que lo robustece, aunque deje una gran desolación en el alma.

La muerte de D. Cayetano, su jefe, y la visita de pésames hecha á la familia, le dan ocasión para deleitarse en una alegría de aquella vida mansa de hogar con su vida interior. «La quietud dolorosa de aquellas mujeres, el ambiente de tristeza que allí se respiraba, la modestia misma de la estancia, todo tan recogido y tan íntimo, le pareció una prolongación de su alma, también á media luz, modesta, dolorida...» Aquella misma noche—tanta verdad es que en una hora se puede

vivir y se vive á veces más que en muchos años de existencia—hay en su alma una sucesión de cosas indefinidas. En la penumbra del comedor ha visto á la hija del jefe, la ha visto como se ve á los espíritus hermanos: con la rapidez de un ensueño y la intensidad de dos almas que se hablan sin decirse nada, en el presentimiento de su unión misteriosa. «En aquel segundo la vió, como tal vez no la hubiera visto nunca en horas enteras.» El amor reverdece su corazón como una lluvia fresca reverdece un campo ya amenazado de sequía. Siente la palpitación de ese sentimiento con una vaguedad original, sin acometidas pasionales, con la imprecisión de algo nuevo que despierta en sí. El mismo lo explica: «Repara que con el disgusto, con las impresiones inesperadas... estás un poco... Sí, es verdad: estoy con un poco de borrachera...» Embriaguez espiritual, propia de todos aquellos hombres que, viviendo por lo común en aridez desoladora, experimentan de súbito una impresión fuerte ó sólo *inesperada*, como él dice. «¡Ah, lo sólido!... Estoy cansado de lo sólido... ¡Ay, qué vintecillo tan rico! Me gusta precisamente porque no es sólido. Lo que ahora me apetece á mí es lo más ligero, que es lo más gracioso del mundo: me apetece canto de pájaros, me apetece olor de azahares, me apetece oír el chorro de una manga de riego cuando rompe y chasquea como si cascasen nueces, me apetece traqueteo de tren en túnel.» Cualquiera diría aquí, ó estamos en los límites de la locura, ó en los linderos de la estupidez. No: es simplemente que asistimos á la agonía de una voluntad. Este hombre tan pacífico, tan metido en sus libros, tan equilibrado hasta ahora, se siente moderno, y, por lo tanto, enfermo del alma, y va perdiendo la razón de vivir. (1)

(1) Los entusiastas psicólogos de laboratorio, rutinarios como todos los espíritus inferiores que aspiran á una superioridad imposible (clasifico así á todos los intelectuales de segundo orden, sean artistas, pensadores ó científicos, que suelen ser de espíritu todavía más estrecho que el hombre vulgar), me harían un gran favor si se dignasen pasar la vista por las páginas de esta novela. Acabarían por reconocer que para estudiar lo que ellos llaman un *caso*, no se necesita acompañar de palabras técnicas las anotaciones hechas. Sería muy útil que fuesen á buscar en novelas como *Huella de almas* lo que no puede dar-

Cuando se esfuerce, sano y joven y además se ama, esto no puede durar mucho. La vida es luz y alegría; y hay que tomarla tal como es. En el alma del bibliotecario entran sensaciones nuevas—y ese aliento de felicidad sentida cuando uno es amado, que no se expresa y que no se comprende. Acebal define esta disposición de espíritu con lo único que puede definirse: con una imagen—y bien feliz por cierto. En el palacio de Ruzafa, frontero á la casa de las Bustamantes, los sirvientes trajinan, limpiando y oreando las estancias. Es que los señores vuelven.. «Ahí está la imagen mía —pensó Sergio:—un caserón sombrío, cerradas las maderas, cubierto por una capa de polvo rancio, todo oscuro, silencioso, hasta que un día, eso, eso, un día vuelven los amos, viene la señora...»

Una voluntad así, tan voluble y tan tornadiza como es la del protagonista, necesita, para no caer en el fango, ó no perderse en el éter, *un instrumento de tortura*. «Era su propio inquisidor y su verdugo, que con inclemencia castigaba, tundía, hasta meter en razón su frente alborotada por los ramalazos levantinos y levantiscos que alguna vez venían á recordarle que era de allá abajo, de país caliente, de tierra soleada. Pero las tristezas habían podido más que los fulgores de la provincia nativa... Sergio era un huertano de los que no se impregnan de la luz torrencial que el cielo arroja sobre su huerta, que no vibra ni se estremece con la palpitación de aquella atmósfera caldeada, sino que viene á la meseta rasa de Castilla, trayendo empapada el alma en la melancolía que de las tierras ardientes brota suave, tristonada, de aroma tenue como violeta.» La muchacha muere, de esa enfermedad que yo no nombraré y que blande su guadaña con más bríos entre los campos del nivel común, las tierras rasas de la mediocridad: después de su muerte, el prometido se entrega á desvaríos románticos, de un romanticismo sin trágicas explosiones: visitas á las iglesias de monjas en la madrugada, «pegándose al culto

les la observación suya, ciega á todo lo que no venga empaquetado en formulismos médicos. El caso de Sergio Soto es un estudio psicológico tan exacto—y por de contado mucho más artístico—como pudiera serlo el del más reputado psico-fisiólogo.

en su forma humilde y dulce de misa de alba»; paseos por los jardines retirados, anhelos de vida claustral, intervalos de goce de la vida, renovados abatimientos, fugitivos despertares á la realidad, nuevos ocasos é inmersiones en el misticismo enfermizo, y así se arrastra la existencia de ese hombre tan mansa é igual como lo es y lo será siempre la de las gentes medias. Para ellas el sentimentalismo no es una astucia ó un recurso de la naturaleza, sino un resultado forzoso de esta vida uniforme y quieta, en la que no pueden encontrar más sedante consuelo que ese sentimentalismo del cual todos estamos tocados; porque en este mundo sentimental, cerebrales por educación ó por temperamento y sensitivos por temperamento ó por educación, todos vamos urdiendo una trama de acciones inconscientemente sentimentales (1).

Esto no lo querrán comprender los intelectuales, porque todos, menos los que son poetas—y quien dice poeta, es claro que dice sensitivo,—están encanallados por el cerebralismo, el gran fautor de todo encanallamiento, el gran cómplice de las arideces espirituales. ¿Cómo ha de comprender que se escriban novelas sobre la vida de la clase media en Madrid esa juventud pretenciosa y tan vacua como una pompa de jabón, que se juzga feliz por haber nacido después de Claudio Bernard y de Büchner, que cree en Marx y adora en Letourneau; esa juventud que se nutre de Spencer alternado con Nietzsche, que tiene por oráculo á Max Nordau y por sibila á Sergi, que por cafés y tertulias anda vociferando á propósito del problema agrario, de la jornada de ocho horas, de la europeización de España y de otras cosas no menos horrendas y

(1) Perdónenme los que se sientan heridos por las mortificantes alusiones que hago á continuación; pero las hago con el propósito de conseguir que lleguemos á convencernos de que no hay motivos para despreciar al gremio de los que llaman *literatos frívolos*, porque se haya leído á Max Müller—traducido quizás... Créanme los científicos á quienes admiro como el que más, cuando no se extralimitan fuera de sus dominios: el estudio de un alma es mucho más interesante y mucho más difícil que el estudio de una lengua muerta. No se reduce el intelectualismo á devorar volúmenes y volúmenes de sociología más ó menos auténtica: como los de esa venerable Biblioteca Alcán, el gran fraude del siglo XIX, que nunca me cansaré de fustigar...

retumbantes? Y es que hay un cinismo cerebral, mil veces más reprobable y más repulsivo que el cinismo puramente sensual de que alardean algunos desgraciados consumidos por la degeneración; y es ese el cinismo de los que ahogan voluntariamente el sentimiento para sentarse á la mesa y devorar los tomos de la Biblioteca Alcán.



El léxico de Acebal es opulentísimo, repleto de expresivos arcaísmos, de palabras ricas en color y precisión. Sabiendo que el poeta debe ser como el orfebre, al escoger las palabras, que son piedras preciosas (1), rebusca en los antiguos maestros y en los modernos autores de la literatura términos vibrantes, rítmicos ó llenos de gracia, tales como *trompicar, greguería, desemblantado, bullaje, desemblanza, majencia, marelada, remorosamente, madoroso, tundir, verdegueo, garambaina, acuáttil* y otras. Su estilo sobrio y delicado, de colorido suave, encuadra maravillosamente el carácter de sus personajes. Hay bruscos esguinces y largos diálogos cortados, muchos monólogos sentimentales y discreto empleo de los diminutivos, como conviene á estas gentes diminutas también, con un alma tímida que cada vez se va haciendo más minúscula.

Siendo el más esmerado de los estilistas, es Acebal el menos estilista de nuestros jóvenes literatos. Escribe bien porque ha leído á los clásicos y ha leído á los modernos; porque no podría escribir mal, aunque se lo propusiera. Escribe bien, porque escribe con la grácil sencillez de los bucólicos griegos, como Teócrito y Mosco: con esa limpidez que se ha comparado al fluir de un arroyo. Mas se ve que no es el diccionario lo que más hojea, sino el alma. Sin ser arcaico, no posee ese refinamiento bizantino de la decadencia que tan nítidamente destaca la figura de algunos jóvenes. Más que la palabra, rebusca la sensación; más que el ritmo del período, ama el ritmo de la fábula. No obstante, como ya creo haber dicho, la

(1) Teófilo Gautier, *Notice* en *Les Fleurs du mal*, de Baudelaire.

expresividad de sus vocablos es su condición más fulgente. En los diálogos, este esfuerzo por condensar la cláusula y precisar el vocablo culmina más que en nada. Retuerce, moldea, aplana los períodos como hábil tallista; y el diálogo, eternamente artificioso y convencional, desde Cervantes á Galdós, según ha dicho Martínez Ruiz, adquiere una flexibilidad y soltura, que librándole de pomposas declamaciones y de discreteos absurdos, de brillanteces artificiales y de hermooseamientos postizos, le acerca lo más posible á su natural incoherencia y desaliño (1).

Y sospecho, cuando contemplo el espíritu de Acebal á través de sus libros, que, si no lima su lenguaje tanto como algunos quisieran, es porque acaso aspira á la posesión de un estilo, que no sea el hombre como quería Buffon, sino lo infinito.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

(1) No parezca paradójica esta afirmación: todo lo natural es incoherente y descuidado. La naturaleza, que puede engendrar un ser humano, no puede crear una palabra afectada.

EL LADRÓN URBANO. CONSIDERADO EN GENERAL

Y EN PARTICULAR EL RATERO

ALGUNOS CARACTERES DE LA CRIMINALIDAD MODERNA
IDEAS DE VARIOS ESCRITORES,
REFERENTES AL ROBO Y AL HURTO

I

El influjo de la civilización y de su gran desarrollo en la generalidad de los pueblos europeos se ha hecho sentir de un modo muy perceptible en la criminalidad y, de consiguiente, en cuanto á la producción del mal y de sus tan variadas manifestaciones. Este influjo ha cambiado en algo, como no podía menos de acontecer, los caracteres de la una y del otro, sin afectar, por desgracia, á su esencialidad. Con razón ha escrito Alfredo Niceforo en su interesante libro *La transformación del delito en la sociedad moderna* lo siguiente, que copiaremos por referirse á la materia ú objeto especial de este estudio: «Una de las transformaciones más evidentes que la criminalidad sufre en la sociedad moderna es la de que el delito que con preferencia se realiza en la sociedad bárbara mediante la *violencia*, ahora se efectúa especialmente por el *fraude*. Antes, el bandido asaltaba al caminante con la carabina en la mano, y asesinándole, le robaba: ahora el malhechor se enriquece enviando un falso telegrama de Bolsa, cometiendo una estafa, amenazando con un escándalo, recurriendo, en snma, al fraude y no á la violencia... No es difícil de comprender el por qué de esta transformación. Hasta el presente ha creado el hombre dos grandes formas de civilizaciones, que, en general, pudieran llamarse civilización violenta á

la antigua y civilización fraudulenta á la moderna. En la civilización de forma violenta, la lucha por la vida se desenvuelve en especial por el empleo de la fuerza; el poder público y la fuerza se conquistan con las armas. En la civilización fraudulenta, por el contrario, la lucha es de astucia y de engaños; el poder y la riqueza se adquieren, no con el hierro, sino con el oro. En la civilización de tipo violento estalla la criminalidad de la fuerza, el homicidio, el salteamiento, la usurpación, los daños: en la civilización de tipo fraudulento aparecen, en cambio, las malas hierbas de la estafa, la falsificación y la quiebra. Ahora bien, como el progreso no hace otra cosa que transformar las sociedades viejas en sociedades modernas, y las arcaicas civilizaciones violentas en civilizaciones fraudulentas, es un efecto necesario de esta transformación el que los delitos violentos disminuyan y cedan el puesto á los fraudulentos».

No podemos menos de convenir con Niceforo en cuanto al principio fundamental, ó sea la esencialidad de su teoría; pero disentimos en cuanto sostiene que la transformación, de la criminalidad, resultado de la sufrida por la civilización y en consonancia con ésta, se verifica únicamente en el sentido de hacerse fraudulenta. Que las formas típicas de la delincuencia y de los delincuentes de otros tiempos, aun de los no muy apartados de nosotros, se modifican, se bastardean, por decirlo así, y disminuyen con relación á las otras, nos parece incuestionable; pero que la criminalidad fraudulenta sea la forma exclusiva que sustituye á la basada en la fuerza, y los malhechores cuyos actos determina el fraude, los que ocupan el lugar de aquéllos, no lo estimamos del todo exacto. La criminalidad no asciende únicamente en los actos delictuosos de carácter fraudulento, crece también de un modo muy perceptible en los robos que la fuerza en las cosas especifica, y en los hurtos tales como nuestro Código los define. El número de los malhechores reos de delitos de sangre, incluyendo en éstos los robos calificados por la violencia en las personas, de los que nos hemos ocupado en nuestro estudio referente al bandolero, se reducen, no ya en pueblos de tan alta civilización como el francés, el inglés y el alemán, sino en otros

más atrasados, y en cambio, los hurtos y los simples robos, á la par de las estafas, falsificaciones, etc., aumentan progresivamente. Así pues, nos atreveríamos á decir que en virtud de la ley de transformación del delito, y en correspondencia con el progresivo desarrollo de la civilización, disminuyen los delitos violentos y los reos de tal especie, y aumentan los reos y los delitos de fraude, engaño, agilidad y astucia, como los robos por ciertos procedimientos, los hurtos, los timos, las quiebras, las falsificaciones, las adulteraciones de los artículos de comercio, etc., etc.

Lo mismo que Niceforo, ha señalado las transformaciones que la criminalidad experimenta en sus caracteres el ilustre sociólogo criminologista Mr. Gabriel Tarde, cuyos numerosos libros, obras maestras todos ellos, tanta aceptación tienen en España. «La criminalidad del antiguo régimen — dice en su *Arqueología criminal*, — considerada en su conjunto, difiere de la actual en caracteres importantes. Crimen ó delito destinados en nuestro tiempo á una gran resonancia, quiebras, estafas, abusos de confianza, violaciones de menores, infanticidios, y no hablo de suicidios, apenas existen ó faltan completamente en la antigüedad. Otros han desaparecido hoy, ya porque no se consideren delitos, ya porque no se producen, pero que antes se castigaban, si bien con decreciente severidad, como la blasfemia, el sacrilegio, la brujería, etc. Y aun en aquellos hechos, considerados actualmente como delitos ó crímenes, lo mismo que antes las desemejanzas son tales desde el punto de vista de la proporción de los procedimientos de ejecución ó de las condiciones de los ejecutantes, que en verdad la antropología de Lombroso, si pudiera aplicarse á los homicidas y ladrones de otros tiempos, no confundiría á aquellos criminales con nuestros asesinos y ladrones. Examínense los voluminosos documentos de los procesos de otras épocas y recórranse seguidamente las compilaciones de algunas Audiencias ó sus registros de los procesos y sentencias en causas criminales de actualidad, y esta comparación bastaría para que se notase el contraste de colores entre la delincuencia de nuestros padres y la delincuencia astuta de sus hijos.»

Corroboración de las anteriores ideas es lo expresado por otro no menos distinguido sociólogo, por Mr. Alfredo Fouillée en su estudio de *Francia bajo el punto de vista moral*. Según Fouillée, «cuanto más corresponde la criminalidad de un país al estadio moderno, más predominan las causas sociales sobre el clima, la raza y la constitución física, habiendo formulado Mr. Alimena, después de un estudio de varias naciones occidentales de Europa, las leyes siguientes: 1.^a A medida que la sociedad es más civilizada, los móviles reflexivos, tales como la codicia, tienden á sustituir como factores de la criminalidad á las pasiones impulsivas, cólera, envidia, amor, venganza. 2.^a Las naciones que ofrecen más procesos civiles son también las que presentan más crímenes. 3.^a Cuanto más centralizado se halla de antiguo un país, tiene mayor criminalidad urbana».

Después de exponer estas leyes de Mr. Alimena, cuya exactitud no discutiremos, dice Mr. Fouillée: «En España y en Italia la criminalidad va creciendo de Norte á Sur; en Alemania, del Oeste al Este, y en Francia se distribuye en torno de los grandes centros, especialmente en la capital. La criminalidad tiende, pues, á pasar de los campos á las ciudades; el clásico brigandaje de otros tiempos tiene su equivalente en las asociaciones de malhechores, tan numerosas en las grandes ciudades; ya no son asaltadas las diligencias, pero se os roba el reloj ó se saquea vuestra habitación. Tales son las leyes normales de la evolución respecto á la criminalidad».

A juicio de dicho autor, estas leyes no bastan para explicar la situación actual de la criminalidad en Francia, y lo mismo podemos decir respecto de España. En nuestro país no han desaparecido, por más que sean mucho menos frecuentes que en la primera mitad del siglo último, los robos de diligencias, los asaltos en los caminos y los ataques á las casas de campo, y donde tales formas del delito contra la propiedad, características de las grandes poblaciones, han pasado á las pequeñas, encuentran á su lado las que pueden decirse típicas de las últimas. Como explicación y demostración de sus afirmaciones, añade: «En primer lugar, lejos de descender los crímenes debidos á las malas pasiones, á los móviles de las ci-

vilizaciones poco avanzadas, cólera, envidia, amor, venganza, vemos crecer los crímenes de impulsividad bárbara. En segundo lugar, vemos á la criminalidad extenderse hasta en los campos, y no es en lo que respecta á los criminales *natos* en lo que se manifiesta el aumento, es entre los *profesionales*, los *ocasionales* y los *pasionales*; pero aquí las causas del mal son ante todo morales y sociales, pudiendo nuestra sociedad decirse á sí misma: «Tú lo has querido». Las comarcas más ricas y civilizadas son en lo general las más fecundas en crímenes y en casos de locura, habiéndose del mismo modo señalado excepciones significativas. En Génova y en Suiza, á medida que la civilización ha ido progresando, la criminalidad ha disminuído hasta el punto de ser la más pequeña de Europa, y un resultado idéntico se produce en Bélgica, acaso gracias á un mejor régimen penitenciario».

Despréndese de lo que acabamos de copiar que si el eminente publicista Fouillée no asiente en absoluto á las ideas de los sociólogos criminalistas á que nos hemos referido, tampoco se aleja mucho de ellas. No niega, por ejemplo, que la criminalidad se modifique haciéndose menos violenta conforme se desarrolla la civilización de los pueblos, á medida que éstos progresan, y tampoco rechaza la efectividad del considerable aumento que tiene en los grandes centros de población, precisamente los más adelantados, si bien señala excepciones que con razón califica de muy significativas.

Antes de poner término á estas brevísimas indicaciones acerca de la transformación de la criminalidad moderna y de sus caracteres distintivos, que hemos creído conveniente al comenzar nuestro importante trabajo, exponremos la muy autorizada opinión de Mr. Gaston Richard, tal como la emitió al ocuparse del *Socialismo y la ciencia social*. «Es sabido—escribió—que las observaciones hechas sobre la población de las prisiones han concurrido con los trabajos de los estadistas á establecer que la forma de criminalidad propia de las sociedades de la Europa central y occidental—criminalidad llamada *astuta* por los sociólogos que, sobre todo, han atendido á los procedimientos de los que la cometen—es una criminalidad en cierto modo *profesional*, atestiguada por la cifra

creciente de la reincidencia, y una criminalidad *infantil*, comprobada por el número cada día mayor de los penados jóvenes. El criminal de *profesión* ó de *hábito* casi siempre ha sufrido varias condenas antes de llegar á la mayoría de edad. En resumen, la reincidencia y la criminalidad infantil no son sino dos hechos conexos, ya que no dos aspectos de un mismo hecho social. Los estudios hechos acerca de los jóvenes detenidos, por Raux y Albanet en Francia, por Lino Ferrano en Italia, por Douglas Morrison en Inglaterra y por Hugo Hern en Alemania, llevan á la misma conclusión, á la de que el malhechor joven es, ó el hijo de un penado, ó un niño abandonado, ya por ser huérfano, ya porque sus padres estén entregados al alcoholismo: más aún, el malhechor debe con frecuencia á la vagancia su primera condena. Sintetizando, el abandono de la infancia, el alcoholismo y la vagancia son los tres grandes factores de la criminalidad contemporánea».

Coincidimos en estas ideas con Mr. Richard, y, circunscribiéndonos al ladrón, que, con el estafador y el falsificador, forma los tipos descollantes de la criminalidad de nuestros días, esperamos encontrar su confirmación. Los tres mencionados factores constituyen otras tantas dolorosísimas llagas que corroen á las sociedades, extendiéndose por ellas y produciendo, entre otros efectos, los que con la delincuencia se relacionan. El niño abandonado se entrega inconscientemente á la vagancia, al alcoholismo y á otros vicios, llegando casi fatalmente al delito; y como la especialidad de su vida mórbida le priva de ciertas energías y al mismo tiempo determina sus hábitos, al delinquir, según la dirección que tome, ó se hace *ratero*, *tomador*, *espadisia*, *topista*, y aunque pocas veces, *atracador*, y muchas menos *bandolero*, ó se hace *timador*, *estafador*, *falsificador*, etc. De aquí el que los caracteres de la criminalidad moderna sean los que quedan señalados.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

¡¡MUERTA!!

Canto 1.º

—Muy embebido estás, Luis, en la contemplación de este cuadro. Hace hora y media que Alfredo, Humberto y yo llegamos á visitar este hermoso certamen del arte, que en este año, más que en otro alguno, demuestra cuán rica es la imaginación humana y cuán espléndida en color la paleta de la raza latina. Al entrar aquí te vimos absorto ante este laureado lienzo, que llamó también vivamente nuestra atención; creímos observar lágrimas en tus ojos, y... ya sabes que, aun cuando no somos artistas, sabemos sentir y comprender la belleza y dolor como el que más; hemos, pues, respetado tu emoción, alejándonos durante largo rato que ya nos parece excesivo para dejarte sumido en las ideas poco risueñas que al parecer te atormentan.

—Tienes razón, Guillermo; si no fuera santo, sería estúpido lo que hago; pero fíjate, fijaos todos en estas dos figuras, y si recordáis los primeros pasos de mi existencia como hombre, comprenderéis el imán irresistible que para mí ha de tener ese lienzo.

—¡Cómo!... ¿Será verdad? ¡Ésta es la cara de Carlos Grimol y esta idealización de la muerte... sí, ciertamente, es Margarita, su preciosa hija, la mujer que cien veces nos juraste sería tu esposa!...

—¿Comprendéis ahora?... No, no es posible que ni aun así os deis cuenta del mundo de dolor que sobre mí pesa al recordar la triste historia de estos dos seres. Venid: aquí no puedo deciros nada; hay confidencias que sólo pueden hacerse en voz baja, y entre muy pocos, porque el dolor tiene su

recato y no le gusta mostrarse ante la indiferencia del mundo.

Luis y sus tres amigos subieron al coche del primero, que los condujo á la espléndida casa de salud que para el tratamiento de dementes el doctor Luis de Rouzalve había establecido con éxito siempre creciente. Allí, encerrado en su soberbio despacho, donde en amplia biblioteca rivalizaba la ciencia de antiguos y modernos con el sinnúmero de obras de arte que el resto de la estancia encerraba, comenzó Luis su relato:

—Hace próximamente diez años, siendo yo el muchacho enorgullecido con el título de doctor en medicina, y deseoso de gozar de los mil encantos que la vida de París ofrece á quien posee 25.000 francos de renta, una buena salud y una sed hidrópica de champagne y alegre vida, me encontré en el círculo de locos, que por espacio de dos años fué el mío, á Carlos Grimol. De él supe que era pintor de talento, en aquella actualidad *dormido*. Con bella presencia, notable ingenio, siempre espléndido, sin que de modo positivo se pudiese determinar con qué medios contaba para subvenir á sus enormes gastos, era el mejor y más alegre compañero de orgía, entre todos los que como obedientes satélites le seguíamos. Su magnífico taller de la rue de Vaugirad, si no abundaba en lienzos, sabía encerrar hermosos cuadros que mostraban con escasísimos cendales las bellezas entonces más en boga del mundo galante. La reflexión y el hastío me hicieron disgustarme de aquella vida de ociosa crápula, por la que rápidamente caminábamos á nuestra total ruina; he querido á veces recordar con calma las monstruosas veladas del taller de Grimol, y he apartado con horror los ojos de la evocación de aquellas bacanales que sólo podían compararse con las de los emperadores sirios en Roma... y que como aquéllas tuvieron su castigo, que sólo yo en todos sus detalles conozco.

Canto 2.º

—Una noche, la recuerdo como si fuera hoy, estábamos media docena de los más locos, entre los cuerdos que por entonces en París se paseaban, en casa de Lydia, la célebre

bailarina de sangre gitana que á todos nos tuvo trastornados por espacio de dos años. Dos de ellos éramos, Carlos, que aquel día ocupaba el puesto de galán admitido, sancionado, y yo. De repente y como entre espesa bruma, cuando el choque de los vasos, el ensordecedor estrépito de desentonados cantos báquicos, en que constantemente y con monótona estupidez se repetían una y cien veces las palabras *vino* y *amor*, vimos de rodillas delante de Carlos, sin podernos explicar por dónde había entrado, una anciana que le gritaba: «Señor, señor, por piedad apresuraos, se muere, ¡se muere! ¡Tal vez lleguemos tarde!» Yo estaba al lado de Carlos; de pronto vi brillar en sus ojos un rayo de luz, mientras con voz ronca me decía: «Ven conmigo».

Subimos en uno de los coches que junto á la alegre morada de la célebre Lydia á todas horas estacionaban, y algunos instantes después nos deteníamos ante una casa de más que humilde apariencia, sin que una sola palabra se hubiese cruzado entre nosotros y la anciana, que seguía sollozando dolorosamente. Subimos una escalera que me pareció interminable, y por fin penetramos en una estancia donde reinaba el más absoluto silencio y... allí, en un desvencijado sillón, con la cabeza echada en el respaldo, una mujer joven todavía, y en cuyo rostro ni aun la muerte pudo borrar los rasgos de una indiscutible belleza, yacía tibia aún, apretando entre sus agarrados dedos un papel arrugado por las últimas convulsiones de la agonía. Á sus pies una niña, casi una adolescente, inmóvil y con los ojos fijos, con esa fijeza propia del que está próximo á perder la razón, con la boca pegada á la mano que apretaba el papel, parecía también próxima á exhalar el último suspiro. Con rápida mirada, no ya de perdido, sino de antiguo alumno interno del más reputado hospital de París, me hice cargo de la situación. «Vino, vinagre, mostaza, pronto algo con que atender á esta niña; para la madre todo es inútil», dije á la anciana que desde luego comprendí era la sirviente. «Señor, nada hay en casa... ni tampoco dinero; hace dos días que carecemos de todo...» Me volví hacia Carlos, que en aquel momento había logrado arrancar el papel de manos de la muerta, y que tras ronco grito, al leer la firma, cayó al suelo

como herido por un rayo. La muerta era su mujer, la moribunda su hija y la carta .. vedla; dice así:

Canto 3.º

«Carlos mío: Tras dos meses de total eclipse, en que te has dedicado á cultivar el género de *desdeñado* Otelo, hoy por fin te das á luz con un arranque, como tuyo, espléndido. Tu canastilla de daturas, que en este tiempo debe haberte costado una fortuna, es digna de un príncipe purpurado. Su perfume me tiene loca; ven esta noche y... reconciliación completa; por cada copa de champagne que juntos bebamos te promete un mundo de delicias tu fidelísima y enamorada Lydia...»

Esta carta destrozó de un solo golpe el muy lacerado corazón de aquella mártir, que sólo disfrutó una relativa fidelidad en los primeros meses de su matrimonio. ¿Y la niña, único consuelo de aquella desdichada en sus interminables horas de soledad? me preguntaréis. ¿Se dió cuenta de cómo murió su madre? No, no lo sé; sólo puedo deciros que su estado de atonía, próximo á la imbecilidad, no la abandonó hasta pasados dos años, durante los que la tuve rodeada en esta casa de cuantos cuidados la ciencia y el cariño me sugerían.

Á partir de este momento, Carlos se retiró del vicio para entregar su corazón á la pobre huérfana, y dedicarle su talento, que puso al servicio del arte, esperando hallar en su cultivo el medio de rehacer la fortuna que había derrochado. Yo, movido en un principio por la compasión y el afán de hombre de ciencia que ansía luchar y vencer en un caso desesperado, comencé á tratar á Margarita como cliente predilecta, y acabé por interesarme profundamente por aquella niña de ideal belleza, cuya inteligencia veía próxima á extinguirse. Ni la mente del poeta inglés creando su Ofelia, ni el Dante adorando á Beatriz pudieron nunca acercarse á la realidad de lo que fué para mí *el ángel enlutado*, como la llamaban todos en París. Al fin el amor del padre ó tal vez los cuidados del apasionado amante triunfaron, y poco á poco volvió la inteligencia á brillar en sus ojos, la sonrisa á entreabrir

sus labios, el amor á endulzar sus palabras. Entre tanto Carlos, á medida que volvía á sentirse dueño de sus pinceles, se atrevió á aspirar á más para legar un nombre ilustre á sus hijos en la esfera del arte. De su portentosa paleta veíanse claramente surgir prodigios de belleza, que se cotizaban á altos precios, pero ya no quería Carlos dinero, sino lo que con éste no se adquiere, *la gloria*.

Canto 4.º

Así transcurrieron cuatro años, los más felices de su existencia. Carlos conocía y aprobaba mis planes respecto á Margarita, que cada día se mostraba más cariñosa para ambos.

Esperábamos su padre y yo que la niña cumpliera diez y ocho años para sondear su corazón respecto á mí... Pasaba el tiempo... Un día violenta fiebre, que duró cuarenta y ocho horas, hizo inútiles mis desesperados, mis locos esfuerzos: Margarita murió en mis brazos y de ellos, no sé cómo ni cuándo, me la arrebató su padre, cuya calma estoica en aquellos momentos me incitaba al asesinato. Mi indignación se deslizó en imponentes imprecaciones cuando vi á aquel hombre colocar el ideal cadáver sobre mullido lecho de revueltas flores, buscar una y otra vez el ansiado efecto de luz y, por último... sí, creedlo, trasladar al lienzo mi muerta, mi muerta adorada, por quien yo hubiera dado la vida de la humanidad toda.

Y el tiempo, esa maldita esponja que todo lo absorbe ó todo lo borra, pasó sobre nosotros sin que entre Grimal y yo volviese á cruzarse más que el frío saludo matinal, que se repetía por la noche al retirarnos á nuestras respectivas habitaciones.

En vano traté, algo más tranquilo, de indagar qué había sido del cuadro en el que, entre mis lágrimas, vi bosquejarse á mi Margarita muerta y á su padre sorprendiendo la expresión que llevó al cielo; nada logré averiguar hasta que, transcurridos cuatro meses, al recoger el correo, entregué á Carlos un abultado pliego provisto de varios sellos. Le abrió con su habitual indiferencia y, no bien fijó en el escrito sus ojos,

una estridente carcajada me hizo correr á su lado.....
.....
Todo fué inútil: Carlos, al recibir la noticia oficial de que su cuadro «Muerta» había obtenido la gran medalla, perdió la razón y, vedle, es el que manotea allá en aquel macizo, con una tabla en la mano, que eternamente cree estar pintando.

VICENTE R. ROJO.

CRÓNICA DE ARTE

Por fin Pradilla ha abierto las puertas de su estudio, para que el público que gusta de las bellezas concebidas por el artista vea, compare y se sature en la atmósfera sana.

Es obra meritoria la suya, y puede producir ventajas, si se aprovecha; puede influir en el gusto, algún tanto desorientado, del público, si otros artistas, de pensar sensato, siguen el ejemplo, y este público, sin preocupaciones de escuela, olvidando á la crítica periodística, estudia y procura iniciarse en el camino del criterio razonable y personal, que se adquiere comparando con el natural y con otras producciones ya sancionadas muy posteriormente á las épocas en que fueron concebidas, ó si son de contemporáneos, con las que por su puridad excepcional se imponen sin auxilios extraños.

También precisa que á los que honradamente gustan y practican la sana crítica periodística, que no tiene más valor que el personal, y ese valor aumenta con la rectitud y dominio del asunto tratado, se les deje puerta franca en los estudios abiertos al público, sin que se entienda que esta franquía obliga á más que lo que la cortesía y buena crianza exigen.

Creo que convendría la supresión de adjetivos personales, para no herir susceptibilidades, y más aún para saber apreciar las distancias naturales que existen; si los adjetivos son imprescindibles, deben medirse con suma delicadeza, criterio y justicia. Así, ni partiremos de hechos falsos, ni adorarán los incautos ídolos tan quebradizos como los callejeros que en tiempo de nieves eleva cualquier *artista* espontáneo.

Pensar que la crítica debe supeditarse al capricho, á la ambición, á la soberbia de esta ó la otra entidad; pensar que quien noblemente expone su criterio, malo ó bueno, razonado ó no, ha de tener siempre sobre sí levantada la espada cesá-

rica de cualquier despotilla cuya fama descansa sobre las galleradas de la imprenta, ó de la camarilla aduladora, es resucitar aquellas famosas cuadrillas de la *porra* y del *chorizo*, cuyos individuos hasta aisladamente cometían toda clase de desafueros, y esto, francamente, en tiempos que tanto se alardea de libertad, encaja tan mal como muchas figuras trazadas por eminencias de doublé.

El artista noble debe someterse á la crítica, siempre que recurra á la publicidad; cuando no le guste, que cierre con piedra y cemento las puertas de su estudio, á no ser que prefiera buscar algún desgraciado cuyo criterio se expande según la esplendidez del necesitado de reclamos fantásticos.

Los artistas, pintando siempre con la aspiración de mayores triunfos; los críticos, viendo imparcialmente, sin presión alguna; el público, asistiendo á estas exposiciones personales, como la de Pradilla, ó haciendo por ilustrarse, producirían la regeneración tan deseada y tan necesaria para el arte hispano contemporáneo, no tan admirado como propalan algunos.

El maestro Pradilla ha expuesto en su estudio de la calle de Quintana varios lienzos: *Bajo el árbol de Ceres*, ya de propiedad del Conde del Valle; *De regreso de la vendimia*, que lo pintó para el Marqués de Perinat; *Junto al arroyo*, que le encargó el Marqués de Montalvo; varios estudios hechos en el Monasterio de Piedra (Aragón); una acuarela que representa á una anciana; *Triste vida*, algunos apuntes, estudios y varias fotografías de obras suyas.

El cuadro que ha motivado la exposición es *Junto al arroyo*, suficiente en otro país más culto para interesar al público, á los artistas y á la Prensa; mas aquí no hay costumbre de *perder* el tiempo en ir á un estudio por ver un solo cuadro, y el maestro aragonés ha tenido que suplicar á los poseedores de algunas de sus numerosas obras la cesión temporal para reforzar la exposición, con objeto de observar si en nuestro público puede arraigarse la costumbre y acrece el interés por esta clase de *sport*.

De casi todos estos trabajos me he ocupado en revistas y periódicos, entre ellos en la REVISTA CONTEMPORÁNEA; no he de repetir iguales conceptos.

De la nueva producción diré que es un alarde de luz y de gracia; contrasta notablemente con todas las demás expuestas por la brillantez, por la luz, por el vigor. Generalmente, la nota de los cuadros de Pradilla es la sentimental; en éste demuestra, y no es la primer vez, que en todos los géneros sostiene la justa fama reconocida, indiscutible, alcanzada en el extranjero. He observado en algunas de sus obras la coincidencia de que el maestro se agiganta en dos ó tres puntos determinados; el lado izquierdo de esta pintura es magnífico, por su ajuste con el natural, por el esfuerzo, el dominio que revela su traducción; la figura de la joven que intenta pasar el arroyo, posando sus pies en un movedizo madero, dice todo; se ve su incertidumbre, el cálculo para evitar la caída, y se adivina el resultado final; el dibujo, la línea, son elegantes, correctos, están sentidos.

¡Qué contraste de luz con el arroyuelo, el terreno y las figuras iluminadas á pleno sol! ¡Qué fondo más verdad y más bello!

Las figuras de las otras jóvenes, sin rebusca de efectismos falsos, con gracia, descuellan del paisaje sin obscurecer las notas que las rodean, completan la composición y contribuyen á la alegre y bulliciosa armonía, que encanta y subyuga.

Yo quisiera saber si en la llamada escuela *modernista* se puede superar la brillantez de este lienzo, la luz, la verdad, todas sujetas al estudio profundo, al talento de quien, sabiendo tanto, busca y estudia constantemente, no para *machacar*, sí para dominar, que así puede sintetizarse sin sufrir tumbos, sin producir abortos incomprensibles, sin perder por esto la espontaneidad y la frescura.

Para mí llega donde nadie ha llegado en el alarde de dominio de luz, de técnica y de ambiente local. Con ser baladí el asunto, interesa y recrea, y sobre todo no es un rompecabezas. Con haber casi abusado de la nota amarilla, ha vencido.

Los estudios, de Piedra, son impresiones tomadas del natural, de soberana factura, de colosal color, de gusto artístico irreprochable.

En los apuntes hay uno de Santa María del Mar, de Ponte-

vedra, que es muy hermoso; la anciana es compañera de una serie interesantísima; parece un óleo, y revela al maestro.

El boceto de la *Rendición* de Granada es una mancha magnífica.

Doy mi enhorabuena al público y á los artistas, esperando resultados positivos y ansiando sucesivas exposiciones. Al maestro mi abrazo más sincero por su decisión.

ANSELMO GASCÓN DE GOTOR.

POLITICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Mucho nos alarmaron las noticias periodísticas con motivo de lo ocurrido en Valencia en la procesión celebrada el 8 de Diciembre. Pareció que había resultado una colisión tremenda, un escándalo inaudito; tanto más notable, cuanto que en el resto de España había pasado la solemnidad del día sin accidente de nota. Pero, transcurrido algún tiempo, se pudo notar que lo sucedido no había llegado á los términos que nos contaban. Ni las mujeres que iban en la procesión sumaban cuatro mil, ni los republicanos fueron tantos como se dijo, ni el suceso fué el preludio de una formidable revolución, ni, después de pasado, ha seguido en forma de convulsiones sociales ó religiosas. Hay en Valencia pasiones fuertes, acérrimos partidarios de uno y otro bando, entendimientos exaltados que imaginan y obran rápidamente, y hay lo que viene llamándose desde hace siglos espíritu levantisco, que es tanto como decir impresionable á novedades, algo turbulento, y movable en sus afectos. Pues bien, este carácter es el que hay que dar á las referidas turbulencias, excitación en los procesionistas y excitación en los contrarios; pero no odio, no rencor, no enemiga permanente y capaz de producir largas enemistades ó bandos enconados. Mas, aunque así sea, como todo encuentro produce resultados fatales, y como la libertad debe ser igual para todos, bueno sería que al anunciarse, que siempre se anuncia, algún alboroto, las autoridades lo evitasen obrando legalmente, pero con toda firmeza; que medios hallarán para ello.

*
**

Al Ministerio presidido por D. Antonio Maura ha sucedido el que preside D. Marcelo Azcárraga. La causa del cambio político, harto conocida de todos, no parece de gran cuantía. Acaso el Sr. Maura estaba cansado de tanto y tan rudo batallar, ó acaso ha pensado que desapareciendo su personalidad del Gobierno, cesaría el encono de tanto combate, produciendo

una situación más tranquila. Lo cierto es que han cambiado las personas, pero no la orientación política, puesto que conservadores eran los Ministros salientes y conservadores son los entrantes. Resulta, pues, que si á lo sucedido se le llama crisis, no ha sido de gran fondo. Muchos auguran corta vida al Ministerio Azcárraga; puede que acierten, pero también es posible que se equivoquen. ¿Quién se mete á profetizar en cosa tan variable como la política? ¿No podría suceder que el carácter transigente y conciliador de D. Marcelo produjese más efecto en las discusiones del Congreso que la brillante oratoria de D. Antonio? Ya veremos lo que ocurre cuando se abran las Cortes, acto que según se dice no tardará en realizarse. Entre tanto, se puede hacer constar un fenómeno curioso. El Sr. Maura era maltratado durísimamente á diario por muchos periódicos. Este maltrato sugestionaba á muchos lectores, que hacían el coro á los mismos periódicos, de tal manera que el Sr. Maura quedaba, al parecer, no desacreditado, sino aborrecido. Vino el cambio político, los aborrecimientos han desaparecido, y muchos de los antes sugestionados, vueltos en su acuerdo, confiesan que D. Antonio es á todas luces hombre de talento y de carácter, siendo esto segundo condición necesaria para gobernar en España. Vaya usted á creer tanto y tanto como se habla y se escribe.

*
* *

El Gobierno ha comisionado al Instituto de Reformas Sociales para la resolución del problema planteado en Madrid por los obreros de construcciones urbanas. Nos parece una resolución acertada, porque dicho Instituto viene ocupándose de cuestiones de este género hace ya tiempo y es, por tanto, la entidad más facultativa que hay para entender en el asunto. La comisión es difícil y, para conciliar los intereses de ambas partes y llegar á un acuerdo equitativo, será preciso obligar á los bandos contendientes á abandonar cada uno lo que haya de excesivo en sus pretensiones. ¡Quiera Dios que la paz social se restablezca pronto sobre bases permanentes!

*
* *

Reuniéronse los liberales que siguen al Sr. Montero Ríos y tomaron varios acuerdos sobre política. Quéjense los que reconocen por jefe al Sr. Moret de que no se haya contado con ellos para la reunión y, por uno y otro, éstos y aquéllos marcan una hostilidad, que no es el mejor camino para la inteligencia entre ambas fracciones. Y, sin embargo, todos saben

que esta inteligencia es necesaria á ellos mismos y al país, y que, si no se conciertan, difícilmente llegarán al poder y, aun llegando, su gestión gubernativa sería probablemente precaria y poco fecunda.

*
* *

El suceso pasional del día es el descubrimiento de los crímenes de Peñafior. Son seis asesinatos hechos con premeditación y alevosía, crímenes merecedores del más duro castigo; pero, aparte de esto, hay una lección social que conviene tener presente. Los asesinos son grandes criminales y los asesinados eran jugadores de profesión. Si el juego no se puede rémediar, menos malo será jugar pública y permitidamente que hacerlo en los tugurios como el de Peñafior.

II

Capituló Port-Arthur. Todos nuestros lectores saben cuándo, cómo y por qué. La capitulación ¿podrá ocasionar la terminación de la guerra? Es muy difícil contestar á esta pregunta. El ejército ruso ha logrado parar en Mukden los avances del japonés, hoy están uno enfrente de otro parados é inactivos; el segundo es probable que reciba en breve plazo considerables refuerzos de buenas tropas, procedentes de las que sitiaban la mencionada plaza, lo cual le dará acaso importante superioridad numérica; los rusos es verosímil que también se reforzarán, pero tienen en su contra, además de sus adversarios, la agitación política que hoy se nota marcadamente en Rusia, agitación que es un factor de gran importancia, y que, de estallar en forma revolucionaria, pondría á la nación en la imposibilidad de continuar la guerra. Ahora bien, ¿conviene á Europa un triunfo definitivo y brillante del Japón? Tras de cincuenta millones de japoneses están cuatrocientos millones de chinos, que, animados por el éxito de aquéllos, podrían resultar de sumo cuidado para todo lo que Inglaterra, Francia y Alemania poseen en los mares de Oriente. ¿Se harán estas naciones cargo de ello? ¿Se harán cargo de que Rusia es el baluarte que defiende á Europa de las multitudes asiáticas? He aquí el aspecto que puede presentar la cuestión antes de mucho. De desear es que se aleje, y, si la guerra sigue, mucho podrá influir en el final de la cuestión el resultado de las maniobras y combates que se verifiquen en la Mandchuria.

*
* *

La cuestión de Marruecos tiende á complicarse. Hace pocos días estuvo á punto de romperse la buena inteligencia con Francia, llegándose, si no á declarada guerra, á actos coercitivos de esta nación para obligar al Sultán á determinadas concesiones que, según parece, no agradan á los marroquíes, afectos á sus costumbres antiguas, á sus usos legendarios y á su manera especial de ser. Es peligroso en todo Estado apartarse de lo que piensa y hace la gran masa popular, resulta una especie de divorcio con el país, y este divorcio constituye grave peligro para la persona constituída en autoridad, que en el caso presente es el Sultán. Fuera éste un mahometano devoto y un enérgico soldado, en vez de un joven afecto á cosas desacostumbradas en aquella tierra, y verosímil es que reuniría más voluntades y quedaría con más desembarazo y más aptitud para resistir cualquiera agresión. A pesar de esto, la guerra al imperio es peligrosa; sus habitantes son muchos y valerosos; aun venciéndolos, duraría largo tiempo y ocasionaría gastos enormes.

* * *

La sublevación y guerra de los hereros sigue dando que hacer á Alemania. Los tales hotentotes parece que van aprendiendo táctica y estrategia, á fuerza de tener que entenderse bélicamente con portugueses, franceses ó alemanes. Así como se habla del peligro asiático, podría más adelante hablarse del peligro africano, porque el número de hombres es grande, van aprendiendo y están en su tierra. No sería agradable para la raza blanca verse cohibida de un lado por los amarillos y de otro por los negros. Y todo podrá suceder, si a los blancos les falta la unidad de acción. Es significativo que en alguna parte se considera la caída de Port-Arthur como un triunfo general de las otras razas sobre la caucásica.

L. MARISCAL.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

La logique des sentiments, par TH. RIBOT, de l'Institut, professeur honoraire au Collège de France.—1 vol. in 8.º de la Bibliothèque de Philosophie Contemporaine, 3 fr. 75.—Félix Alcan, éditeur.

El nuevo libro de Th. Ribot no desmerece, sino que es superior á otros del ilustre filósofo. La Historia de la Filosofía enseña que, después de largos y profundos estudios, la teoría del racio-
namiento es el objeto propio de la lógica, ciencia especial y perfectamente determinada. La psicología, por el contrario, se halla en el estado de *membra disjecta*, de fragmentos esparcidos en las diversas especulaciones agrupadas bajo el nombre de filosofía y sin formar un cuerpo de doctrina. La primera formula reglas, la segunda consta de fenómenos; la una hace pensar correctamente, la otra sólo se fija en el pensar común y vulgar; aquélla procede por medio de esquemas y ésta *in concreto*. La *Lógica de los sentimientos* estudia una cuestión psicológica, individual á primera vista, pero colectiva en el fondo, porque las sociedades se forman y viven por la comunidad de creencias, de opiniones, de prejuicios. Cuestión tan interesante, apenas iniciada por Augusto Comte y luego por Stuart Mill y otros contemporáneos, ha sido desarrollada admirablemente por Mr. Ribot en su nuevo libro, el cual viene á ser la continuación y el término de sus obras anteriores: *La psicología de los sentimientos* y *La imaginación creadora*.

* * *

Annuaire du Bureau des Longitudes pour 1904.

La librería Gauthier-Villars (55, pretil *des Grands-Augustins*) acaba de publicar, como todos los años, su importantísimo *Anuario*. En éste se hallan muchas noticias que interesan al ingeniero y á todo hombre de ciencia. Entre los estudios que llaman más la atención, se encuentra el de Mr. P. Hatt, intulado *Explicación elemental de las mareas*. Consta la obra de unas 800 páginas con figuras, y su precio 1,50 francos.

* * *

Liga Marítima Española.

Con motivo de la próxima discusión parlamentaria del proyecto de ley de protección á la Marina mercante, y con el deseo de continuar contribuyendo á facilitar la deliberación sobre tan impor-

tante problema nacional, la Junta Central de dicha Asociación ha regalado al Congreso y Senado 500 ejemplares de la información por ella verificada y publicada sobre «Protección á las industrias marítimas nacionales.»

Además, para facilitar la enseñanza naval elemental en las escuelas y la adquisición de conocimientos marítimos, en general, ha comenzado la Junta el reparto gratuito á las Cámaras de Comercio, Sociedades económicas, científicas y literarias, Bibliotecas, Ateneos, escuelas, Casinos y otros centros análogos, que pueden contribuir á la difusión deseada, de los 3.000 primeros ejemplares de la Cartilla marítima ilustrada que acaba de publicar la Asociación y que ha sido declarada de texto de lectura en las escuelas por el Ministerio de Instrucción pública.

* * *

Hemos recibido la *Escalilla mensual del arma de Infantería* correspondiente al mes de Noviembre, que se ha puesto á la venta al precio de una peseta.

Forma un volumen de unas 200 páginas, figurando todos los jefes y oficiales de la escala activa de Infantería, con sus destinos y puesto ó número que les corresponde en su empleo.

En el apéndice se expresa el punto de residencia de los regimientos, batallones, reservas y zonas.

Los pedidos pueden hacerse á su autor el comandante Escribano, Pozo, 4, principal, Madrid, quien también admite suscripciones trimestrales al precio de 1,50 pesetas.

* * *

El Latifundio ante el problema agrario y su solución en las comarcas despobladas, por D. JOSÉ BAYER Y BOSCH, *Ingeniero industrial*.—Su precio, 6 pesetas.—Lérida, 1904.

Libro muy pensado y muy bien escrito, su utilidad es de importancia suma. El Sr. Bayer, que ha estudiado todo lo que sobre la materia se ha escrito en España en estos últimos años, resuelve algunas cuestiones con juicio recto, sereno é imparcial. Divídese la obra en tres partes: 1.^a Precedentes y medios de solución en general.—2.^a Soluciones: 1.^o que afectan al Estado; 2.^o, á la Economía, y 3.^o, al Derecho.—3.^a Contratos agrícolas y manera de cultivar la tierra más en armonía con la solución del problema social agrario.

* * *

Bosquejo histórico sobre la instrucción pública en Mallorca, trabajo premiado en el Certamen literario verificado en Palma de Mallorca en el mes de Agosto de 1903.

El Sr. D. Rafael Ballesteros, licenciado en Filosofía y Letras, y autor de excelentes libros sobre geografía é historia, acaba de publicar un estudio, de mucho interés, sobre la instrucción pública

en Mallorca. Después de una introducción eruditísima, el Sr. Ballester divide su obra en los siguientes capítulos: 1.º La enseñanza en Mallorca desde sus orígenes hasta fines del siglo XVII.—2.º La Universidad de Mallorca.—3.º La Real Sociedad Económica y el Instituto de segunda enseñanza.—4.º La Institución mallorquina de enseñanza. Termina su trabajo el Sr. Ballester con un curioso *Apéndice bibliográfico*.

* * *

Congreso Nacional de Ganaderos, celebrado en Madrid en el mes de Junio de 1904.

Celebróse el Congreso nacional de ganaderos con el objeto de que él se estudiasen los medios de conseguir el fomento y desarrollo de la riqueza pecuaria, como también para que se examinaran aquellas cuestiones que, como las referentes á policía sanitaria, tarifas de ferrocarriles, defensa de las vías pecuarias, organización de mataderos y cultivos de prados artificiales, son de verdadera importancia para la ganadería. Con el cuestionario de temas, las proposiciones aprobadas ó tomadas en consideración, las memorias y proyectos presentados por los señores congresistas se ha formado un volumen, de tanta importancia en el fondo como elegante en la forma.

* * *

Fundamentos de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. *Número extraordinario de Razón y Fe. Se vende á 3,25 pesetas en Madrid, 3,50 en provincias y 4 en el extranjero franco de porte. Los pedidos se dirigirán á la administración, San Quintín, 8, Madrid.*

Recomendamos á nuestros lectores el hermoso libro que acaba de publicar la Revista *Razón y Fe*. En él encontrarán interesantes noticias y datos acerca del dogma de la Concepción Inmaculada de María.

PEDRO ANSÚREZ.

* * *

Algunos intérpretes ingleses de Hamlet, por LEONARDO WILLIAMS. *De la Biblioteca Nacional y Extranjera.*

Todos tenemos una historia, un sucedido, un recuerdo, que evocamos incesantemente con gusto incansable. Despierta en nosotros la imagen de un ser ó de un momento que miramos con simpatía, y es preferido á todos los sucesos de nuestra existencia. Son estos asuntos los que hoy contaremos á nuestros amigos por centésima vez, con el entusiasmo de quien refiere algo nuevo. Nosotros nuevo lo creemos siempre, y gozamos cuando una persona extraña inicia nuestros temas favoritos y así nos da pretexto fácil para hablar sobre el asunto eterno.

Tal me ha sucedido cuando Williams sacó la conversación de

Halmet, y á seguida la del verdadero espíritu de D. Quijote de la Mancha.

—¡Hamlet!... ¡Don Quijote!—murmuró poniendo en la voz entonación de monólogo y en la mirada vaguedad de una contemplación interna.—Mi voz y mis ojos habla y miran á lo que no se ve, á lo que murió y existe siempre.

Tanto diría, que mil ideas diferentes se me presentan en tropel queriendo ser todas la primera. Por eso mi admiración dudosa entre tanto camino se manifiesta en anodinas palabras de alabanza que perdieron su valor al prodigarlas tanto.

Pero una idea que vence á todas surge distinta: «Se ha dicho, y el vulgo en todo tiempo se ha hecho eco de este decir, que el fin de Cervantes al escribir el *Quijote* fué el de desruir cierta clase de literatura. Una vez más protesto contra esa falsedad.»

Yo también protesto, sí. Me enseñaron desde niño el *Quijote* y entre las risas de la obra inmortal crecí, teniendo al *Quijote* por una obra magna—así lo aseguraban las personas mayores;—pero sin una razón que aferrase en mi cerebro la admiración aquella. Era un libro de risa extraordinario, de una risa tal, que avergonzó á los caricaturizados hasta el punto de exterminar la especie. Tanta era su gracia, que el mismo autor reía al escribir: única anécdota que me referían para garantizar la fuerza burlesca del *Quijote*. Cuando mis padres desenterraban esta historia rememoraban en el mismo momento *El loco de la guardilla*; y ya no hablaban más de Cervantes: desviaban la conversación, alabando la zarzuela, primero; después, hablando de los actores que la representaron; después, del público que la vió, y al fin, de su época.

Llegué á mayor riéndome con Sancho. Fué entonces cuando vi á tal cual audaz examinando con visualidad crítica la obra invulnerable, y no me indigné. Como consecuencia lógica y fatal de aquel concepto que cultivaron en mí, no veía en la obra un mérito tan desmesurado, tan unánimemente indiscutible.

Sólo cuando, pasado algún tiempo, vi que Don Quijote no era una caricatura, sino un hombre, comprendí que pudiera ser mi hermano, pues yo tenía mucho de su sangre y no en vano nació en tierra española; comprendí que pudiera ser mi hermano y sobre todo mi amigo, mi compañero de infortunio. Ya no le miré con risa en los ojos, y aprendí cómo en aquellas aventuras que divertían al burgués había muchas lágrimas. Entonces fué cuando mi pecho se abrió para el gran loco, y en un sincero abrazo confundimos nuestro mutuo pesar; entonces tuve una emoción intensa viendo perderse el caballero camino adelante, azuzando al rocín para dejar por un momento á Sancho y estar un rato á solas con sus sueños, esos sueños quiméricos que le harían inútil para la vida.

Soñé por la noche que Hamlet y Quijote se encontraban y estrechaban sus manos, aristocráticas, nobles, flacas y empalidecidas por la anemia y por la sangre azul. Aquellas dos manos bien podían estrecharse como de estirpe igual.

Dos aristócratas: uno hace reír, otro inclina frentes con la amar-

gura de su dudar. Cada cual va por su ruta; pero al encontrarse frente á frente reprime sus sarcasmos el príncipe, pues encuentra á un hidalgo noble y puro, y el caballero depone su actitud de orgullo castellano para saludar á un igual.

Williams ha tenido una idea feliz. Yo felicito á Williams por su idea.

MANUEL ABRIL.

* * *

Las Sociedades Económicas.

Con este título (y por bajo de él la nota de «Indicaciones históricas—Programa del porvenir»), acaba de publicar el Sr. D. Rafael Maria de Labra un extenso y detallado estudio sobre aquellas corporaciones, que él considera como uno de los primeros factores de la transformación y el desarrollo de la cultura intelectual de la España moderna.

Comienza el libro con una detenida referencia á la Real cédula de 9 de Noviembre de 1775 que creó la Económica Matritense, tipo y ejemplo de las que á poco se fundaron en Murcia, Sevilla, Córdoba, León, Jaén, Santiago, Granada, Valencia, Puerto Rico, Oviedo, Lérida, Filipinas, Habana, Cuba, Zaragoza y Canarias.

Aquella Real cédula es completada y ampliada por el célebre *Informe sobre la Ley agraria*, de Jovellanos y los trascendentales estudios de Campomanes sobre la «Educación popular de los artesanos» y el «Fomento de la industria popular».

Estos trabajos contienen el sentido profundo y renovador de las Económicas, que luego son la Academia de nuestros primeros parlamentarios y el centro de donde salieron las escuelas patrióticas de primera enseñanza de ambos sexos, las escuelas de hilados y varios oficios, los trabajos técnicos y prácticos propagandistas de agricultura, las escuelas gratuitas de dibujo, matemáticas, taquigrafía, agricultura, fisiología y patología vegetales. Y en fin, la enseñanza de sordo-mudos y ciegos, de economía política y mecánica. A todo lo cual hay que añadir: primero, los informes sobre la legislación de granos, los diezmos, el cultivo del lino y el cáñamo, los arriendos agrícolas, los baldíos, el desestanco de la sal, la reforma de las cárceles, la organización de la «Limosna discreta», el libre tráfico, la disposición de las colonias, la población del interior de la Península, etc., etc. Luego la creación de los Montepíos, las Cajas de Ahorros, las de seguros y las Escuelas elementales de Bellas Artes ó de Artes y Oficios en las principales capitales de España.

La historia de las Sociedades Económicas se divide en cuatro períodos. El primero va de 1775 á 1814 y es el de las iniciativas y los entusiasmos, bajo la inspiración directa de los grandes promotores de la revolución moderna española. El segundo período comprende los años de 1814 á 1834, período de decaimiento y paralización. Renacen y viven con gran calor las Económicas desde

1834 á 1868. El último periodo de estas Sociedades es el de 1868 á nuestros días, en cuyo transcurso se dan como hechos salientes la atribución de la representación parlamentaria á las Económicas en el Senado, por el art. 20 de la Constitución de 1876, la celebración de numerosas Exposiciones regionales agrícolas y artísticas por iniciativa y bajo la protección de aquellas Sociedades, la forma y ampliación de los antiguos estatutos de éstas y la aparición de las Cámaras de Comercio y Agrícolas, de los Sindicatos y Federación de obreros, de las Asociaciones de maestros y de propaganda libre pedagógica y la constitución de Ateneos científicos ó populares en muchas provincias, elementos todos que rivalizan con las viejas Económicas y les obligan á una mayor acentuación y generalidad de sus empeños, so pena de desconsideración creciente y próxima muerte.

El Sr. Labra, que para escribir su libro ha tenido que consultar muchas Memorias apenas conocidas de nuestro público literario y los datos y actas que le han comunicado las Económicas de provincia, señala como tipos de las actuales Sociedades las de Madrid, Barcelona, Sevilla y Santiago de Galicia, cuyos reglamentos y trabajos analiza. Al parecer las más activas y pujantes son hoy las de Barcelona y Sevilla. Pero todas necesitadas urgentemente de reformas que ensanchen el círculo de su acción y afiancen y aumenten su justificado prestigio.

El autor del libro que examinamos dedica la última parte de éste á exponer un plan de vida que le relaciona directamente con la importancia de la *Cuestión social contemporánea*, en cuya vista deben actuar aquellas Asociaciones, del mismo modo que lo hicieron en 1775 en vista de los problemas análogos de aquella fecha, cuyo tratamiento les fué encomendado casi como un privilegio.

La cuestión social (en la relación antes aludida) comprende hoy el problema de la dignificación y exaltación de la mujer, el de la educación popular, el de las relaciones del capital y el trabajo, el problema obrero urbano, el problema agrario, cada vez más complicado y urgente, y el de la vida municipal en relación particular con estos intereses, con la mendicidad, la higiene y la moralidad públicas.

De todos estos particulares se ocupa extensamente el libro del Sr. Labra, que combate especies deprimentes de la importancia y la eficacia de las Económicas actuales, como la de que éstas no son ni pueden ser asociaciones políticas en el amplio sentido de la palabra, ó que su misión se reduce á mantener algunas escuelas primarias ó escuelas de dibujo, resignadas á ver, en completa pasividad, cómo el Estado las sustituye en buena parte de sus antiguas empresas ú otras nuevas Sociedades libres toman sobre sí (conforme á las exigencias del siglo XX) los empeños característicos de las Económicas al tiempo de su instalación.

Por todo esto, el Sr. Labra (que después de una vida de cerca de treinta años en el Congreso de los Diputados), ahora representa en el Senado, con libertad de acción insuperable y constante intervención en todos los debates de esta Cámara, á las Sociedades

Económicas de Amigos del País del Norte y Noroeste de España, sostiene que las Sociedades que fundaron Carlos III, Campomanes y Jovellanos, extendidas luego por toda la Península con éxitos y prestigios por nadie superados en la compleja obra de la transformación moral, intelectual y aun política de nuestra patria, pueden todavía desempeñar un papel importante en la vida social española, intimando con las nuevas necesidades y recogiendo fielmente el espíritu renovador de la centuria que ahora comienza.

El libro á que nos referimos contiene noticias y datos hasta ahora por nadie recogidos y relacionados en vista de la historia intelectual de la España contemporánea.

Y su estudio aprovechará no sólo á los elementos todavía sanos de la sociedad española que quieren apurar todos los medios de influencia en la marcha de nuestro país que tan terriblemente ahora lucha con el problema de su transformación identificándose con la corriente europea, so pena de desaparecer del grupo de los pueblos autónomos y progresivos. Interesa asimismo á los que quieran conocer el movimiento interior de la historia española en el curso de los últimos ciento cincuenta años.

P. B.

E